SANTA MARÍA DE LAS FLORES NEGRAS

Hernán Rivera Letelier

Scan y Revisión: Spartakku
(http://biblioteca.d2g.com)

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

PRIMERA PARTE

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

Señoras y señores
venimos a contar
aquello que la historia
no quiere recordar

«Cantata Popular Santa María de Iquique»

Letra y música Luis Advis

Interpretes: Quilapavún

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

1

Sobre el techo de la casa, recortados contra la luz del amanecer, los jotes semejan un par de viejitos acurrucados, vestidos de frac y con las manos en los bolsillos.

Estáticos como figuras de veletas, y nimbados por un vaho de podredumbre, parecen dormir hondamente uno junto al otro. Sin embargo, cuando desde el interior de la vivienda, por un forado en el techo, les son arrojados los primeros trozos de carnaza, enarcan nerviosamente sus cabezas coloradas y, emitiendo sus guturales gruñidos de aves carroñeras, se dan a una barullosa rapiña sobre las planchas de zinc.

Mientras oye el raspilleo de las garras resbalando sobre las calaminas, Olegario Santana, aún en camiseta, termina de devorar su propio trozo de carne sangrante, acompañado de una porción de cebolla *picada como para pavo,* como dice su amigo Domingo Domínguez. Después, tras beberse un tacho de té bien amargo, acerca el rostro a la cocina de ladrillos y enciende su segundo Yolanda del día (el primero se lo fuma en la cama y a oscuras). Acodado en la mesa desnuda, deja pasar entonces los minutos que faltan fumando parsimoniosamente, mientras contempla el rostro de la mujer dibujado en la cajetilla de cigarrillos.

A sus cincuenta y siete años, Olegario Santana nunca ha visto una mujer de verdad con un rostro tan bello como ese. Además, no entiende por qué diantres el solo nombre Yolanda le trae la imagen de una mujer fatal, una de esas hembras desmelenadas de pasión que evocan los viejos en las calicheras mientras trituran piedras bajo un sol tan ardiente como sus delirios. La única mujer que ha tenido en su vida fue una viuda que conoció en Agua Santa, con la que vivió abarraganado sin pena ni gloria durante catorce años largos, y que hacía cuatro había muerto de la bubónica, peste traída a Iquique por «el barco maldito», como llamó la gente al «Columbia», el vapor infectado. La mujer, una matrona boliviana diez años mayor que él, gorda y de mal aliento, y de una mansedumbre más bien sosa (fornicar con ella no era muy diferente que hacerlo con una oveja aturdida), se murió sin dejarle siquiera la compañía de un recuerdo amable contra el cual acurrucar su pena de hombre solo. Desde entonces que no comparte el cilicio de su colchón de hojas de

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

choclos con nadie, y en el revoltijo triste de su casa desgobernada se cocina voluntariamente al fuego lento de su soledad llena de polvo; meticulosa soledad ahora último mitigada en parte por la compañía peregrina de sus dos jotes domésticos, avechuchos tan agrios y silenciosos como él mismo.

Catalogado de huraño y hombre de pocas palabras, nadie en verdad sabe mucho del pasado de Olegario Santana. Un corvo de acero que usa para pelar la mecha de los tiros, y que más de una vez ha empuñado en alguna pelea de trabajo —muchos aseguran por ahí que ya se ha desgraciado con más de un cristiano—, hace pensar a los demás calicheros que combatió en la heroica campaña del 79. Pero él nunca dice nada al respecto. Y tampoco pertenece a ninguna de las sociedades de veteranos de guerra que proliferan en los pueblos y en las oficinas salitreras. Admirado como uno de los mejores particulares de San Lorenzo —nadie le puede competir con el macho de 25 libras—, lo único que se le ve hacer día a día es explotar, triturar, acopiar y cargar piedras de caliche con una consagración y una porfía de penitente malo de la cabeza. Pocas veces se le ha visto arrimado al mesón de la fonda, y nunca en los bailes y veladas artísticas del salón de la Filarmónica. Cuando bebe lo hace encerrado en su casa. Tiene dos o tres amigos personales y un solo traje dominguero: un terno negro en cuyo bolsillo del chaleco se extraña el relampagueo de la leontina de oro, adminículo lucido con gran pavoneo por los pampinos. Nadie sabe en qué se gasta lo que gana. El único malbaratamiento que se le conoce públicamente son los cuarenta Yolandas que se fuma al día, y que le tienen los dientes y sus negros mostachos de alambre manchados de nicotina.

A las seis y media de la mañana, ya vestido con su cotona de trabajo y sus pantalones de diablo fuerte encallapados por los cuatro costados, Olegario Santana se cala su sombrero de pita, se cuelga la botella de agua al hombro y sale tranqueando rumbo a la calichera. Afuera el cielo ya se ha metalizado de un azul opalescente y, a juzgar por la calidez del aire y la luminosidad del amanecer, el día viene caluroso como el diantre. Al verlo asomar en la calle, los jotes emprenden el vuelo desde el techo y lo siguen hacia el trabajo planeando en lentos círculos sobre su cabeza.

La oficina San Lorenzo, del cantón de San Antonio, está conformada por el Campamento de Arriba y el Campamento de Abajo; y la casa de Olegario Santana, construida, como todas las casas de los obreros, de calaminas aportilladas y palos de pino Oregón, está ubicada en el último número de la última calle del Campamento de Abajo. Más allá sólo se extiende la soledad infinita de las arenas y la ilusión fatídica de los espejismos del desierto.

A poco de adentrarse en la pampa, algo le parece extraño al calichero. Con los sentidos engrifados, se detiene a mitad de camino. Mientras gira lentamente en círculo auscultando señudo la redondela del horizonte, saca, enciende y exhala el humo grisáceo de otro de sus Yolandas arrugados. El silencio mineral de los cerros le resuena más agudo que de costumbre. Sus oídos no perciben el chirriar de las ruedas de ninguna carreta calichera, y la sombra de ningún trabajador se

recorta en los senderos polvorientos. Tras una segunda pitada a su cigarrillo, rehace su camino, cavilante. Algo no encaja bien en la carreta del día. De pronto, casi llegando a las primeras calicheras, un grupo de hombres se le aparece desde unos acopios y rodeándolo y mirándolo con recelo, le espetamos hoscamente que si acaso el asoleado del carajo no sabía que ayer en la noche se declaró la huelga general en San Lorenzo. «Ayer, martes 10 de diciembre de 1907, año del Señor», le recalcamos guasonamente, por si el viejito de los jotes no estaba enterado ni de la fecha en que vivía.

Olegario Santana no lo sabía.

Luego de ponerlo al tanto de los hechos, lo conminamos, como a todos los que hallamos en la pampa esa mañana, a que nos acompañara a recorrer las calicheras instando a los demás operarios a que pararan las faenas y se plegaran al conflicto. Después iríamos todos juntos a la Administración a pedir aumento de salario. Que en esta huelga nadie podía tomar balcón. Que mientras más tumulto viera el gringo del carajo frente a su puerta, tanto mejor para el movimiento. «Por consiguiente, hasta los jotes nos sirven para hacer número», dijo, mirando hacia el cielo y soltando una ronca carcajada, el mayor de los hermanos Ruiz, operario reconocido públicamente como uno de los más indóciles y ariscos de la oficina San Lorenzo, y que estaba entre los que lideraban la huelga.

Visiblemente sorprendido, Olegario Santana mira a los hombres uno a uno y a la cara. Salvo a algunos que trabajan en las calicheras de por ahí cerca, a la mayoría los conoce sólo de lejos. Aunque de él, por lo visto, sí saben, pues le han sacado a colación los jotes. Calmosamente, entonces, da la última pitada a lo que le queda de su cigarrillo y, refunfuñando que él no es ningún guarisapo rompehuelgas, se cambia de hombro la botella de agua y se va con ellos a recorrer las calicheras que faltan.

Arriba, en el cielo, dejándose llevar cada vez más alto en las corrientes de aire tibio, los jotes comienzan a alejarse hacia el interior de la pampa en busca de carroña, mientras sus sombras, entrecruzándose en el suelo, van rayando la blancura infinita de las planicies salitreras.

Fue un helado día de julio que Olegario Santana se halló a los jotes en el interior de su calichera, cuando eran apenas un par de polluelos feos y enclenques. Por hacerle una broma (debido a su nariz ganchuda y a su costumbre de vestir siempre de negro, algunos lo llaman el Jote Olegario), los calicheros más viejos se los dejaron dentro de una caja de zapatos, como regalo de onomástico. Era día de Santa Ana. Él, un poco por seguirles la broma y otro tanto llevado por las morriñas de su soledad penitenciaria, se los llevó a su casa. Primero les hizo un nido en el patio y comenzó a darles de comer con la mano. Para calmarles la sed embebía agua en motas de algodón y se la dejaba caer de a gotitas en el pico. A contar por su exiguo plumaje, las crías no tendrían entonces más de dos meses de vida. Después, ya un tanto creciditas, las instaló en el techo, les puso agua en un lavatorio viejo y, por el agujero de una calamina, les comenzó a tirar

piltrafas de carne, desechos rancios que el gordo carnicero de la pulpería le vendía a chaucha el kilo.

Después de algunos afanosos intentos de vuelo, una mañana de sábado, al salir al trabajo, los jotes lo sorprendieron al elevarse, al unísono, en una perfecta maniobra de despegue. Deslizándose livianamente en el aire lo siguieron hasta el mismo trabajo. Desde entonces y cada día de la semana los pajarracos lo acompañan en su camino hasta llegar a las calicheras. «Por allá viene Olegario», dicen los demás viejos al divisar los jotes en el cielo. Por el resto del día, mientras él cumple con su jornada fragorosa, los pajarracos se pierden detrás de los cerros en busca de alimento. Al caer la tarde, a la hora de la puesta del sol, reaparecen para acompañarlo de vuelta a casa. En las ocasiones en que Olegario Santana se queda acopiando caliche hasta más tarde y llega a casa ya con noche, se halla a los dos jotes, uno junto al otro, instalados impávidamente sobre el techo. Una tarde, luego de una jornada particularmente dura, en que además había muerto un operario alcanzado por una explosión de pólvora, el calichero llegó enrabiado y quiso echarlos a piedrazos del techo. Pero en medio de la trifulca y el escándalo de los vecinos, le fue imposible hacerlo. Los jotes se elevaban, revoloteaban un rato y luego volvían a posarse en las calaminas, inmutables. «Usted es como su mamá, pues, amigazo» lo jorobaron todo el resto del mes sus compañeros de calichera.

El recorrido de los huelguistas por la pampa es fructuoso. En verdad los operarios no se hacen mucho de rogar y en medio de un alegre chivateo van parando las faenas y uniéndose al grupo. A mitad de la marcha, entre el obreraje acumuchado, Olegario Santana se encuentra con dos de los pocos amigos que tiene en San Lorenzo. El barretero Domingo Domínguez, que es casi el único que lo visita en su casa de vez en cuando, y José Pintor, un carretero conocido entre los sanlorencinos como un ácrata crónico, «de esos que leen el diario en la mesa» como dicen los viejos en la pampa. Apenas Domingo Domínguez lo ve entre la masa de operarios, se acerca sonriéndole con toda su dentadura recién estrenada. Echándole su perpetuo aliento licoroso, le secretea que la noche anterior se había visto en el Campamento de Arriba nada menos que a José Brigg, el más renombrado anarquista de la oficina Santa Ana y de todo el cantón de Tarapacá. «Esto va en serio, compadre Olegario», le dice por lo bajo.

Cerca de las nueve de la mañana, ya con el sol chorreando espeso en la frente de cada uno, el tumulto de obreros que emergimos por el lado de las calicheras era simplemente glorioso. Los barreteros, los carreteros, los chulleros, los falqueadores, los punteros, los cateadores, los sacaboneros, los particulares y todos los patizorros, o asoleados, como les decían a los que trabajaban en el cerro, enarbolando sus herramientas de trabajo y rugiendo enronquecidos que viva la huelga, carajo, que ya estaba bueno de tanta jodienda, que la cuestión era ahora o nunca, ingresamos en una sola tolvanera de polvo por la calle principal de la oficina, rumbo al edificio de la Administración. El clamoreo de la huelga copaba el aire de las callejas de San Lorenzo y se colaba por las hendijas de las casas de

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

calaminas, y su estruendo hacía abrir puertas y ventanas por donde se asomaban mujeres y niños maravillados haciendo señas de adiós a los hombres que marchaban con aire resuelto en la insurgente procesión proletaria.

Reunidos en la explanada de la administración, sin dejar de gritar por nuestras reivindicaciones, oímos de pronto —y nos quedamos arrobados por un instante de la emoción tremenda— cómo se paraban las máquinas de la planta procesadora: los chancadores, los cachuchos, las poleas rotatorias y cada uno de los motores, tornos y fresas de la maestranza. Y luego, de entre el silencio titánico de los fierros, vimos emerger una sucia nube de operarios de expresión dura y decidida. Eran los tiznados, como les decían a los compañeros que laboraban en las máquinas. Unos viniendo hacia nosotros con sus caras, manos y ropas ennegrecidas de alquitrán, y los otros a torso desnudo, embarrados de pies a cabeza y caminando a tranco firme con sus fragorosos calamorros de cuatro suelas superpuestas. Ahí estaban los derripiadores, los torneros, los herreros, los chancheros, los acendradores, los canaleros, los arrinquines y hasta los matasapos —en su mayoría niños de edad escolar—, gritando también, a coro y mano en alto, que viva la huelga, carajo; que aquí estamos junto a ustedes, hermanitos. Y hasta las últimas consecuencias. Exaltados y conmovidos, sentíamos como si en vez de sangre nos corriera salitre ardiendo por las venas.

La policía y los serenos de la oficina, esbirros del gringo Turner, sin poder hacer nada ante el tumulto enardecido de trabajadores, sólo se limitaban a observar desde lejos y a tomar nota mentalmente de nuestras caras. Éramos más de ochocientos los huelguistas reunidos en torno a los hermanos Ruiz, que no paraban de arengarnos y darnos ánimos para que no entregáramos la oreja al capitalismo, compañeritos; que lo que pedíamos era justo, que ya era hora de poner coto a la explotación y a la rapiña sin control de los oficineros abusadores. Mientras nosotros, eufóricos y vociferantes hasta la afonía, asentíamos a grito pelado enarbolando palas, machos, barretas y martillos como las más nobles banderas de lucha.

Se decía que los hermanos Ruiz habían oído hablar una vez a don Luis Emilio Recabarren en el puerto de Tocopilla y que ahí se les pegó el espíritu de la revolución. Y habían sido ellos, sin tener ninguna experiencia en movimientos laborales, los que planearon la huelga. Sin ser agitadores de profesión, ni logreros ni holgazanes ni inmorales —como catalogaban los salitreros a todo el que osara levantar la voz para reclamar sus derechos—, sino unos simples operarios explotados, igual que todos, habían llevado el trámite del conflicto con tanta convicción y de manera tan silenciosa, que incluso muchos de nosotros, los trabajadores, lo mismo que la jefatura de la oficina, habíamos sido sorprendidos en gran manera por la noticia.

Y es que hacía tiempo que los obreros de la pampa veníamos realizando peticiones salariales y sociales, no sólo en San Lorenzo sino que en todas las oficinas de todos los cantones de la pampa de Tarapacá. Y siempre habíamos recibido por única respuesta el desprecio de los administradores, el despido

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

inmediato, sin ninguna clase de contemplaciones por la familia, y una represión siniestra para los cabecillas de la *rebelión,* como llamaban ellos al acto legítimo de pedir aumento de salario. Ahora la cosa era distinta. Se sabía, por los diarios de Iquique, que varios gremios de embarque de ese puerto salitrero se habían declarado también en huelga. De modo que ya no éramos los únicos. Y es que si la carestía de la vida producida por la baja de la moneda era malo para el país entero, para los pampinos resultaba angustiante y nefasto. El cambio de la libra a ocho peniques nos había rebajado el sueldo en casi un cincuenta por ciento, mientras que en las pulperías, de propiedad de los mismos oficineros, el precio de los artículos había subido al doble. ¡Si una sola marraqueta de pan costaba un peso enterito! ¡O sea, la cuarta parte del salario nuestro de cada día, paisanito, por la poronga del mono!

Y todo eso le dijimos al gringo Turner cuando, luciendo botas de montar, su cachimba entre los dientes, y ciñendo su cucaleco de safari que no se quitaba ni para tomar el té de las cinco, se dignó a encararnos en el porche del edificio. Resguardado por el sereno mayor que nos apuntaba con su rifle, mientras el calor del mediodía hacía crepitar las calaminas, el gringo nos oyó como se oyen ladrar los perros a la distancia. Endureciendo aún más la desdeñosa expresión de su rostro mofletudo, sin dejar de masticar su cachimba, con su jodido acento extranjero, nos dijo lo que ya sabíamos de antemano que nos iba a decir —lo mismo que decían siempre todos los administradores de todas las oficinas cada vez que los operarios se atrevían a pedir algunas mejoras salariales—: que él no estaba autorizado para esos menesteres de beneficencia; que debía consultar a la gerencia central en Iquique; que mañana, o tal vez pasado mañana, nos podría dar una respuesta. Sólo tal vez.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

2

Por la noche de ese miércoles memorable, con una botella de aguardiente bajo el brazo, ya un tanto pasado de copas y el ánimo caldeado por la jornada de protesta, el barretero Domingo Domínguez se aparece por la casa de su amigo Olegario Santana. Que viene a prevenirlo, le dice gravemente, mientras llena dos vasos de vidrio grasiento, los únicos que hay en la casa. La Administración ha echado a correr el rumor de que el pleito laboral se ha resuelto y, por lo tanto, todo el mundo debía de salir normalmente a sus labores mañana por la mañana. Que no hay que hacer caso a los embustes de ese gringo piturriento, le dice el barretero, pronunciando las eses con un gracioso sonido sibilante producto de su prótesis dental aún no ajustada del todo y que tiene que adherir a cada rato al cielo de la boca presionando con los pulgares. Y porque ya se espera que la respuesta de mister Turner será negativa, como cada vez que se le ha pedido aumento de salario, un grupo de operarios de los más cercanos a los hermanos Ruiz, se había acabildado en una casa del Campamento de Arriba, en donde, por unanimidad, se acordó partir mañana temprano a recorrer las oficinas salitreras aledañas. Que hay que convencer a todos los obreros para que se unan a la huelga, carajo; que incluso se están pintando carteles con los pedidos y las reclamaciones más importantes, y todo el mundo está dispuesto a armar la gorda en la pampa marchando con banderas, bombos, tambores y platillos.

—¡La mecha está prendiendo que es un gusto, compadre Olegario! —se soba las manos de contento el barretero.

Y le cuenta, además, que para el domingo próximo se está programando un gran mitin en el pueblo de Zapiga, para hacerle llegar al Presidente de la República un memorial en donde se le expone en detalle la crítica situación que afecta a los obreros del salitre. «La pampa por fin se levanta, amigo mío». Y se pone de pie él mismo, y con gran pompa invita a Olegario Santana a brindar por el éxito de la huelga y por el advenimiento de días más justos.

—¡Ah, si sólo estuviera aquí don Luis Emilio Recabarren! —farfulla completamente exaltado Domingo Domínguez, relamiendo sus finos bigotitos de nieve tras la gorgorotada de aguardiente.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

Luego, mientras Olegario Santana, mesando sus cabellos quiscosos, se queda absorto contemplando su cajetilla de cigarrillos, Domingo Domínguez le enjareta un discurso de media hora sobre la biografía del gran caudillo de los obreros chilenos, incluyendo, persecuciones, encarcelamientos, escarnios y atentados a su vida. La perorata es tan enrevesada y su amigo ya tiene la lengua tan cocida por el aguardiente —sin mencionar el escollo de su prótesis dental—, que lo único que Olegario Santana saca en limpio son dos cosas: uno, que don Luis Emilio Recabarren se halla asilado en la vecina República Argentina, para evitar la sentencia de 541 días de cárcel, dictada por los Tribunales de Justicia en el proceso contra la Mancomunal Obrera de Tocopilla, que él dignamente presidía; y dos, que este gobierno, compuesto de cabrones y bellacos langucientos, está vendido sin remedio al capitalismo europeo.

Delgado y pálido como pantruca, bigotillos canosos, el sombrero Panamá echado hacia atrás y el ánimo siempre canoro, Domingo Domínguez, con sus cincuenta y dos años de edad, es uno de los personajes más populares de San Lorenzo. Por una sola vez que había subido a cantar —como simple relleno— una marinera en una de las veladas culturales de la Filarmónica, el barretero gusta de presentarse a sí mismo como un artista del *bel canto.* Acariciando el anillo de oro que lleva en el dedo del corazón, mientras se curva en una grácil reverencia de minué, dice en tono engolado: «Domingo Domínguez, *chansonier* de San Lorenzo». Aparte de ser socio activo del Cuadro Artístico de la Filarmónica, Domingo Domínguez es Segundo Director de la Sociedad de Veteranos del 79 de la Oficina San Lorenzo, Portaestandarte de la Cofradía de la Virgen del Carmen, Presidente de la Comisión Ornato y Aseo de las Fiestas Patrias y mascota oficial del equipo de *foot-ball* de los barreteros. Esto último, merced a su reconocida buena suerte que ya iba adquiriendo visos de leyenda entre los obreros de las calicheras: ya eran cuatro los tiros echados que le habían estallado en los piques, y de los cuatro había salido ileso. «Usted nació en jueves santo, amigo Domingo», le dice a veces Olegario Santana, en una de las pocas chanzas que se le conocen.

Además de soltero empedernido, Domingo Domínguez es un reconocido bebedor de cantina. Pero de esos que en ningún momento pierden la flema y la sonrisa. «Yo soy bebedor; no borracho», dice con una dignidad teatral, mientras se manda al gaznate una tras otra las copas de aguardiente. Enrolado a última hora en la Guerra del Pacífico, sus amigos lo joden con que su única misión, en la única escaramuza en que participó, consistió en prepararles la «chupilca del diablo» a los soldados de su trinchera antes de salir a cargar con bayoneta calada contra el enemigo. Y es que el soldado raso *Chumingo Chumínguez,* como le decían en el batallón, era el único de la tropa que sabía mezclar la porción exacta de pólvora y aguardiente con que se arreglaba el mítico brebaje.

Al acabarse la botella del barretero, Olegario Santana abre una de las suyas para seguir la conversa. O más bien para seguir oyendo el monólogo seseante de su histriónico amigo de calichera. En el desorden desvalido de la

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

habitación, bajo la luz pobre de un chonchón de parafina, un rosario de botellas llenas, vacías y a medio vaciar relucen tristes y sonámbulas diseminadas por los cuatro rincones polvorientos. En la pieza donde departen, que hace de comedor y cocina, no hay cuadros en las paredes ni cortinas en la ventana. Todo el amoblado consiste en la mesa desnuda, las dos bancas de palo bruto en que se hallan sentados y una ancha mecedora de mimbre blanco varada a un costado de la pieza, junto a la ventana. La mecedora, vieja y destejida, y como fuera de lugar, había sido el único trasto que la boliviana de aliento podrido aportó al amancebamiento. Al fondo, recortada por la penumbra movediza del chonchón de parafina, la cocina de ladrillos semeja un oxidado animal prehistórico echado sobre el piso de tierra. Junto a la cocina se ve una barreta de fierro, un durmiente a medio partir, una tinaja de agua y un lavatorio de loza todo desconchado en donde Olegario Santana se lava presa por presa, al irse y al llegar del trabajo.

En un momento de silencio, cuando Domingo Domínguez está a punto de decir que parece que pasó un ángel, compadrito, se oye el raspilleo de los jotes en las calaminas del techo. El barretero se manda al gaznate el último resto de la segunda botella y, tras pasarse la manga por la boca, le pregunta al calichero, con una desaforada expresión de asco en el rostro, que por qué crestas no mata de una vez por todas a esos pajarracos inmundos. Que así, con esos jotes piojosos cagando sobre el techo de su casa, no va a encontrar renunca a ninguna mujercita que quiera venirse a vivir con él.

—Ya me acostumbré a ellos —dice Olegario Santana.

Y con pausado acento meditabundo, sin despegar la vista de la cajetilla de cigarrillos, agrega como para sí que los jotes le han salido más fieles que cualquier mujer que él pudiera hallar por ahí, con suerte un poco mejor parecida que ellos.

—Las Yolandas sólo existen en dibujos, compadre —dice Domingo Domínguez en tono doctoral. Y enseguida le sale con la chunga de que, al fin y al cabo, compadre, hasta las mujeres más lindas y arrelingadas en el instante del amor colocan ojos de gallina poniendo.

A media noche, cuando Domingo Domínguez, entonando una polkita de moda, ya se marcha a su pieza de soltero, Olegario Santana le dice que a la mañana siguiente no podrá acompañarlo al recorrido por las otras oficinas. Aprovechará el paro laboral para lavar su ropa.

—Ya estaba bueno, pues, compadre —le encaja el barretero desde la puerta—. Si hasta los jotes estaban oliendo mejor que usted.

De modo que el jueves, luego que el gringo respondiera a nuestro petitorio lo que todos ya esperábamos —que de la gerencia de Iquique no se había autorizado ningún aumento en los salarios—, un numeroso grupo de huelguistas, acaudillados siempre por los hermanos Ruiz, marchamos a pie hacia la oficina Santa Lucía, la más cercana de todas. Portando banderas y carteles escritos con cal y trozos de carbón, íbamos a pedir apoyo para nuestra causa. Una vez allí, pese a que de primera el Administrador se quiso engallar e impedirnos la entrada

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

al campamento —nosotros íbamos demasiado decididos como para echar pie atrás—, luego de conferenciar y discutir fuerte con los operarios, conseguimos que la mayoría abandonara su trabajo, pararan las máquinas y se unieran a la huelga. Después, la procesión se prolongó hacia otras oficinas aledañas, engrosándose cada vez más con la gente que se nos arrejuntaba por el camino. En nuestro arduo recorrido por la pampa logramos apagar los fuegos de seis oficinas: Santa Lucía, La Perla, San Agustín, Esmeralda, Santa Clara y Santa Ana. Entre todas ellas totalizaban más de dos mil obreros comprometidos. Nos sentíamos inflamados de orgullo. De un día para otro, nuestro movimiento de reinvindicación proletaria tomaba una fuerza inesperada, se convertía en uno de esos gigantescos remolinos de arena que diariamente cruzaban las llanuras pampinas. Era por fin la unión de los trabajadores salitreros que esperábamos y soñábamos desde hacía años.

El viernes por la mañana, Domingo Domínguez y José Pintor llegan tempranito a la casa de Olegario Santana. Vienen acompañados de Idilio Montano, un joven herramentero que en septiembre recién pasado, durante las celebraciones de Fiestas Patrias, se había hecho famoso en San Lorenzo por haber resultado campeón en la competencia de volantines. Con un cometa blanco que llevaba la cabeza de un puma en su centro, y el hilo curado con colapí y vidrio molido, Idilio Montano había mandado a las pailas a cuanto contendiente se le puso por delante en las comisiones. El joven, de rostro aindiado y aspecto lánguido, es el único herramentero de las calicheras con el que Olegario Santana cruza algunas palabras cuando llega a reponer las herramientas.

Apertrechados de sus respectivas botellas de agua y algunos cueros de animales para echarse a dormir por la noche, los amigos vienen a buscar al calichero para que los acompañe en la empresa. La orden del día es partir de inmediato hacia el pueblo de Alto de San Antonio, pues se ha corrido la bolina que el Intendente de la Provincia subiría a conversar con los huelguistas para ver la forma de darle solución al pleito. Que gente de todo el cantón está marchando hacia el pueblo. «¡Esto agarra vuelo, hermanito!», le dicen eufóricos los amigos.

Idilio Montano, tratándolo respetuosamente de don, le informa que como es viernes trece, muchos pampinos supersticiosos habían querido suspender las actividades por ese día, pero que el conflicto ha seguido su curso contra todos los malos vientos. Y que incluso se sabe de oficinas de otros cantones que se han plegado a la huelga. Como Olegario Santana no termina de mostrarse muy convencido, Domingo Domínguez, en un tonito displicente y sobajeando su amazacotado anillo de oro, le advierte que San Lorenzo se está quedando vacío de hombres; que un grupo de mujeres, de esas matronas fornidas y de armas tomar, se han concertado para bajarle los pantalones en público a todos esos «monigotes amajamados» que se están haciendo los lesos en el campamento y aún no se deciden a plegarse a la huelga y partir a Alto de San Antonio. «De modo que lo mejor que puede hacer, compadrito lindo, es empilcharse rápidamente y venirse con nosotros». El carretero José Pintor, que siempre anda masticando un

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

palito de fósforo o una astilla de cualquier cosa, se saca la ramita de escoba que lleva ahora en la boca, escupe por el colmillo y le dice que es la purita verdad, pues, Olegario, hombre. Que la oficina San Lorenzo se está quedando desierta; que incluso muchos operarios de los más decididos, están partiendo al pueblo acompañados de sus mujeres, de su carnada de hijos y hasta de sus perros y gatos.

Con su mesura de animal solitario, Olegario Santana al fin se decide y dice que irá sólo por acompañarlos a ellos, pero que él no cree que se logre mucho con todo ese frangollo. Como sus amigos van vestidos de chutes, se pone su traje negro de los domingos, se echa algunas lonjas de charqui al bolsillo, se asegura con una buena provisión de cigarrillos y se cruza su botella de agua al pecho. La caminata hacia Alto de San Antonio es sólo de seis horas a través de la pampa, y se supone que ya mañana estarán de vuelta. Tras pasar por el Escritorio a cambiar un puñado de fichas, los amigos emprenden la marcha hacia el pueblo, siguiendo la dirección de la línea del tren.

A la salida del campamento se unen a un grupo de huelguistas que marchan portando carteles y haciendo flamear banderas chilenas, peruanas, bolivianas y argentinas. Provocando una bullanga de los mil demonios con pitos, cornetas, tambores y tarros de manteca, la columna marcha guiada por operarios que gritan sus consignas y demandas a través de grandes bocinas de lata confeccionadas por ellos mismos. Ya en pleno descampado, se encuentran con otras caravanas de huelguistas provenientes de distintas oficinas y cantones. En algunas los marchantes van cantando para darse ánimos, y, en otras, las que vienen de oficinas más lejanas y que han pasado la noche entera caminando a pampa traviesa, hombres y mujeres marchan en silencio, con sus hijos más pequeños aupados sobre los hombros. Los carteles que enarbolan en cada una de las columnas coinciden plenamente en las reclamaciones. Están los que piden el cambio a 18 peniques, los que exigen la abolición de las fichas, los que reclaman contra los pulperos, los que demandan libertad de comercio en las oficinas, protección en los cachuchos, más médicos por cantones y escuelas para los hijos.

Olegario Santana, que no ha abierto la boca desde que salieron de San Lorenzo, y que pese al calor de la pampa es el único que no se ha quitado el paletó negro, se fija de pronto en el cartel de cartón que alguien le ha pasado al joven herramentero. «Exigimos serenos nacionales», dice el letrero, haciendo mención al hecho de que la mayor parte de los serenos de campamento son extranjeros, gringos venidos a menos que tratan como a perros a los operarios patrios. Todos en la pampa, más de alguna vez, habían sufrido en carne propia los atropellos de esos verdugos de corazón negro, cuyo deporte favorito consistía en mandar al cepo al obrero que se pasaba de copas, quitarle a las mujeres los objetos que no hubiesen sido comprados en las pulperías («contrabando» les llamaban a esos artículos los zanguangos del carajo) y azotar sin asco a los mercachifles que se atrevían a saltar los muros de los campamentos para vender sus mercancías puerta a puerta en las casas de los obreros. Olegario Santana,

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

que también ha pasado las suyas con un sereno de Agua Santa —un día tuvo la mala ocurrencia de reclamar por una carretada de caliche que le había sido rechazada por baja ley y que luego fue beneficiada sin pagársela—, se acerca a Idilio Montano y le dice que se vaya con cuidado con lo que pide su cartelito, que quién le asegura a él que con serenos nacionales el tiro no les podría salir por la culata.

—No hay peor verdugo para un pililo que otro pililo uniformado —le dice sentencioso.

—Algo así como «cría jotes para que se yanten tu carroña» —tercia, guasón, Domingo Domínguez. Y apuntando hacia una bandada de jotes que planean impasibles en las alturas, dice que segurito que entre ellos deben estar los pajaritos de Olegario Santana.

José Pintor, que hace rato viene conversando y renegando de Dios y de los religiosos con un asoleado de la oficina Santa Clara, se acerca justo en el momento del comentario de Domingo Domínguez.

—Nunca he sabido bien si los jotes se parecen a los curas, o los curas a los jotes —dice en tono hosco, sacándose el palito de la boca y escupiendo espumilla.

Idilio Montano, que todo lo compara con volantines y cometas, dice amistosamente que los jotes de don Olegario vienen a ser algo así como sus volantines sin hilo.

—¿No le parece, don?

El calichero, haciéndose visera con las manos, se pone a mirar la derechera infinita de la línea férrea y no dice nada. Lo que hace en cambio es sacar uno de sus Yolandas arrugados, estirarlo un poco y encenderlo displicentemente. Todavía quedan unas cuantas horas de caminata y por el momento él ya ha hablado demasiado.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

3

Desde los cuatro puntos de la pampa la muchedumbre de huelguistas iba llegando a Alto de San Antonio en largas caravanas polvorientas. El pueblo bullía de animación. Entre el tumulto de gente hormigueando por las calles, se podían leer letreros con los nombres de oficinas como La Gloria, San Pedro, Palmira, Argentina, San Pablo, Cataluña, Santa Clara, La Perla, Santa Ana, Esmeralda, San Agustín, Santa Lucía, Hanssa, San Lorenzo y de otras que algunos ni siquiera conocíamos. Y así mismito nomás era. Porque entierrados de pies a cabeza los huelguistas llegábamos cantando y gritando no sólo de oficinas del cantón de San Antonio, sino de cada uno de los cantones de la pampa del Tamarugal. Y el torrente de gente no paraba. La huelga había prendido en la pampa como un reguero de pólvora («Y pólvora de la buena, compadritos» dice eufórico Domingo Domínguez caminando entre el gentío). A ojo de pájaro, éramos más de cinco mil los pampinos aglomerados en las calles del pueblo, avivando la huelga. Hombres de distintas razas y nacionalidades, algunos de los cuales no hacía mucho se habían enfrentado en una guerra fratricida, se unían ahora bajo una sola y única bandera: la del proletariado. Y era tanta la efervescencia de la gente, que los medrosos chinos de los despachos y tiendas de abarrotes, y los macucos dueños de las fondas y cantinas del pueblo, habían cerrado con trancas y sólo atendían por la puerta chica. Y mientras esperábamos el arribo del señor Intendente, y los obreros seguían llegando en columnas por los cuatro horizontes del desierto, espontáneos oradores comenzaron a trepar resueltamente al kiosco de música en la plaza, o a encaramarse sobre la plataforma de los carros en la estación del ferrocarril, en donde habíamos levantado campamento, para improvisar encendidos discursos que hablaban de justicia y redención social, discursos que nos inflamaban el espíritu de la necesidad urgente de romper cadenas, quitar vendas y liberarnos de una vez y para siempre del opresor yugo capitalista. Con voz de profetas desatados, estos arengadores vaticinaban elocuentes y rotundos sobre lo brillante que se veía emerger el sol del porvenir en el horizonte del proletariado. Y era lindo para nosotros oír todo aquello y vernos unidos por primera vez en pos de las reivindicaciones tanto tiempo esperadas. Era emocionante hasta las lágrimas ver a los operarios de la pampa unidos como un solo pueblo, como un solo hombre, luchando en contra del mismo y común

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

enemigo: los rapaces oficineros que nos explotaban sin escrúpulo ni moral alguna, y, por supuesto, sin ningún control del Estado.

—¡Esto es histórico, compadrito Olegario! —dice casi gritando Domingo Domínguez entre el bullicio y la polvareda del gentío.

—¡La gringada se debe estar cagando de susto! —exclama a su lado el carretero José Pintor.

Y mientras ambos amigos caminan palmoteando y saludando a medio mundo con gestos grandilocuentes, Olegario Santana, en medio de ellos, los mira sin decir nada.

Pero se pasa el día y la humanidad del señor Intendente no se aparece por ningún lado. Al anochecer, mientras José Pintor e Idilio Montano buscan dónde comprar pan y cecina, Olegario Santana y Domingo Domínguez, tras conseguir a duras penas una botella de aguardiente, se recogen a la estación del ferrocarril en donde quedaron de encontrarse. Allí en el campamento, alrededor de las fogatas hechas con durmientes de la línea férrea, grupos de operarios bolivianos y peruanos se entretienen tocando sus quenas y charangas, y cantando canciones de entonación tan triste como el lamento del viento pampino.

Los amigos se tumban a la vera de un fuego en donde un anciano ciego recita poemas populares en contra de la explotación obrera. Alguien sentado junto a ellos, un hombrón de mostachos desorbitados, campante y parlero como él solo, les comienza a contar que el cieguito de los versos combatientes fue barretero en la oficina Santa Clara, en donde perdió la vista al explotarle un tiro echado.

—Se llama Rosario Calderón —dice el hombre—, igual que el famoso poeta que publica sus obras en *El Pueblo Obrero,* el diario que hasta hace poco se llamaba sólo *El Pueblo,* como ustedes deben saberlo; el que fue incendiado intencionalmente en julio del año pasado, cuando su dueño era Osvaldo López, ese gran hombre de la prensa obrera que, además de luchador social, ha sido artista de circo, actor de teatro, pianista, poeta, columnista y redactor de diarios. El mismo que escribió la novela socialista *Tarapacá,* que, como ustedes deben saberlo, enjuicia al clero y a la oligarquía y se adelanta en el tiempo a este gran sueño de unidad que, ahora mismito estamos viviendo los trabajadores pampinos. Un hombre perseguido por los sectores oligarcas de este país, que ha sufrido asaltos y atentados a su vida y que hace sólo cosa de un año fue procesado jurídicamente por criticar al obispo de la zona, el tal monseñor Cárter que, como ustedes deben saberlo, se oponía tenazmente a la Ley de Enseñanza Obligatoria.

—¿No es el mismo cura que dice que los niños pierden el tiempo miserablemente estudiando? —interviene José Pintor.

—¡Su mismísima Eminencia! —responde presto el hombre.

Y, casi sin respirar, continúa diciendo que como *El Pueblo Obrero* había sido por derecho propio el diario de los trabajadores, era ahí donde los pampinos mandaban las porradas de versos a lo humano y divino. Y que era tal la

abundancia de poesía que llegaba a la redacción, que el propio diario, como ustedes deben saberlo, se vio en la necesidad de escribir un editorial en donde se pedía a los mineros que por favor frenaran un poco sus impulsos líricos, pues la imprenta estaba recibiendo demasiados productos de ingenio agreste, en donde, a decir verdad, la mayoría de los versos parecían tirados de las mechas. A cambio se les pedía que enviaran noticias de la pampa y, por supuesto, sus reclamaciones laborales y sus quejas sociales. Siempre y cuando, claro, todas esas querellas fueran debidamente justificadas.

En el momento en que el hombrón de los mostachos gigantes toma aire para seguir hablando de cosas que ellos «debían saber», y el poeta ciego, con sus cuencas vacías bañadas en lágrimas, declama con voz doliente *«Soy el obrero pampino I por el burgués explotado; I soy el paria abandonado I que lucha por su destino; / soy el que labró el camino I de su propio deshonor / regando con su sudor / estas pampas desoladas; / soy la flor negra y callada / que crece con su dolor...»,* un joven de San Lorenzo, bien vestido y recién peinado, se acerca y saluda efusivamente a Domingo Domínguez.

—Este es Lucas Gómez —le dice el barretero a Olegario Santana, presentándoselo con gran pompa.

Y en tono socarrón, agrega:

—Él también es artista de la Filarmónica.

El joven, tras extenderle la mano a Olegario Santana, les dice que lo de la subida del Intendente al pueblo no ha sido más que una patraña, y que la gente anda pregonando enfervorizada que lo mejor era bajar a Iquique; que de ahora en adelante no había que aguantar que nadie se viniera a reír de los pampinos.

Después les pregunta si tienen donde dormir, porque si no, los invita a quedarse en el local de la escuela, donde vive su madre.

—Ella es la preceptora del pueblo —dice.

Los hombres le agradecen el gesto, pero que no se moleste por ellos; la noche no está muy helada y han decidido dormir en alguno de los carros de carga. Después, cuando el joven se retira, Domingo Domínguez le aclara a Olegario Santana que en verdad el nombre del muchacho no es Lucas Gómez.

—Se llama Elias Lafertte —dice. Y le explica que él lo llama así desde que lo vio hacer el papel principal en la obra cómica *Don Lucas Gómez* que el Cuadro Artístico de San Lorenzo había estrenado sólo unos días atrás.

—Pero como usted, compadre Olegario —le espeta semiserio el barretero—, no frecuenta mucho los salones de la Filarmónica, no tiene idea de lo que ocurre en el mundo del arte.

Mientras tanto, en su recorrido por el pueblo buscando que en algún despacho les vendieran algo «para apaciguar la lombriz», el carretero y el herramentero se encuentran a bocajarro con una señora que había sido vecina de

José Pintor en la oficina San Agustín, antes de que el carretero se quedara viudo. Se saludan efusivamente. Años que no se veían. La señora anda acompañada de sus dos hijos y de una comadre que vive en el pueblo, en cuya casa, explica, están pernoctando por hoy. Sus hijos, un niño y una niña que presenta con mucho orgullo, son Juan de Dios, de doce años, y Liria María, de dieciséis. Los ojos claros y lanceolados de la muchacha, y su piel de una blancura rara en la pampa, fulminan de inmediato a Idilio Montano. Nunca en su vida ha visto una niña más hermosa.

Tras presentarse tartamudeante, con la sangre de su cara encendida, el joven volantinero no halla donde poner sus manos estorbosas ni donde posar la mirada de sus negros ojos de huérfano, encandilados de pasión.

La vecina de José Pintor, que se llama Gregoria Becerra, y que es oriunda de Talca, les pregunta si tienen donde pasar la noche. El carretero se quita el palito de entre los dientes y, cuidando de no escupir ante ella, le dice que piensan hacerlo en la estación de trenes. Entonces, la comadre, una mujer de aire sigiloso y modales afables, que viste una especie de hábito conventual, se presenta cortésmente y los invita a dormir en su casa. Cuando José Pintor se lo agradece en el alma, querida señora, pero que son cuatro los amigos que andan juntos, la mujer responde que no hay mayor problema, que tiene libre una habitación lo bastante grande en donde podrían perfectamente tirar sus cueros.

—Pues no se hable más del asunto —dice Gregoria Becerra, decidida—, vamos a buscar a los otros dos pampinos y ya está.

En la estación ferroviaria, Domingo Domínguez, sonriente y encantador como siempre, acepta la invitación de inmediato. Mientras que Olegario Santana, un tanto cortado, sólo atina a hacer un gesto con la cabeza en señal de asentimiento. Él no está acostumbrado a recibir tanta amabilidad hacia su persona y, además, la voz franca y la prestancia jovial de la señora Gregoria Becerra, lo conturban sobremanera. No sabría explicar por qué, ni de dónde, encuentra que la matrona, de piel blanca y un conformado cuerpo robusto, tiene un aire sumamente familiar.

Cuando camino a la casa, Idilio Montano, que se había quedado rezagado conversando con los hijos de la vecina, se reúne con ellos para presentárselos, Olegario Santana comprende de súbito ese aire familiar e inquietante que le encontraba a la madre. Pasmado, con el pucho cayéndosele de la boca, se queda mirando a la joven fijamente. Cuando al fin logra articular palabra, le dice a la niña algo que sólo el barretero comprende:

—¿Por acaso, usted, no se llama Yolanda, señorita?

Ella, sonriendo nerviosa, dice que no, que se llama Liria María.

El resto del camino, Olegario Santana lo hace sin articular una sola sílaba ni atender un ápice a la conversación de los demás. Ceñudo y ensimismado, se dedica todo el trayecto a mirar de soslayo a la joven. Al llegar a la puerta de la

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

casa, antes de entrar, en un momento en que la demás gente se descuida, el calichero se acerca a Idilio Montano y le susurra al oído:

—Es igualita a Yolanda

—¿Qué Yolanda? —pregunta Idilio Montano.

—La mujer de los cigarrillos —dice emocionado Olegario Santana. Y extrae su cajetilla de un bolsillo del paletó y se la muestra al joven. Que se fije bien, le dice, si son calcadas. Sólo que a la niña le falta el pucho en la boca y, claro, esa expresión un tanto descocada de la mujer de la cajetilla.

Idilio Montano lo mira extrañado, pero no dice nada.

La casa a donde llegan es un barracón de adobes, de techos altos y paredes gruesas, enteramente pintado a la cal y sin ninguna ventana a la calle. Antes de que ella y su marido la compraran, dice la comadre de Gregoria Becerra, era la bodega de un chino comerciante en frutas que se fue a vivir a Iquique. En la vasta nave de la vivienda, además de una larga mesa de madera, muy semejante a la que aparece en los cuadros de la Última Cena, se aprecia una verdadera colección de imágenes de santos: unos moldeados en yeso, otros tallados en madera, y todos adornados de cirios y flores de papel. Al entrar al recinto, Domingo Domínguez mira con sorna a José Pintor. De todos es sabido en las calicheras de San Lorenzo la ecuménica tirria que éste siente por los frailes, los curas y todo lo que tenga que ver con la Santa Iglesia Católica; incluyendo, por supuesto, a los santos, fueran éstos pintados, modelados, tallados o paridos de madre.

En tanto la dueña de casa enciende el fogón para «un tecito de yerbaluisa», cuenta, en un suave acento de religiosa, que ella y su marido, el que ahora mismo anda en trámites en Iquique, han comprado la casona con la intención de poner una escuela pagada. Pues la única escuelita del pueblo —dice la mujer, juntando las manos como si rezara—, no alcanza ni para la mitad de los niños en edad escolar. Esto sin mencionar las escuelas de las oficinas más cercanas, y en general de todas las de la pampa, en donde sólo el diez por ciento de los niños tiene posibilidad de matrícula.

Luego de encender el fuego, la dueña de casa pide permiso a su comadre para mandar a los niños a comprar pan y cecina. Idilio Montano, que parece embrujado por los ojos de Liria María, se ofrece de inmediato para acompañarlos. Que vayan al despacho de la esquina, les dice la mujer, el chino Lo Pi, más conocido como el chino López, es un viejo casero suyo.

Y mientras sus hijos vuelven, Gregoria Becerra, que se ha enterado de la viudez de su vecino, le cuenta que ella ya no vive en la oficina San Agustín en donde se conocieron, sino en la Santa Ana. Y que también se ha quedado viuda. Y que para terminar de criar a sus hijos se ha puesto a trabajar de libretera. Con acento dolido le cuenta de la trágica muerte de su esposo, molido horriblemente entre los fierros del triturador de caliche —«el *chancho* como le llaman»—, y de su

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

drama tremendo cuando la Compañía, como tenía por costumbre hacerlo, no le pagó una sola chaucha de indemnización. Todo lo que hizo el Administrador fue ofrecerle un puesto de trabajo a ella. Pero después la estuvo rondando todo el tiempo tratando de cobrarle su obra de caridad con favores carnales. Y, lo peor de todo, brama indignada Gregoria Becerra, es que ahora último a ese hijo de mala madre le ha dado por andarle tallando el naipe a su hija. Y eso por ningún motivo lo iba a aceptar. Y que por esas y muchas otras injusticias de que son víctimas los pampinos, tanto hombres como mujeres, ella no ha dudado un santiamén en unirse a los trabajadores en huelga.

Al llegar de vuelta, Idilio Montano y Liria María, seguidos como una sombra por Juan de Dios, traen dos noticias de la calle. La primera, y que no tienen necesidad de proclamarla, pues se lee en el brillo de sus ojos, es que ellos se han enamorado como dos palomitos nuevos. La otra noticia es que, como el señor Intendente no se había dignado a subir al pueblo, la gente de la pampa ya ha decidido marchar a pie hasta Iquique. Que partirán en una gran columna a la hora del amanecer. Esto lo han sabido nada menos que por boca del mismito don José Brigg, dice orgulloso Juan de Dios, con quien se han encontrado en la calle. Gregoria Becerra les cuenta entonces a los presentes que su hijo es amigo personal del obrero anarquista, pues en Santa Ana el niño se gana unos centavos llevándoles la vianda al trabajo a algunos operarios, y que uno de ellos es don José Brigg, que trabaja de mecánico en la maestranza de la oficina.

Cuando, después del té, los amigos comienzan a discutir sobre la conveniencia de bajar o no a Iquique, pues los cuatro andan con poca plata y con lo puro puesto, Gregoria Becerra, como un guante de desafío lanzado sobre la mesa, dice impetuosamente que ella y sus hijos marcharán de todas maneras al puerto, tal y como andan. Y enseguida los arenga a que ellos, como pampinos antiguos que son, tienen más que nadie el deber de permanecer unidos junto a los operarios en huelga, muchos de ellos gente recién llegada del sur. Que para lograr algo con el conflicto hay que bregar como un solo hombre; que esa es la única manera de enfrentarse a los barones del salitre. Ella, personalmente, ya está harta de ver y sufrir los abusos que se cometen a diario en las oficinas. Como, por ejemplo, que aparte de que no les paguen un céntimo de indemnización a las viudas de los operarios muertos en accidentes de trabajo, les descuenten un peso del sueldo por el derecho a un médico que llegan a ver tarde, mal y nunca en el dispensario de la oficina, pues apenas existen cuatro médicos para las casi sesenta mil almas que viven y trabajan en la pampa de Tarapacá.

—Los gringos están acostumbrados a pasarnos por debajo de la cola del pavo cuantas veces les da la gana —termina diciendo Gregoria Becerra—. Y yo creo que va siendo hora de cantarle las cuarentas.

José Pintor trata de disuadirla diciéndole que lo piense bien, la vecinita linda, que son más de ochenta kilómetros los que hay que caminar a través de la pampa, con poca agua y bajo un sol sangriento.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

—Aunque lleguemos a la rastra y medio muertos de sed, yo y mis hijos bajaremos a Iquique —dice Gregoria Becerra.

Olegario Santana, que se siente cada vez más admirado del temple de aquella matrona, farfulla como para sí, desde el ángulo más lejano de la mesa, que no es lo mismo llamar al diablo que verlo venir.

—Así le veamos la cara al Malo, nosotros vamos a marchar de todas maneras —remata decidida la mujer.

Al final de la noche, ganados por la tenacidad irresistible de Gregoria Becerra, todos se han puesto de acuerdo en integrarse a la columna y marchar hacia Iquique. La dueña de casa, que no tiene nada que ver con la huelga, les desea toda la buenaventura del mundo. Y Liria María, que, según su madre, comúnmente es una muchacha retraída y silenciosa, exclama entusiasmada que ojalá se quedaran en el puerto por lo menos hasta el martes, pues en el periódico *El Tarapacá* había leído que ese día era el estreno en Iquique de un circo llamado Zobarán. Según decía el diario, junto a varios artistas contratados en el sur del país, presentarían a unos monitos sabios y a siete perros boxeadores, además de otros tantos animales amaestrados.

—¿Qué otros animales? —pregunta su hermano.

—No lo sé, eso no más decía el periódico.

—A lo mejor son elefantes traídos directamente de la India y leones cazados en la mismísima selva africana —dice sonriendo Domingo Domínguez.

—Aunque así no fuera, señor —dice Liria María ruborizada—, lo lindo es que por primera vez mi hermano y yo podremos ver un circo.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

4

El sábado 14 de diciembre, a las cuatro de la madrugada, la misma hora brutal en que los pampinos nos levantábamos al trabajo, la muchedumbre de huelguistas, como una gran bestia desperezándose, comenzó a ponerse lentamente en movimiento. Pese a lo sacrificado de la hora, muchas casas a lo largo de las calles abrieron sus puertas y ventanas para despedirnos y desearnos suerte en la jornada y darnos algunas cositas para el camino y perdonen lo poco, hermanitos.

Ya fuera del pueblo, en plena pampa rasa, siguiendo siempre la ruta de la línea del tren, iluminados por antorchas y chonchones de carburo, apuramos el paso animosos y llenos de esperanza por nuestro cometido. En realidad, nos parecía increíble la gran epopeya que estábamos viviendo. Y es que, de pronto, nos dábamos cuenta de que ya no éramos sólo un puñado de obreros de la oficina San Lorenzo mendigando un aumento de salario al gringo de la cachimba, sino que de la noche a la mañana, conformando una gran masa de gente soñadora, nos habíamos convertido en una especie de ejército salitrero libertador, en una épica y desharrapada caravana de hombres, mujeres y niños que atravesaban uno de los parajes más inclementes del mundo para exigir por sus justos derechos laborales. Y aunque la mayoría nos lanzamos a la aventura tal y cual nos sorprendió el soplo del coraje —con el puro corazón por brújula y la esperanza como ración de combate—, cada uno sentía dentro del pecho el borboteo de una indescriptible sensación de libertad y audacia. Con los carteles en ristre, las banderas al viento y cantando a voz en cuello un canto que era como el ruido del mundo, las primeras luces del amanecer nos sorprendieron marchando a todo tranco por la arenas endurecidas de salitre. Ufanos de esta gesta proletaria, nuestro paso era el paso ronco de los astros en su tránsito por el universo. «Como el trueno de una nueva aurora levantándose libre en las comarcas de la pampa», según recitaría después, llorando de pura humanidad, don Rosario Calderón, el poeta ciego. Tan llenos de animación marchábamos entre la muchedumbre, tan henchidos de júbilo, tan plenos, que parecía que hubiésemos traído con nosotros los kioscos de música de cada una de las placitas de piedra de las oficinas salitreras, que era lo más alegre que teníamos. Y cuando el primer sol de la mañana, alzándose detrás de los cerros, nos condecoró de oro la frente, nos

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

sentimos grandes y hermosos avanzando bajo su tutela y en su misma dirección oeste. Tensado al máximo el arco del pecho, ágiles los pasos en la arena, era como si el cansancio y la fatiga nos volvieran sublimemente inmortales. Alguien nos comparó entonces con el pueblo elegido echado a peregrinar por el desierto en pos de la tierra prometida. Pero nosotros teníamos clarificado de mucho tiempo que el maná no nos iba a llover del cielo, que había que ir a buscarlo, a cobrarlo, a exigirlo a grito limpio. Y por eso marchábamos desafiando la aridez planetaria de la pampa, para reclamar la porción justa de pan que nos correspondía por cada gota de sudor y de sangre derramada en nuestro trabajo. Y pese a que ninguno de nosotros era consciente del hecho, estaba claro que esa mañana la Historia reculaba sorprendida ante nuestra expedición reivindicatoria, ante la grandiosidad de nuestro canto que, pese a estar compuesto de festivas letras de cantinas, el eco de la pampa y lo trascendental del momento transformaba en gloriosos himnos de libertad y justicia universal.

Sin embargo, Iquique estaba lejos. Y al fragor ardiente del mediodía —la hora alucinante de la pampa—, sudados y cansados como perros, entierrados como perros, oliendo mutuamente a perro, con el agua escaseando en las cantimploras y un sol sulfúrico rugiendo en ángulo recto sobre nuestras cabezas, el ánimo se nos empezó a erosionar, a descascarar como una reseca capa de pintura dorada. El calor nos abatía. El aire parecía inflamable. Daba la impresión de que el planeta entero estaba hecho de material candente. De modo que poco a poco se nos fueron amustiando las banderas, se nos fue desluciendo la mirada, apagando la voz y acortando el tranco hazañoso del inicio de la jornada. Y comenzamos a sentir miedo. La pavorosa redondela del horizonte reverberando temblorosa a la distancia comenzó a hacernos flaquear el corazón, a hacernos temer de la muerte, del desvarío terrible de los espejismos azules. No nos dábamos cuenta de que nosotros mismos, la muchedumbre descoyuntada que conformábamos todos —los hombres rendidos, los niños llorando de sed sobre nuestros hombros, las mujeres que trataban de consolarlos mojándoles los labios descuerados con el agua de sus propias lágrimas—, éramos el más formidable espejismo visto alguna vez por ojos humanos en esas desamparadas soledades pampinas. Y entonces, cuando el sol parecía detenido a perpetuidad en mitad del cielo y la columna empezaba a desmigajarse en lánguidos grupos silenciosos, y los estoicos operarios bolivianos hacían sus primeros armados de coca para combatir el cansancio, algunos de los pampinos más veteranos y decididos, constituyéndose en improvisadas comisiones de aliento, se pusieron a recorrer la desmarrida caravana anunciando que ya estábamos por llegar a Estación Central, hermanitos, que ahí descansaríamos un rato para reponer fuerzas y llenar nuestras cantimploras vacías. Haciendo bocinas con las manos, mostrándose lo más enteros y ardorosos de ánimo que podían, los hombrones gritaban que había que ser fuertes, compañeros, que así como no le estábamos entregando la oreja al capitalismo, no había que entregársela tampoco al cansancio. Que la consigna era avanzar de cualquier modo. Ganarle a la dureza de la jornada. Resistir. Y que el más fuerte ayudara y diera una mano al que viera desfallecer a su lado.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

Y eso es lo que vienen haciendo hace rato Olegario Santana y sus amigos. Caminando casi en mitad de la columna, han repartido el agua de sus botellas entre las mujeres y los niños que marchan a su lado y ya han comenzado a sufrir ellos mismos los efectos de la sed y la fatiga.

Domingo Domínguez, fijándose en el andar desguallangado de hombres y mujeres sobre la ardiente alfombra de caliche, dice, tratando de dar ánimos, que parecen jotes apaleados como caminan todos.

—Especialmente mi compadre Olegario —refunfuña con la boca seca—, que no sé por qué diantres, con el calorcito que hace, no se saca ese paletó negro, que ya no da más de entierrado.

Olegario Santana simula no haber oído nada y todo lo que hace es encender otro de sus Yolandas arrugados.

El carretero José Pintor, que camina junto a Gregoria Becerra, suelta una risita de labios resecos que le hace bailotear el palito entre los dientes, *y* dice que a simple vista él calcula que del paletó de Olegario Santana se puede sacar limpiamente una carretada entera de caliche. «Y de tan buena ley que ningún corrector macuco se atrevería a rechazar».

Gregoria Becerra, que sin desmayar ni dar un milímetro de ventaja marcha a la par con los hombres del grupo, y que también ha venido ayudando y reconfortando aguerridamente a las otras mujeres de la columna, comienza a preocuparse de que su hija se quede rezagada demasiado rato en compañía de Idilio Montano. Que no sepa dónde marcha su hijo hombre no la inquieta mucho, dice, pero que con su hija mujer la cosa es diferente. «Además no me gusta nadita que ese joven se llame así como se llama».

Y sentándose en una piedra para sacudir uno de sus zapatones, agrega ceñuda:

—Mi pobre hija no está para idilios.

—Idilio Montano es un joven respetuoso y caballero como el que más, señora, de eso podemos dar fe nosotros —le dicen los amigos, deteniéndose junto a ella.

—Así será —dice Gregoria Becerra—, pero por asuntitos de enamoramientos mi hija acaba de sufrir una experiencia que todavía la hace despertar por la noche gritando de pavor.

Y tras sacudir y volver a ponerse el zapatón agujereado, les cuenta, sin levantarse de la piedra, que no hacía aún dos meses, un mocetón un tanto alocado que trabajaba cargando sacos de salitre en Santa Ana, y que se enamoró hasta la tontera de ella, al no ser correspondido se había dado muerte con un tiro de dinamita. Una tarde había llegado a la casa con un cartucho preparado, llamó a Liria María a gritos desde la calle y en el momento en que ella se asomaba por la ventana, se hizo estallar en mil pedazos ante sus ojos.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

—Así que no me vengan a mí con jóvenes respetuosos ni ocho cuartos —dice Gregoria Becerra. Y se incorpora y se acomoda el sombrero de hombre que le ha prestado el carretero para capear un poco los rayos del sol, y echa a andar.

Pasado el mediodía, auroleados por una bandada de jotes («Espero que entre esa masa de pajarracos agoreros no estén los tuyos», le había dicho Domingo Domínguez a Olegario Santana), los marchantes que conformábamos la cabeza de la columna llegamos a los recintos de la estación Central. Desfallecientes, luego de saciar algo la sed y de untarnos la frente con las manos húmedas (el agua que encontramos era escasa y no alcanzó para todos), cada uno se puso a descansar echado por ahí a la buena de Dios, arrimado desesperadamente a cualquier objeto que hiciera algo de sombra. El cuadro que hacíamos allí, desparramados en la arena, era triste y doloroso hasta la lástima. Los familiares se arrejuntaban entre sí alentándose y tratando de darse un poco de sombra entre ellos mismos. Y en tanto los hombres acomodaban cartones y trozos de género en los zapatos de sus hijos más pequeños, y masajeaban y curaban con saliva los pies pavorosamente ampollados de sus mujeres; ellas, con reprimidos gestos de impotencia, trataban de reanimar a puros soplidos a sus pobrecitas guaguas enfermas de sed y delirio.

Algunos de los más agotados, echados de espaldas en la arena, boqueando, absorbiendo a bocanadas el oxígeno caliente de esa hora sofocante, mirábamos hacia el horizonte tratando de descubrir alguna nube en lontananza. Pero en el centro del cielo el sol era una bola de fuego perpetuo, negando rotundamente el milagro de una nubecita expósita. Ahí, en esos páramos infernales, con el aire seco y ardiente entorpeciendo el cuerpo y atontando los sentidos hasta el desvarío, vimos la desesperación infinita del ser humano sediento cuando, de bruces en la arena, varios de los nuestros que se quedaron sin agua besaban y lamían las piedras buscando febrilmente arrancarles la última gotita de su humedad prehistórica.

Cerca de las dos de la tarde, mientras continuaban llegando jirones de la columna a la Estación Central, vimos aparecer el tren que hacía el trayecto de Lagunas a Iquique. Algunos de los pasajeros, impactados por el estado lamentable en que nos encontrábamos los caminantes, por la visión brutal de niños llorando y mujeres embarazadas tiradas como bueyes en las arenas calientes, nos daban voces de aliento y, por las ventanillas, nos convidaban frutas, atados de cigarrillos y botellas con restos de agua. No obstante aquello, en un momento se armó una algazara de proporciones cuando algunos de los huelguistas más exaltados comenzaron a gritar que los viajantes varones deberían de tener un poco de vergüenza y bajar de los coches para darles su lugar a las mujeres que marchaban a pie. Pero, en tanto los sorprendidos pasajeros comenzaban a discutir entre ellos si acaso era conveniente o no bajarse del tren, y las mujeres de la columna, por su parte, alzaban la voz reclamando y negándose rotundamente a separarse de sus hombres, el maquinista zanjó el altercado de un

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

solo pitazo bronco. Acto seguido, la locomotora echó a andar y el convoy se fue alejando como un largo espejismo hacia el poniente.

Al desaparecer el tren, la soledad y el silencio volvieron a apoderarse del paisaje. Aún nos quedaba mucho que caminar y la pampa nos aplastaba de nuevo con su desolación de planeta deshabitado. Lo más desesperante para todos era ver como la raya temblorosa del horizonte se mantenía siempre a la misma distancia, caminábamos lo que caminábamos. «¡Si es para volverse loco de pura locura!», exclamaban angustiadas las mujeres, mientras se hacían visera con las manos y oteaban la lejanía suspirando.

Antes de reiniciar la marcha, se decidió que un grupo de hombres bajaría por la oficina Cóndor, cercana a la Estación Central, para hablar con sus obreros y comprometerlos en la huelga. El cometido de la embajada era hacerlos marchar al puerto si fuera posible ahora mismo. Mientras tanto, el grueso de la columna empezó a ponerse en movimiento flojamente.

Como uno de los pasajeros del tren le regalara a Domingo Domínguez una botella de cerveza a medio vaciar y tibia como el diantre —que él, desesperado, se mandó al gaznate de una sola gorgorotada, mientras sus amigos comentaban la suerte linda de este hijo de puta—, dos horas después el inefable barretero aún no deja de exclamar, a modo de disculpa por no haberla compartido con nadie, que ese había sido el mejor concho de cerveza de su vida. «¡Por la chupalla del obispo, que es la pura verdad, compadre Pintor!», exclama a cada rato Domingo Domínguez, recargando la palabra *obispo y* golpeando efusivamente la espalda de su amigo.

José Pintor, por su parte, como buen carretero, le enrostra su roñosería con una sarta de palabrotas extraídas del impúdico rosario de imprecaciones con que acompaña los azotes a las mulas. Sus insultos inventados para sacarle trote a las bestias se han hecho famosos entre su gremio y son repetidos con gran regocijo en las cantinas de San Lorenzo. Sus blasfemias más célebres son aquellas que tienen que ver con el clero. Dos son las clásicas: «¡Arre, mula cara de monja y culo de obispo, traga hostias y caga cirios!» y «¡Me cago en el pasto que comieron las mulas que llevaban la carroza en que iba el ataúd de la madre de cada uno de esos buitres con polleras, mostrencos cabrones!».

Nadie sabe por qué el carretero odia tanto a los religiosos —algunos dicen que su mujer, enferma de tuberculosis, murió rezando en una iglesia—. Lo cierto es que los aborrece casi más que a los capitalistas; tanto así que colecciona letrillas, cantares, acrósticos, y toda clase de poesías, publicadas sobre todo en la prensa obrera, que ridiculizan a los curas. Lo que más lo indigna, según reclama iracundo el carretero, es que esos querubines vivan respirando incienso en sus altares sin trabajarle un santo día a nadie. «El santuario del hombre debe de ser el taller y su incienso, el humo de las usinas», pregona sobre el pescante de su carreta y acodado en los mesones de las cantinas.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

Cerca de las cuatro de la tarde, el calor comenzó a mermar y se dejó venir el viento. El terroso viento tardero de la pampa. El mismo viento áspero que en las calicheras, mientras triturábamos piedras grandes como catedrales, nos fregaba la cachimba mordiéndonos la piel, irritándonos los ojos y dejándonos un kilo de tierra en las orejas, en las narices, entre las junturas de los dientes y en la taza del ombligo. Y a la par con el viento, para regocijo de los niños mayorcitos de la columna, gigantescos remolinos de arena empezaron a formarse en el horizonte, atravesando furiosamente las llanuras blancas.

El que más se alegra con la salida del viento es Idilio Montano. El volantinero, que se las ha arreglado durante toda la jornada para quedarse al rezago junto a Liria María, festejándola, galanteándola, cortejándola inconscientemente con la mirada, con su cuerpo, con los gestos nupciales de un gallito castizo, viene ahora tratando de seducirla con una entusiasta charla sobre el juego de volantines, iniciándola en sus secretos, revelándole la técnica, la pericia que se necesita para hacerlos corvetear en el aire, o mantenerlos quietos contra el cielo como si fueran el lucero de la tarde. Con la afabilidad y consagración de un viejo preceptor rural, la viene introduciendo en las reglas, en los estatutos y normas que rigen las competencias de volantineros profesionales, y que si ella quiere él podría comenzar a prepararla para participar juntos en el campeonato de la oficina del próximo año. Y quien no le dice —le susurra ya en franco delirio amoroso— que a lo mejor quedaban clasificados para el gran Campeonato Provincial de Volantines que se iba a llevar a efecto para las festividades del centenario de la República, dentro de tres años; campeonato del que ya todo el mundo habla en las salitreras y que para él ha llegado a convertirse en el gran sueño de su vida. Qué le parece, señorita Liria María. Y aprovechando que acaba de salir el viento, con unos cuantos dobleces rápidos, le fabrica una cambucha con la portada de un ejemplar del diario *El Pueblo Obrero.* Luego, del bolsillo interior de su paletó saca un pequeño ovillo de hilo. «Todo volantinero que se precie, lleva siempre su canutito de hilo en el bolsillo», dice con un dejo de orgullo profesional, mientras mide, ata y prueba los tirantes con gravedad de experto en la materia. Después, al ver a Liria María elevando la cambucha feliz de la vida, contándole excitada que su padre le había dicho alguna vez, cuando ella era una niña, que en Talca, su tierra natal, a la cambucha la llamaban *chonchona,* Idilio Montano le promete, desleído de amor, que llegando a Iquique le va a confeccionar un volantín como Dios manda, con cañas, colapí y papel de seda, y que le pedirá permiso a su madre para ir a elevarlo juntos a la orilla del mar.

Y como él también, igual que ha hecho José Pintor con Gregoria Becerra, le ha prestado su sombrero a Liria María, en un instante en que el viento se lo vuela, luego de alcanzarlo y ceñírselo él mismo, se la queda viendo fijamente a los ojos. Embelesado ante el aspecto infantil que presenta la muchacha auroleada por el ala oscura del sombrero de hombre, sin poder reprimir el impulso de su corazón, Idilio Montano le toma la cara entre sus manos y le dice, temblando:

—Es usted tan hermosa.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

Liria María, con el rostro encendido, algo le va a responder cuando se aparece su hermano Juan de Dios acompañado de varios rapaces de su edad. Ellos también quieren elevar cambuchas. Idilio Montano, con las hojas sobrantes del diario confecciona tres ejemplares iguales, y que ellos se las ingenien de dónde sacar hilo para elevarlas.

Hijo de padre boliviano y madre chilena, ella lo abandonó cuando él tenía apenas cuatro años de edad. Y dos años más tarde su padre desapareció en la cordillera junto a unos arrieros que pasaban un cargamento de hojas de coca desde Bolivia, producto que entregaban en las pulperías y que éstas comerciaban entre sus operarios. De modo que Idilio Montano, que ha trabajado desde que tiene uso de razón, que nunca asistió a una escuela, y que aprendió a leer y a escribir por su propia cuenta y riesgo, había sido criado por su abuela boliviana, muerta hacía sólo un par de años. Una vieja analfabeta con fama de sabia —él siempre anda sacando a colación sus dichos—, que además de partera, yerbatera y curandera, cuando le sobraba tiempo le adivinaba la suerte a sus vecinos por medio de las cartas, los conchos de café y las figuras que adoptaban las volutas de humo en las chimeneas de sus casas. Como anatematizado por uno de los dichos más repetidos por su abuela, a propósito de lo bebedor que había sido su padre —«El tabaco, el vino y la mujer, echan al hombre a perder»—, Idilio Montano no fuma ni bebe, y nunca antes se había enamorado. De modo que su reciente amor por Liria María, nacido de manera fulminante, lo anda trayendo sumido en tal estado de gracia, que la marcha bien puede darle tres veces la vuelta al mundo que él la hará sin agobios y sin beber una sola gota de agua. Sólo le basta la sonrisa lacónica de Liria María para sobrevivir a todo percance, natural, humano o divino.

Cerca de las cinco de la tarde, un grupo de niños descansando sobre un promontorio gritan que viene un tren por el lado de la costa. Humeando y haciendo sonar el silbato, vimos acercarse entonces el jadeante tren que subía de Iquique al pueblo de Zapiga. Como si fueran viendo un espejismo de varios kilómetros de largo, los pasajeros abrían las ventanillas de los coches asombrados ante la visión que ofrecíamos a sus ojos. Con el cuerpo desguallangado, caminando ya no en cerrada columna como al principio, sino en raquíticas hileras deshilachadas, nosotros les hacíamos señas de adiós levantando apenas los carteles y tratando de agitar las ajadas banderas polvorientas. Más tarde nos enteramos de que algunos compañeros huelguistas, de los que venían tranqueando en la retaguardia, desesperados, echándose en medio de la línea férrea, obligaron al tren a detenerse, y que el maquinista, un gordo bonachón de voz tan ronca como el silbato de su tren, les llenó las botellas y las cantimploras con agua de la locomotora.

A la hora del ángelus, ungidos por los resplandores de un grandioso crepúsculo rojo, sentimos de pronto en nuestros corazones como si fuésemos caminando directamente hacia un nuevo mundo, hacia una nueva patria, hacia el país mágico de la justicia y la redención social. Cansados como estábamos, pero

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

arrebatados de emoción, la pampa nos pareció entonces lo más hermoso que pudiera existir en el mundo. Como la mayoría de los marchantes éramos gente venida del sur —los más viejos se habían quedado luego de combatir en la campaña del 79, y los demás habían llegado hacinados en la cubierta de los buques de carga—, al principio el paisaje nos golpeó tan cruelmente el alma, que nos habíamos sentido como trasplantados a las sequedades sulfúricas de un planeta ajeno. Sin embargo, poco a poco habíamos ido aprendiendo a querer estos páramos miserables, a mirar y admirar su áspera belleza de mundo a medio cocer. Habíamos ido descubriendo su alma oculta, como el tornasolado color mineral de los cerros, por ejemplo; o la diafanidad prodigiosa de sus cielos nocturnos, siempre ahítos de estrellas y luminosidades misteriosas. O como ese crepúsculo teñido de arreboles que ahora mismo teníamos frente a nosotros y que era como si el sol hubiese estallado en una explosión cósmica justo al llegar a la raya del horizonte. Colosal crepúsculo que a los hombres más previsores de la marcha ya nos estaba haciendo preparar las antorchas para iluminar la dura noche pampina que se venía por el oriente.

Viendo que alguna gente a su lado ha comenzado a preparar chonchones, Gregoria Becerra comenta con sus amigos que ya está por oscurecer y que hace rato no ve a su hijo Juan de Dios. Llama entonces a Liria María, que camina un poco más atrás junto a Idilio Montano, y le pregunta por su hermano. Ella tampoco lo ha visto. Gregoria Becerra, que hace rato devolvió el sombrero a José Pintor y ahora lleva uno de sus pañuelos de seda en la cabeza, con gesto severo dice a su hija que ya es hora de que le devuelva el sombrero al joven. Luego se encarama sobre un montículo de tierra y, desde allí, iluminada por los rescoldos de un sol agonizante, mira hacia donde la columna se pierde de vista.

—¡Dónde diantres se habrá metido este pergenio! —dice preocupada.

Como hace un rato a Olegario Santana le ha parecido verlo caminando con un grupo de niños por el otro lado de la línea férrea, se ofrece para ir a buscarlo. Apartado de la columna, lo encuentra junto a una bandada de niños de su edad orinando de cara al crepúsculo en una viril competencia de quién llega más lejos. Olegario Santana se queda observándolo un rato. A él le hubiera gustado, cuando niño, haber sido tan despierto y chúcaro como Juan de Dios, haber tenido una hermana como la niña Liria y una madre como doña Gregoria. Pero él se había criado solo en un caserío al pie de la cordillera y jamás conoció ni a su padre ni a su madre.

—Mear de cara al sol produce orzuelos —dice Olegario Santana en voz alta, mientras se pone a orinar un poco más retirado—. Por lo menos eso decían las viejas allá en el campo.

—Y parece que usted se lo cree de verdad —le contesta divertido Juan de Dios al verlo orinar de perfil al poniente.

—Soy cauteloso —murmura Olegario Santana como para sí.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

El niño tiene el rostro curtido por el sol del desierto y, lo mismo que a todos los chiquillos pampinos, se nota que le estorban los zapatos, que está acostumbrado a andar descalzo, que sus talones tienen tegumentos de perro. A Olegario Santana le recuerda su propia infancia. Él también había crecido a pata pelada y a campo raso, pastoreando cabras por el cerro. Los pocos niños que conoció entonces eran tan ariscos como él, y el único pasatiempo que tenían en esos valles perdidos de la cordillera era matar pájaros, ahuyentar al puma que a veces bajaba a diezmar las ovejas y, de vez en cuando, a la hora de la siesta, más por maldad de niños que por afán de lascivia, fornicarse a algún animal de los mansos. Aunque muy pronto habían descubierto, sin mucho asombro por cierto, que esto último no lo hacían solamente ellos. Lo supieron una tarde, luego de un sarandeado temblor de tierra, cuando encontraron al pastor Primitivo Rojas aplastado por una gran piedra a cuya sombra, al parecer, descansaba al momento del temblor. Debajo de la roca se le asomaban los puros pies planos. Y cuando entre todos, hombres, mujeres y niños del lugar, haciendo palanca con palos lograron levantar la piedra, vieron con sorpresa que Primitivo Rojas, hombre casado y padre de una chorrera de hijos, que se las daba de beato y se llevaba todo el tiempo hablando de una supuesta aparición de la Virgen de Andacollo, tenía los pantalones apeñuscados a los tobillos y, agarrada con ambas manos, una gallina castellana ensartada en la entrepierna.

Cuando Olegario Santana y Juan de Dios acababan de incorporarse al grupo de amigos, aparece un derripiador de la oficina La Perla reclamando de manera furibunda en contra del niño. El hombre, un pasicorto de boca torcida, que huele fuertemente a alcohol, alega enardecido que ese barrabás del demonio, junto a una banda de mataperros como él, han golpeado a su hijo y le han quitado la chomba de lana para destejérsela y usar las hebras para elevar sus cambuchas. Y completamente fuera de sí, se abalanza encima de Juan de Dios para golpearlo. Como ni José Pintor ni Domingo Domínguez logran calmar al derripiador —al que tienen atajado a duras penas—, Olegario Santana se le planta por delante y dice roncamente que suelten nomás al macaco, que él se hace cargo. Todos entonces ven como al hombrecito le cambia la expresión del rostro y se tranquiliza enseguida. Ha bastado que el «Jote Olegario» se abriera un poco el paletó negro, y el otro viera brillar el corvo de acero asomándose en la faja, para que se le encogiera el ombligo y luego comenzara a retirarse rezongando barbaridades y dándole de puntapiés a su propio hijo.

—¡Por eso que este diablazo no se quita el paletó ni para ir a hacer detrás de los morritos! —dice festivo Domingo Domínguez.

Gregoria Becerra, que ha mantenido abrazado a su hijo todo el tiempo, dispuesta a enfrentarse ella misma con el hombre de haber sido necesario, mira a Olegario Santana con agradecimiento. Luego pregunta al niño si en sus andorreos por la columna ha visto a José Brigg, que este asunto hay que denunciarlo enseguida a los dirigentes. Que no es bueno que se ande consumiendo licor en la

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

marcha. Pero ni el muchacho ni ninguno de los amigos lo ha visto durante toda la jornada. «Debe ir caminando a la cabeza», dice Gregoria Becerra.

—Si es que no bajó a Iquique bien sentadito en un coche de tren —masculla por lo bajo Olegario Santana.

Cuando los últimos resplandores del sol rojeaban en la cresta de los cerros pelados, con el último aliento de nuestro cansancio, comenzamos a sentir de pronto la humedad del mar en el aire. Inflando los pulmones a toda vela, aspirábamos con fruición la refrescante brisa con olor a yodo proveniente del litoral. «Respire hondo» le viene diciendo Idilio Montano a Liria María. «Según decía mi abuela, la brisa del mar es tan vivificante como un caldito de pollo». Enamorados hasta los tuétanos, los jóvenes de nuevo se han ido quedando atrás en la marcha y caminan mirándose a los ojos en un estado de enternecimiento casi lastimoso. Esa languidez aguada que en las miradas de los otros es cansancio, en las pupilas suyas no es nada más que amor.

De pronto, un poco más atrás de donde vienen ellos, se oyen unos apagados gritos de mujer. Al devolverse ven que es una embarazada a quien la caminata ha apurado el parto. Tirada sobre unos cueros de vacuno ella está a punto de parir, mientras su esposo, un calichero de la oficina Argentina, alto y flaco como los postes del telégrafo, pide desesperadamente que alguien asista a su pobre Chinita. Llorando sin ningún reparo, el hombre dice que él no sabe nada de alumbramientos y, aunque en las calicheras manipula la dinamita como si fuera juguete de niños, en el fondo no es más que un cobarde, pues a la primera gotita de sangre es capaz de desmayarse como un piñufla cualquiera. Excepto Liria María, en esa parte de la columna no se divisa ninguna mujer, y los hombres presentes, mirándose unos a otros, no hallan qué carajo hacer con la parturienta. Cuando la joven quiere ir por su madre, Idilio Montano le aprieta la mano y, temblándole la voz, le dice bajito que ya no hay tiempo, que él la va a asistir, que algunas veces cuando niño ayudó a su abuela en el atendimiento de más de un parto. Cambiando entonces el tono de voz, Idilio Montano pide a los hombres más viejos que armen un toldo con frazadas alrededor de la mujer, y se da a la tarea de ayudarla a alumbrar. Entre los pujos y los quejidos de la parturienta, asistida por Liria María que tiembla de pies a cabeza, Idilio Montano comienza a realizar los manteos que veía hacer a su abuela, mientras va repitiendo bajito, como para entretener a la paciente y darse valor a sí mismo: «Parto sin dolor, madre sin amor, como decía mi santa abuela».

Cuando un instante después el berrear de la criatura resuena rotundo en el eco de la pampa —«¡Un pampinito de tomo y lomo!» anuncia conmovido Idilio Montano—, al tomar y alzar al recién nacido entre sus manos ensangrentadas, el joven herramentero siente de golpe, con los ojos arrasados en lágrimas, que aunque la marcha se tronche y el movimiento no tenga el éxito esperado, que aunque los gringos pulmoneros del carajo se rían de ellos nuevamente y ganen otra vez como siempre ganaban, él, personalmente, ha logrado algo grandioso: se ha hecho hombre. En estos tres días de huelga ha conocido la férrea solidaridad

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

de los oprimidos, ha encontrado el amor en los ojos de Liria María, y ahora mismo acaba de sentir la indecible sensación de la vida palpitando nueva entre sus manos.

Tres horas después, mientras la columna camina bajo la luna llena, cuyo fulgor onírico vuelve fantasmal la alta noche pampina, Idilio Montano aún parece aturullado por el acontecimiento. Tomados de la mano, Liria María debe tironearlo a cada rato para que no se quede como embobado contemplando un punto invisible en el aire. Y es que, además, le cuenta emocionado él, la madre de la criatura le ha dicho que le pondrá su nombre.

—Imagínese, si es como si fuera mi propio hijo.

A la luz de la luna, Liria María ve fluir un torrente de lágrimas en los ojos de Idilio Montano. Nunca en su vida ha visto llorar a un hombre. En un súbito arranque de ternura, la joven le seca las mejillas con las manos y lo besa suavemente en la boca, sólo rozándole los labios. Cuando vuelven a mirarse, todas las estrellas del cielo pampino parpadean diáfanas en los ojos sorprendidos de ambos. Es el primer beso de amor que ella regala y el primero que él recibe en su vida.

A primeras horas de la madrugada, enteleridos de frío y casi al borde del desfallecimiento, los que conformábamos el grueso de la columna llegamos a las lomas de Alto Hospicio. Allí esperaba un destacamento de soldados con órdenes de no dejarnos bajar al puerto sino hasta que el día aclarara. Los uniformados, una compañía completa de efectivos del Regimiento de Caballería de Iquique, empezaron a revisarnos a todos, uno a uno, a medida que nos íbamos reagrupando. Mientras algunos contemplábamos maravillados el fulgor de la ciudad dormida junto al mar allá abajo, los soldados abrían morrales, extendían cueros, desarmaban retobos y requisaban todos los zarandajos que, según ellos, constituían armas.

Y es que ocurría que en Iquique se había corrido la bulla que una enardecida horda de huelguistas bajaban de la pampa con actitudes hostiles y belicosas. Y durante toda la noche los ingleses dueños de salitreras, los vecinos principales y las damas de copete alto, aterrorizados por el rumor de que íbamos a entrar a saco en la ciudad, no durmieron pensando en las calamidades que ese tropel de rotos asoleados podría perpetrar en contra de sus personas y, muy especialmente, de su sacrosanta propiedad privada. Sólo los comerciantes de menor cuantía y, sobre todo, los dueños de garitos y prostíbulos, que en el puerto eran legión, se sobajeaban las manos de gusto —y hasta subieron el precio del licor los muy cabrones— pensando en el gran comercio que se iba a producir con toda esa masa de pampinos sedientos que bajaban a pie desde los salares del mismísimo infierno.

Después de la revisión —Olegario Santana escondió bien su corvo—, y vigilados siempre por los militares, nos dimos a la tarea de encender algunas fogatas. Más que para capear el frío, era para que su resplandor sirviera de señal

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

a los compañeros que aún venían caminando. Los grupos de hombres y mujeres rezagados, en su mayoría gente anciana, llegaban desmadejados de fatiga, apoyados unos en otros. El aperreamiento a través del desierto, la sed y el esfuerzo sobrehumano, había sido demasiado para sus pobres humanidades. A una mujer de la oficina Santa Clara se le había muerto una guagua de dos meses en el camino y, asistida piadosamente por su marido y por otras mujeres de su oficina, llegó dando gritos desgarradores y apretando el cuerpecito de la criatura como si fuese su propio corazón arrancado del pecho. Después nos enteramos de que durante la marcha habían nacido varias criaturas, y otras tantas habían muerto de deshidratación.

Ya casi al clarear, desguallangados de cansancio, demacrados, echados entorpecidamente sobre la costra calichosa del suelo, los amigos conversan junto a una fogata hecha de ramas de tamarugos. Juan de Dios, que como siempre se ha alejado un poco del grupo, llega de pronto tocado por la emoción: en un fuego de más allá ha visto a un poeta ciego llorando mientras recitaba poemas de la pampa, y lo que no alcanza a comprender es cómo un cieguito puede llorar lágrimas si no tiene ojos. Cuando, compungido, hace la pregunta, se produce un silencio general. Todos en el ruedo se miran entre sí, consternados. Y en el momento en que Domingo Domínguez, con el esbozo de una sonrisita lánguida, va a soltar una de sus infaltables cuchufletas, Liria María se adelanta y, mirando a los ojos oscuros de Idilio Montano, en cuyas pupilas ya se reflejan las primeras claridades del amanecer, dice cariñosa:

—Es que las lágrimas brotan del alma, pues, Juan de Dios.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

5

Apenas el día clareó del todo los soldados dieron la orden de bajar. Entonces, como un lento aluvión humano, los miles de huelguistas que conformábamos la columna comenzamos a descender los cerros emocionados hasta el llanto por la visión de la ciudad que, a esas horas de la mañana, con sus treinta y ocho mil habitantes recién censados, se desperezaba ahíta de sol y de mar allá abajo. Jadeantes, llevando en las manos nuestros pobres zapatos desbaratados, bajábamos los grandes cerros de arena deslumbrados por el fulgor del océano resplandeciendo a todo lo largo del horizonte. Pero aunque grande era nuestro encandilamiento, sobre todo ante el espectáculo formidable de las decenas de veleros de banderas extranjeras surtos en la bahía, nuestros pobres hijos nacidos en las sequedades de la pampa no podían más de asombro y se les atarantaban los ojos ante la inmensidad del mar, pues ni en sus sueños más azules se habían imaginado el esplendor de «tanta agua junta».

Al llegar a la explanada, todo el mundo sintió deseos de echar a correr, de desgranarse por las coloridas calles del puerto que nos esperaba atónito *y* expectante. Pero los soldados no nos dejaron romper filas. Y arreándonos como a un hato de ganado flaco nos desviaron hacia los recintos cercados del Club Hípico, el *Sporting Club,* como lo llamaban los más siúticos, enclavado en las afueras del lado sur de la ciudad.

Mientras la mayoría de nosotros, rotos y ajetreados hasta el calambre, acataba en silencio las órdenes de los uniformados, otros refunfuñaban que no éramos ningunos perros apestosos ni criminales sueltos para que vinieran a tratarnos de ese modo. De todas formas, un gran número de hombres y mujeres, de los que tenían familiares o amigos en el puerto, lograron escabullirse por entre la caballería para perderse en medio de los madrugadores grupos de vecinos que aguardaban nuestra llegada encaramados en los postes del alumbrado público, o subidos sobre los techos de sus propias casas de madera.

A toda esa gente rasa de la ciudad, que nos veía llegar con expresión estupefacta, debimos de parecerles una peregrina tormenta de arena proveniente desde el interior del desierto, una extraña horda de bárbaros inofensivos —ellos que esperaban ver rostros patibularios y muecas bravuconas— invadiendo la

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

placidez matinal de su histórica bahía. Algunas piadosas damas iquiqueñas, todas de familias más bien pobres, se nos acercaban, solícitas, con botellas de agua, panes recién amasados y bolsas de naranjas y mangos frescos, y se largaban a llorar de pura humanidad al ver el estado lamentable de nuestras mujeres y niños más pequeños. Ellos, con sus labios descuerados, la piel de la cara asollamada y enarenados de pies a cabeza, trataban lastimosamente de sonreír en gesto de agradecimiento.

En esos instantes, en el fondo de nuestros corazones, nos sentíamos poco menos que unos parias frente a las miradas compasivas de esa gente que nos recibía con gestos amables y palabras de ánimo. Éramos tal vez los hombres que más duro trabajábamos en la faz del planeta y, sin embargo, ante los habitantes de la ciudad parecíamos ser sólo unos pobres menesterosos dignos de conmiseración. Algunos de entre nosotros se negaban a recibir nada. Ellos eran trabajadores que venían a reclamar lo justo ante las autoridades y no a mendigarle a nadie. Ni menos a robar o a saquear como villanamente se había hecho correr el rumor entre la gente acomodada de Iquique. Tal como días atrás, en el editorial del diario *El Pueblo Obrero,* se había dicho que en ocasiones los trabajadores del mundo se unificaban en la entonación del patriótico himno de la Marsellesa —no para destruir ninguna Bastilla, sino para hacer frente a la explotación sin control del ensoberbecido capitalista extranjero—, del mismo modo, esa mañana no era otro el sentimiento que nos embargaba a los que llegamos caminando a Iquique. Todos sentíamos que de verdad nos encontrábamos en uno de esos momentos solemnes y dramáticos en que la altivez y la dignidad del espíritu del hombre están puestas a prueba. Y llenos de orgullo nos decíamos que así como en las horas que afligieron a la patria, los pampinos estuvimos listos a defenderla, de igual modo ahora había sonado el clarín que nos anunciaba la hora de luchar en algo mucho más grande, mucho más trascendente, mucho más humano: el conflicto de la miseria.

Una vez instalados en la elipse del hipódromo, y para asegurarse de que no nos desbandáramos hacia la ciudad, el recinto fue rodeado inmediatamente por soldados del Regimiento Granaderos. Tenían razón por lo tanto los que reclamaban airados que más que obreros en huelga semejábamos prisioneros de guerra. Y aunque éramos operarios de distintas oficinas y cantones, y muchos de nosotros no nos habíamos visto antes ni en peleas de perros, estos avatares del conflicto nos unían y hacían compartir como si de verdad hubiésemos sido amigos, compadres o vecinos de toda la vida. Y pegados a las cercas que rodeaban el campo de carrera contemplábamos fascinados el movimiento de la ciudad que, con sus coches tirados por caballos, el pregón tempranero de sus aguadores y sus lentas carretas repartidoras de pan, ya comenzaba a despertarse del todo allá a la distancia. «Parecemos monos mirando para la pista de baile», decían sonriendo los más enteros de ánimo.

A la gente de Iquique que por curiosidad se acercaba a mirarnos —y se quedaba tras las rejas contemplándonos con una mezcla de conmiseración y

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

extrañeza, pues a ellos tampoco les permitían traspasar el cerco—, o la que venía buscando encontrar un familiar o algún amigo entre nosotros, la tribuna de primera clase del Club Hípico debía de presentarles un aspecto extraño. Acostumbrados seguramente a ver las aposentadurías ocupadas por damas de copete alto y elegantes caballeros de frac, ahora las veían repletas de rotos fornidos, de mujeres y niños en cuyos rostros tostados por el sol de la pampa aún se notaban las huellas de la agobiante caminata.

Despernados, agotados como bestias, nos habíamos repartido en numerosos grupos a lo largo y ancho del recinto deportivo. Y mientras algunos compañeros no paraban de reclamar contra la inopia de las autoridades y el rigor grosero de los soldados, otros, los más debilitados por el esfuerzo, echados a la sombra de los pocos galpones que componían el hipódromo, con los pies agrietados y llenos de ampollas, o padeciendo el escozor terrible de las ingles escaldadas, se quejaban de la falta de agua para asearse un poco. Algunos pedían que por lo menos los dejaran ir a darse un piquero en el mar que azuleaba ahí, a unos cuantos pasos del recinto. «Olemos a sobaco de comanche, paisano», se decían, esbozando apenas una sonrisita lacia. Y hasta en la pista donde corrían los caballos, bajo un sol que a esas horas de la mañana ya quemaba como el diantre, se veían hombres durmiendo su cansancio feroz a pata suelta.

En un sector del hipódromo, junto a una de las grandes pipas de «agua para beber», dispuestas por las autoridades municipales, Olegario Santana y sus amigos descansan sentados en el suelo. Mientras José Pintor, con sus pies hechos una miseria, se da a la tarea de rebanarse los ojos de gallo con su vieja navaja de afeitar, Juan de Dios, con el resplandor del mar aún cegándole los ojos, le pide a su madre que por favor lo deje ir a conocerlo de más cerquita.

—Sólo para bañarme los pies y me vengo al tiro —le ruega.

Idilio Montano tampoco ha estado nunca cerca del mar. Sentado junto a Liria María, mirando con asombro los dos buques de guerra anclados frente a ellos, le dice al niño que él también quisiera ir, pero que los soldados no están dejando salir ni entrar a nadie del recinto. Y dirigiéndose a sus amigos se lamenta de que las autoridades los estén tratando como si fueran forajidos de la peor especie. Que esa no era la manera en que él había pensado que los iban a recibir en Iquique.

—¿Acaso el jovencito se había soñado un recibimiento con banda de música? —dice sarcástico Domingo Domínguez, coronando su mofa con una carcajada que le hace meterse los pulgares rápidamente a la boca, pues el enflaquecimiento de la caminata le ha aflojado aún más la placa dental y casi se le sale disparada.

Gregoria Becerra, que al saber el incidente del parto en la marcha ya no mira al volantinero con tan malos ojos, dice que el joven tiene razón, que tanto soldado rodeando el local da mala espina.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

—Además esos buques parecen estar apuntando sus cañones directamente hacia nosotros —dice volteando la vista hacia la playa.

Luego de haber repartido pan y café, y cuando en medio de una arrebatiña descomunal todo el mundo le compraba queso y charqui a doña Flora, una vendedora monumentalmente gorda que se estaba haciendo la América con su mercancía entre tanto muerto de hambre, llegó al recinto el Intendente suplente, don Julio Guzmán García. Ahí recién nos vinimos a enterar muchos de nosotros de que el Intendente titular estaba renunciado y que se había ido a Santiago sólo unos días antes.

La primera autoridad de la provincia llegó acompañado del jefe interino de la División de Ejército, don Agustín Almarza, y de un par de vecinos notables de Iquique: don Santiago Toro Lorca y el abogado don Antonio Viera Gallo. Un gran número de obreros se arremolinó entonces en torno a ellos hablando a gritos y tratando de hacerse oír todos a la vez en una sola y gran chimuchina en donde las mujeres pedían a gritos un control de peso y medida en las pulperías y los calicheros vociferaban que se debiera prohibir de una vez por todas, carajo, que los administradores arrojaran el caliche de baja ley a la rampla para después elaborarlo sin haberlo pagado, mientras el resto de las voces se alzaba reclamando el pago de salario a razón de 18 peniques y que el cambio de las fichas debiera ser por su valor nominal y sin ninguna clase de descuentos.

Como en medio de tanto minero rudo y sin un ápice de educación, el señor Intendente, un caballero de aspecto delicado, vocecita aflautada y bañado en agua de olor, se sintiera sofocado y a punto de desmayarse, sus acompañantes optaron por rescatarlo del tumulto y, casi en brazos, meterlo en una de las dependencias. Después, llamando al orden y la compostura, pidiendo a gritos un poco de urbanidad y buenas maneras, dijeron que sólo seguirían parlamentando con los integrantes de un comité elegido por nosotros mismos, y que la reunión se haría a puertas cerradas. Entonces, rápidamente se improvisó un comité formado por un dirigente de cada oficina en huelga, para que se encerrara a conferenciar con las autoridades.

Entablada la reunión, el señor Intendente, con el resuello ya aplacado y el pulso más tranquilo, solicitó al comité que bosquejara y le hiciera entrega de un memorial con nuestro petitorio. Esto, dijo, con el motivo de presentarlo en las conversaciones con los agentes y propietarios de las salitreras. Después, sacándose sus finos espejuelos con montura de oro, y extrayendo luego un pañuelo blanco plegado en cuatro dobleces perfectos, prometió hacer todo lo que estuviera en sus manos para que los industriales salitreros aceptaran las peticiones que, por lo que acababa de oír, encontraba bastante razonables —«procedentes», dijo, escudriñando sus espejuelos a trasluz—. «Pero mientras tanto», comenzó a argüir circunspecto el señor Intendente, apoyado esta vez por sus encumbrados acompañantes, en especial por el abogado, señor Viera Gallo. «Pero mientras tanto —repitió arrastrando las palabras y frotando lenta y meticulosamente los espejuelos con su pañuelo olorosito a lavanda, cuya blancura

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

inmaculada ninguno de los presentes podía dejar de mirar— sería muy conveniente para el bien de las negociaciones, que los trabajadores se devolvieran hoy mismo a las faenas y dejaran una comisión en el puerto para que los representara». Por supuesto que en ese punto ninguno de nosotros estuvo de acuerdo. Por el contrario, le pedimos al comité que solicitara una contestación por parte de los industriales en un plazo no mayor de veinticuatro horas.

Cerca de la una de la tarde, Juan de Dios, que hacía rato se había ido a andorrear por dentro del recinto del Club Hípico, llega donde su madre acompañado de dos individuos que a la legua se nota no son pampinos. En esos momentos Gregoria Becerra y Liria María están ayudando a despiojar a los hijos de una familia amiga de Santa Ana, siete niños hombres en escala real, de uno a siete años de edad, que no paran de rascarse la cabeza en ningún instante. Juan de Dios dice que los caballeros son periodistas del diario *La Patria* y que quieren entrevistar a algunos de los huelguistas, especialmente si son de la oficina San Lorenzo, donde, se sabe, comenzó la huelga.

Mientras Olegario Santana se aparta silenciosamente del grupo y, junto a una reja, se va a terminar de comer una marraqueta con queso, acompañándola con tragos de agua de su cantimplora, Domingo Domínguez, doblándose en una histriónica reverencia, se ofrece de inmediato para ser entrevistado «por los señores periodistas de tan prestigioso diario local».

A la pregunta de qué pretendían hacer los pampinos en Iquique para lograr un posible arreglo al conflicto, pues se había corrido la voz que venían en son de guerra, el barretero, adoptando ahora un aire circunspecto, y acariciando su grueso anillo de oro, dice que ellos no han caminado los kilómetros que han caminado para venir a formar bochinche a Iquique. Que como cualquiera de los presentes lo puede constatar, incluso los mismos señores de la prensa, la presencia de ánimo de los huelguistas es admirable y que todo el mundo allí está tranquilo y calmado, y pensando en cualquier cosa menos en hostilidades.

—Un comité ha presentado las bases de nuestras peticiones —tercia el carretero José Pintor—, y si los gringos la aceptan, todos felices; y si no la aceptan, bueno, qué se le va a hacer. Pero que nos lo digan ahora. Así nos volvemos rápidamente a la pampa a seguir poniéndole el hombro al cerro.

—O ahuecamos el ala y nos volvemos al sur, de donde a la mayoría nos trajeron enganchados con engañifas de cascabeles y vidrios de colores —tercia Gregoria Becerra.

—Nosotros estamos completamente seguros de la justicia de nuestra causa —interviene de nuevo Domingo Domínguez alzando el índice en gesto doctoral y aprovechando a la vez de afirmarse la dentadura—. Y si sabemos que es fundado y legal lo que pedimos, ¿para qué vamos a echar a perder el pleito con tinterilladas de mala ley? Mientras no nos provoquen, mientras se nos respete como personas, tal como respetamos nosotros, nuestra actitud será de completa cortesía para con todo el mundo.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

—Lo que todos queremos —remata José Pintor, sacándose el palito de la boca y apuntando con él a los entrevistadores— es una contestación categórica para saber a qué atenernos. Punto.

—¡De eso mismito se trata, pues, hermanitas! —intervienen de pronto dos pampinos de aspecto alcohólico y voz apaisanada que habían estado observando la entrevista a dos pasos de distancia y no se aguantaron las ganas de entrometerse.

Tras acercarse al grupo, hablando uno y otro a la vez, los operarios dicen que ellos son uno boliviano y el otro peruano, que uno trabaja de barretero en la oficina Santa Clara y el otro de particular en la San Agustín, que se han conocido durante la marcha, en la cual, además de la amistad y las mentiras para entretenerse en el camino, han compartido toda la provisión de aguardiente que traía cada uno —«para pasar el frío de la noche, pues caballeritos, no se vayan a creer otra cosa»—, y que los dos, al igual que los paisanitos chilenos presentes, lo único que quieren ahora es una respuesta rápida para volver a sus trabajos. Que aunque mucha gente cree que nada se va a conseguir con todo este vocerío, que las autoridades y los señores industriales no van a hacer caso ni un tantito así a sus reclamaciones, ellos, los que conformaron la gran marcha a través del desierto, tendrán el honor y la consideración de haber sido los primeros en alzar sus voces de protesta, los primeros en dar la iniciativa para que nunca más, carajo, los trabajadores de la pampa salitrera entreguen la oreja así como así, sin antes reclamar lo que creen justo.

Domingo Domínguez, tras oírlos hablar, se los queda mirando un rato con malicia. Luego, haciendo mención a la guerra en que Perú y Bolivia combatieron unidos contra Chile, dice festivo:

—¡Acaba de hablar la Confederación Perú-boliviana!

En medio de la risotada general, y llevado por ese sentimiento recíproco que nace entre los hombres del vino, el barretero se presenta cordialmente con ellos.

—Mi nombre es Domingo Domínguez.

Y palmoteando a ambos alegremente, remata guasón:

—¡Para servirles, para servirnos y para que nos sirvan!

Después les presenta uno a uno a sus amigos y termina charlando con ellos sentados en el suelo, como si se conociesen de toda la vida.

A las hora de la siesta, exactamente a los dos de la tarde, se supo en el hipódromo que el comité iba a tener una reunión decisiva en la Intendencia, y que luego se efectuaría una asamblea frente al mismo edificio, a la que podía asistir el que quisiera. En una polvorienta estampida, todo el mundo se desbandó entonces hacia la ciudad. Y, una hora después, una gran multitud —formada además por

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

curiosos y operarios de los gremios en huelga de Iquique— se concentró llena de esperanza frente al edificio de la primera autoridad provincial.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

6

Olegario Santana y sus amigos son de los primeros en llegar al lugar del mitin. Gregoria Becerra quiere quedar lo más cerca posible de los balcones y apura a su hijo Juan de Dios para que no se aleje mucho de su lado. En cambio ya casi se ha rendido al hecho de ver a su hija Liria María retrasándose siempre junto a ese jovencito de ojos adormilados. José Pintor y Domingo Domínguez, al oírla lamentarse y mover la cabeza en un gesto de resignación, la consuelan con la cuchufleta de que aparte de ser honesto y trabajador entre los trabajadores, el muchacho es más tranquilo que un volantín sin viento.

Un poco más atrás, a pleno sol, tomados de la mano y sin dejar de mirarse un solo instante, Idilio Montano y Liria María casi no se percatan del gentío que empuja, canta, grita y suda a su alrededor. Para ellos la huelga ha cambiado completamente de sentido. Ahora toda ella no es más que la escenografía grandiosa para la puesta en escena de la sublime obra de su romance inmortal. Creen con el alma que cada uno de los acontecimientos derivados del conflicto se han confabulado sólo para dar realce a la historia de su amor. Su encuentro en el pueblo de Alto San Antonio, la épica marcha a través del desierto y su estadía ahora en esta ciudad llena de comercio y casas como palacios de cuento, no es más que la espléndida trama de su enamoramiento. Y mientras la agitada muchedumbre a su alrededor, sufriendo los efectos de la canícula aplastante, no deja de clamar y reclamar sus reinvindicaciones, y levantan carteles y flamean banderas y redoblan tambores, y cada uno sufre y se afana en los más mínimos pormenores del conflicto, ellos, embelesados de amor, íngrimos, como protegidos por una sombrita de nube propia, parecen como tocados por la gracia divina. No dicen nada, no escuchan nada, no piensan nada. Todo lo que hacen es entrelazar sus manos en una sola rosa lírica, húmeda, carnal. Y mirarse. Mirarse interminablemente. Él descubriendo que en los ojos claros de ella se refleja la luz del primer día de la creación; ella, que en los ojos negros de él se descifra la oscuridad de la noche primigenia, y ambos vislumbrando la verdad irrebatible (pero simple como el oro) de que la noche y el día juntos conforman el misterio de la unidad del mundo, el misterio insondable de la unidad de la vida, de la unidad del amor.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

Pasado un rato largo, cuando los miles de obreros acabildados bajo los palcos de la Intendencia, achicharrados por el sol, ya comenzábamos a despotricar por tanta demora, un integrante del comité, apareció en lo alto de la tribuna. Era un joven patizorro de la oficina La Perla. Inmediatamente el silencio se hizo general. El joven, papel en mano, el sombrero echado atrás y secándose la frente con un pañuelo arrugado, comenzó a leer con un vozarrón de trueno que ya se lo hubiera querido cualquier capataz de cuadrilla. La proposición hecha por las autoridades consistía en que obreros y patrones debían acordar una tregua de ocho días como mínimo, tiempo que los agentes y las compañías salitreras consideraban absolutamente necesario para consultar a sus jefes respectivos en Inglaterra, Alemania y en los demás países europeos en donde tenían sus despachos. Mientras tanto, y esto era lo esencial, los huelguistas deberían volver a su trabajo en la pampa, para lo cual ya se estaban preparando y poniendo a disposición algunos convoyes del ferrocarril salitrero. Los señores industriales por su parte se comprometían formalmente a dar contestación en el plazo acordado, y que si ésta resultaba desfavorable, los obreros quedaban en pleno derecho a abandonar sus faenas cuando estimaran conveniente.

Fue como si nos hubiese caído un rayo.

El descontento nos quemó el pecho por dentro y la rabia nos retorció las tripas como vidrio molido. Nuevamente nos sentíamos engañados y humillados por la soberbia y el desprecio de los industriales. Para esos marrulleros del carajo cada uno de nosotros no era sino un número en las planillas, unos parias sin más derechos que los de las mulas que arrastraban las carretas de caliche en la pampa. Un ¡No! rotundo escapó entonces de las gargantas pampinas. Un clamor colosal inundó todo el ámbito de la ciudad rechazando la propuesta y persistiendo en el plazo de veinticuatro horas para que los señores industriales dieran su respuesta.

Y cuando la protesta de la muchedumbre comenzaba a subir de tono y los ánimos se caldeaban peligrosamente, apareció en la tribuna el abogado, señor Viera Gallo. Con su monóculo en la mano y su eterna sonrisita de beato en domingo de ramos, tras saludar a la masa con un afectado gesto de paternidad, el abogado infló sus plumas en un carraspeo solemne y luego se soltó en un florido discurso de tono rimbombante, una perorata en la que no pudo dejar de sacar a colación, junto a los grandes intereses de la patria, la roja sangre araucana, la valentía de nuestros héroes, la hermosa bandera tricolor jamás arreada ante el enemigo, y otras lindezas por el estilo. «Vosotros, soldados de acero —terminó diciendo retóricamente el abogado—, vosotros que habéis cruzado infatigables y serenos las candentes arenas de la pampa que se dilatan infinitas en el horizonte; vosotros que habéis delegado en un comité directivo todas las atribuciones, ahora tenéis el deber de acatar esa resolución, pues dicho comité ya lo aprobó y por consiguiente os toca sólo obedecer y guardar silencio».

—Esas son paparruchadas de futre leído —masculla Olegario Santana.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

—¡Puras bolas de político patrañero! —recalca a su lado José Pintor.

Y cuando Domingo Domínguez, que se ha ido corriendo de a poco hacia adelante, está a punto de saltar a la palestra a rebatir al abogado pendejo, el joven dirigente obrero que había leído las bases propuestas, toma de nuevo la palabra. Sin amilanarse ni temblarle el bigote, mirando directamente a la cara del abogado, dice que el caballero está equivocado medio a medio; que el comité no ha aceptado tales bases; que lo que ha hecho es recibirlas y ahora las presentaba a la asamblea para que ella acordara su aprobación o repudio.

—¡Las repudiamos! —fue el grito que a una sola voz se oyó en la multitud.

Domingo Domínguez, entonces, exaltado hasta la inflamación, forma bocina con las manos y se hace oír por sobre el bullicio de la turba diciendo que grandes causas se han perdido a través de la historia por culpa de algunos próceres campanudos que con su oratoria ampulosa han logrado engatusar a las masas. Tras el instante de silencio que se hace entre los huelguistas, y para sorpresa de sus amigos, el barretero aparece de pronto encaramado en lo alto de la tribuna. Allí, echando mano a todas sus dotes teatreras, con tanta o más prosopopeya que el propio abogado Viera Gallo, y olvidando por completo el problema de su dentadura floja, improvisa un sublime discurso que es ovacionado largamente por los huelguistas.

—Yo, obrero de la pampa —comienza diciendo en tono engolado Domingo Domínguez—, átomo insignificante de la sociedad, levanto mi voz para rebatir la verba arrebatadora del señor abogado aquí presente. Mis palabras tal vez no alcancen a desvanecer el influjo magnético dejado en el aire por el gran orador que es el señor Viera Gallo, pero sepan ustedes que ellas de ninguna manera son el hueco cascabeleo de los trajes de *pierrots,* sino que nacen del fondo más íntimo de mi alma. Mis palabras son la expresión sincera del obrero que, vegetando en las candentes arenas del desierto, como ha dicho el mismo señor abogado, ha venido aquí nada más que a reclamar justicia. No somos una tracalada de salvajes sin Dios ni ley, ni traemos bandera de exterminio para nadie, sólo queremos algo tan simple como que se nos pague un salario justo, a un tipo de cambio de 18 peniques, que es la cosa más legítima del mundo. Pues debo decir que ellos, los señores industriales, en nada se perjudican con la baja del cambio, muy al contrario, aprovechando esa circunstancia, nos quitan a nosotros la mitad del jornal que nos pagaban antes. Es inútil entonces que en estas condiciones se recurra al manoseado expediente de hablarnos en nombre de la patria y sus gestas gloriosas. Eso es como querer engañar a unos niños con lentejuelas de *clowns* de circo. No nos vamos a dejar convencer con esa clase de arengas patrioteras, pues no es posible que hayamos hecho un sacrificio estéril, no es posible que hayamos echado el bofe caminando por las arenas del desierto, con mujeres y niños a cuestas, para volver a las calicheras con apenas una frágil ramita de esperanza entre las manos, una pobre esperanza que mañana seguramente se disipará sin remedio al primer soplo del viento pampino.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

Luego de las palabras de Domingo Domínguez, y de las improvisaciones de otros operarios envalentonados por la aclamación dada al barretero, se reanudó nuevamente el parlamento entre las autoridades y la delegación de los huelguistas. Y después de otra hora de debates, mientras en la calle todos gritábamos y queríamos hacer uso de la palabra, apareció en el balcón el señor Julio Guzmán García. En la expresión de su rostro percibimos algo que de entrada nos dio mala espina. Con su voz de flauta y sus ademanes de caballero remilgado, el Intendente nos anunció, complacido, que al fin se había logrado una resolución final. Que, de común acuerdo con los dirigentes obreros, se había llegado a la conclusión categórica que de todas maneras se necesitaba el plazo de ocho días pedido por los señores salitreros para tener una contestación definitiva a nuestras reclamaciones. Que ese punto era ineludible. Y que mientras tanto podíamos volver tranquilos a la pampa, porque él, como primera autoridad de la provincia, nos prometía que todas y cada una de nuestras peticiones serían expuestas claramente. Que tuviéramos confianza en sus palabras. Y que en la eventualidad de que, cumplido el plazo fatal, nuestro petitorio no fuera aprobado por los patrones, podíamos estar seguros de que él mismo, el Intendente en persona, pondría trenes en las estaciones de cada una de las oficinas salitreras para que bajáramos a Iquique.

Mientras la autoridad hablaba, un silencio de duelo comenzó a cernirse sobre la muchedumbre. Decepcionados y amargados hasta casi el llanto, los pampinos nos mirábamos las caras unos a otros sin entender muy bien qué carajo era lo que ocurría. Lo único que empezábamos a sentir claramente era que habíamos atravesado medio desierto por las puras arvejas.

La autoridad provincial terminó diciendo que a las cinco de la tarde estarían listos los trenes que nos conducirían de vuelta a nuestras faenas. Que aquí se quedaban nuestros representantes, en número de cinco por oficina, para defender la causa. «Ellos —remató, tratando penosamente de emular la arenga del capitán Arturo Prat— sabrán cumplir con su deber».

Después de esto, el gentío comenzó a disgregarse refunfuñando amargamente. El desgano había hecho presa de todos. El grueso de los huelguistas se encaminó hacia los recintos del Club Hípico en donde, según se había dicho desde los balcones de la Intendencia, antes de partir a la pampa se nos serviría un trozo de carne asada de dos bueyes chunchos beneficiados especialmente para nosotros. Otros, en tanto, los que andaban con mujeres y niños, aprovechando el poco tiempo que les quedaba en el puerto, se fueron a conocer los paseos de la ciudad o a caminar por la playa. Como en esos mismos instantes comenzó a correr la voz que un grupo de veintidós mujeres, rezagadas en la marcha, habían asomado medio muertas de cansancio en el cerro, por el lado de los estanques de agua, un numeroso grupo de pampinos resolvió inmediatamente subir a recibirlas. Y porque se decía que junto a las mujeres venían algunos niños enfermos, una tropa de soldados subió también para bajarlos al anca de sus caballos.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

Al terminar la concentración, mientras la trifulca de gente se revuelve y desparrama en todas direcciones, y Domingo Domínguez y José Pintor reclaman en voz alta que de nuevo nos han guaneado estos gringos del carajo, que ahora hay que sentarse en una piedra a esperar la respuesta al petitorio, pues los barones de Londres van a contestar para las calendas griegas, Gregoria Becerra se da cuenta de que su hijo Juan de Dios no se ve por ninguna parte. «Lo único que faltaba», se dice nerviosa. Primero les pregunta a sus amigos si alguno ha visto por ahí a ese pergenio de porquería. Luego se acerca a preguntarles a cada uno de los conocidos que encuentra a su paso. Después, ya tomada completamente por los nervios, empieza a correr de un lado a otro hurgando y averiguando entre los grupos de gente que se disuelven con sus banderas y carteles plegados bajo el brazo. Todo en vano. Ahora que hay que volver a la pampa, el niño parece haberse desvanecido en el aire. La angustia hace presa de Gregoria Becerra y Liria María comienza a llorar.

Los amigos resuelven que lo más conveniente en esos casos es repartirse y buscar en varios puntos a la vez. Olegario Santana y Domingo Domínguez irán a buscar en los recintos del Club Hípico; Idilio Montano y José Pintor recorrerán las calles aledañas a la Intendencia. Gregoria Becerra se quedará junto a su hija esperando ahí mismo, por si el niño regresa.

—Tan difícil de manejar que me salió este niño —se mesa las manos con desesperación, Gregoria Becerra—. Si es como tirar un burro de la cola.

Mientras madre e hija aguardan mirando y fijándose en cada niño que pasa ante ellas, un gran contingente de soldados, marineros y policías a caballo, comienzan a copar las calles principales. De igual forma, cual si hubiesen estado aguardando el final del mitin encajonadas a la vuelta de la esquina, varias bandas militares empiezan a recorrer el centro interpretando aires marciales y melodías de moda para deleite de la gente que, en medio de una dorada nube de polvo, remolinea y las sigue llenas de entusiasmo. En medio de su angustia, Gregoria Becerra se da cuenta de que muchos pampinos se han dejado emborrachar la perdiz y comienzan a convencerse de que todo se ha solucionado para bien, y hasta se muestran felices de la situación.

Cuando una hora más tarde, sudorosos y agitados, los amigos vuelven a reunirse con Gregoria Becerra, ésta y su hija, afligidas hasta las lágrimas, se han sentado en la vereda esperando y rezando a la Virgencita de la Tirana. Aunque todos vienen con las manos vacías, el carretero trae el dato esperanzador de que un grupo de niños, al enterarse de que a las cinco de la tarde regresaban a la pampa, se escabulleron hacia la playa con la intención de darse un baño de mar antes de partir. Cuando Idilio Montano se ofrece para ir en su busca, Liria María, con sus mejillas pálidas hasta la transparencia, pide a su madre que si puede acompañarlo.

—Mejor que vaya el joven solo —dice asonambulada Gregoria Becerra—. Sería una lindura que ahora perdiera también a mi hija.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

Al partir Idilio Montano los demás amigos deciden no volver al Club Hípico donde se ha concentrado la gente para salir en columna a embarcarse hacia la pampa. Sentados ellos también en la vereda, se quedan acompañando a las mujeres que no paran de rezar para que aparezca Juan de Dios. Liria María, que ya no sabe si pensar en su hermano o en la posibilidad terrible de no volver a ver nunca más a Idilio Montano, se tapa la cara con las dos manos y comienza a llorar de nuevo.

Tras un rato de barajar posibilidades y dar ánimos a las mujeres, Domingo Domínguez aparta un poco a sus amigos y les dice, en voz baja, que reciencito nomás se ha dateado sobre un boliche que está vendiendo licor por la puerta chica, aquí a la vuelta de la esquina. Que él está dispuesto a empeñar su anillo de oro si es necesario. «Estoy que muerdo por un trago», dice, pasándose la lengua por su bigotito blanco.

Olegario Santana, pensando en la preocupación de las mujeres, opina que lo mejor es dejarlo para otra ocasión.

—O para más tarde —interviene José Pintor.

El barretero conviene a regañadientes.

—Tendré que conformarme con tragar salivita —dice, haciéndose el atormentado.

Cuando las campanadas del reloj de la torre de la plaza Prat están dando las cinco de la tarde, los amigos ven pasar la columna de obreros que, desde el hipódromo, se dirigen a la estación de trenes a embarcarse de vuelta hacia la pampa. Con las banderas al viento, pero sin los carteles de reclamaciones, los pampinos marchan flanqueados por soldados de infantería y caballería que mantienen a raya a los cientos de operarios en huelga de los gremios iquiqueños que, desde las aceras, los siguen gritándoles que no se vayan, compañeros, no regresen a las calicheras, sigan adelante con la huelga, que los trabajadores de Iquique estamos con ustedes, hermanos!

Lo que llama la atención de los amigos es que al frente de los huelguistas va una gran banda de regimiento marcándoles el paso al son de patrióticos himnos marciales.

—Estos babosos quieren hacer creer que nos vamos de Iquique como vencedores —dice con bronca Olegario Santana.

A lo lejos, como apurando el tranco de los obreros, se oyen resonar los pitazos urgentes de una locomotora.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

7

Ante la desesperación de Gregoria Becerra al ver que la gente vuelve a la pampa y su hijo no aparece, los amigos deciden quedarse con ella. No se moverán de su lado hasta que aparezca el niño. Total, dicen, quedarse un día más en Iquique, no es ninguna tragedia. La pampa no se va a acabar.

—Nos vamos a morir todos y la pampa va a seguir existiendo —redondea perogrullesco Domingo Domínguez, tratando de animar a las mujeres.

—Si en media hora no aparece el herramentero con el niño, nos vamos nosotros también a recorrer la playa —dice José Pintor.

Media hora más tarde, extrañados de no ver todavía ningún tren con huelguistas subiendo los cerros, y cuando ya comenzaban a planear para qué lado de la playa se iba a ir cada uno, les llega de pronto en el aire el griterío ronco de una muchedumbre acercándose. Sorprendidos hasta el alelamiento ven aparecer entonces, por la misma calle por donde habían pasado a embarcarse, acompañados ahora de los gremios iquiqueños que los alientan y avivan puño en alto, a los miles de huelguistas pampinos cantando y gritando eufóricos que nadie se vuelve a la pampa, carajo, que todo el mundo se queda en el puerto hasta las últimas consecuencias. Sin embargo lo que emociona hasta las lágrimas a Gregoria Becerra y a su hija, y maravilla hasta las carcajadas a Olegario Santana y a sus amigos, es que a la cabeza de la procesión, caminando junto al dirigente José Brigg, viene Juan de Dios en persona, sonriente y feliz de la vida.

El muchacho, luego de la reprimenda de su madre y de los abrazos emocionados de su hermana, que no para de sollozar, dice, en medio de la gritería, que como en la playa se les hizo tarde, él y los demás niños decidieron no volver al centro, sino irse directamente a la estación, pensando que allá se encontraría cada uno con sus padres. Y cuando, rodeándolo entre todos, le preguntan qué diantres ocurrió en la estación que la gente se devolvió toda, Juan de Dios comienza a contar a los gritos que cuando los pampinos llegaron a la estación y vimos que los carros que nos habían puesto eran planos, de esos para cargar sacos de salitre, los más empecinados empezamos a gritar que qué demonios se creía todo el mundo que éramos nosotros para que vinieran a tratarnos como animales, que no íbamos a viajar a ninguna parte amontonados

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

como sacos de salitre en esos carros sin protección ni seguridad ninguna. Y es que nosotros sabíamos mejor que nadie que viajar en ellos era un peligro vivo, que a los tumbos y vaivenes de las numerosas curvas de la vía férrea, especialmente en la escarpada subida de los cerros, se podía fácilmente sufrir un accidente fatal, pensando sobre todo que la mayor parte del viaje se haría de noche y que con nosotros iban guaguas, niños y mujeres. Y mientras discutíamos esto con los compañeros que ya se habían acomodado en los carros, los huelguistas de los gremios iquiqueños, amontonados en el Cerro de la Cruz, nos gritaban a todo pulmón que no volviéramos a la pampa, que nos quedáramos en el puerto, que entre todos podíamos llegar a doblarle la mano a los capitalistas zarrapastrosos. «No entreguen la oreja, hermanos pampinos», repetían a todo grito los iquiqueños, agitando sus banderas. Y muchos de ellos, rompiendo el cerco de las tropas que los mantenían alejados de nosotros, bajaban corriendo hasta la explanada de la estación y allegándose a la línea del tren increpaban duramente a los que ya se habían embarcado. «Parecen una manada de carneros acurrucados ahí encima», les gritaban incitándolos. Y en tanto sucedía esto, el abogado, señor Viera Gallo, que nos había seguido en su automóvil de lujo hasta el embarcadero, trataba de convencernos por todos los medios de que no hiciéramos causa común con los obreros de Iquique, que éstos eran una manga de flojos, una cáfila de mañosos poco acostumbrada al trabajo. Pero nosotros, ya con el ánimo exaltado, y enrabiados por el desprecio de que éramos víctimas por parte de autoridades y patrones, resolvimos de pronto no regresar al trabajo, no volver a la pampa, quedarnos todos en el puerto a luchar hasta el final por nuestros derechos. Y cuando la muchedumbre vociferante, al grito de ¡A la plaza de armas! ¡A la plaza de armas!, comenzó a devolverse toda hacia el centro de la ciudad, los militares que nos custodiaban quedaron en un momento rodeados y embotellados, a completa merced de la turba. Sin embargo, nadie levantó una mano contra ellos ni hizo el menor ademán de agredirlos. Esa fue sin duda una de las tantas demostraciones del espíritu pacifista que nos movía, y que mantuvimos durante todo el tiempo que duró la huelga.

Luego de llevar a efecto un gran mitin en la plaza Prat, en donde se hicieron encendidas proclamas en contra de los patrones, la consigna unánime fue ir nuevamente hasta la Intendencia. Allí, alarmado por la gritería ensordecedora del gentío, por uno de los balcones del edificio se asomó la figura de don Julio Guzmán García, sorprendido y demudado.

Cuando momentos más tarde nos dirigió la palabra, su tono ya no era el que había usado hasta entonces —por cierto, nosotros no sabíamos aún de su pedido urgente de tropas para el puerto ni del telegrama del Ministro del Interior en el que se le ordenaba reprimirnos con firmeza, *«sin esperar a que los desórdenes tomaran cuerpo»*—. En una perorata pausada y cortante, llena de despropósitos, el señor Intendente nos dijo entonces, entre otras burradas del mismo calibre, que el dinero para pagarnos no era suyo sino de los salitreros, y que él no podía ponerle una pistola al pecho a los señores industriales para que nos concedieran lo que reclamábamos. Pero mientras hablaba, muchos nos dimos cuenta de que

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

detrás suyo, ocultos entre el cortinaje de los ventanales, los señores Toro Lorca y Viera Gallo, gesticulando y moviendo las manos, le iban dictando una a una las palabras que él repetía como un loro en su discurso. Después, a instancias de nuestros cantos y gritos a favor de la huelga, y de nuestra decisión de no volver a los recintos del hipódromo, hizo subir al comité de obreros para conferenciar sobre lo que se podía hacer con nosotros por el momento.

Cuando después de un rato, José Brigg se asomó por uno de los balcones, el silencio que se produjo fue impresionante. El mecánico anarquista de la oficina Santa Ana, hijo de padres norteamericanos y secretario en la fundación de la delegación pampina de Huara —que a esas alturas, sin mostrarse demasiado, se había alzado como el cabecilla natural de la huelga—, nos informó que las autoridades nos ofrecían dos locales para alojarnos: el convento de San Francisco para los hombres y la Casa Correccional para las mujeres.

Enardecidos, los pampinos contestamos que bajo ningún motivo aceptábamos quedarnos en un convento. Y aludiendo a un reciente y sonado escándalo de homosexualidad entre algunos eclesiásticos del puerto, se oyeron algunas voces ásperas gritando que no querían nada con «cacheros».

—¡El único de acuerdo en alojar con los curas es mi amigo José Pintor! —grita muerto de risa Domingo Domínguez.

—¡Por mí se pueden ir al carajo esos cagacirios! —reclama José Pintor.

José Brigg volvió a entrar a la sala de conferencia. Al salir de nuevo al balcón, en un tonito que sonó mucho más irónico que antes, dijo que ahora se nos ofrecía albergue en el Regimiento Carampangue y en el Regimiento de Húsares. Como a nosotros ese hospedaje nos olía francamente a prisión, lo rechazamos también de inmediato con una gritería ensordecedora.

Al reaparecer por tercera vez, el tono del dirigente había cambiado.

—¡Ahora se nos ofrece como alojamiento la escuela Santa María! —dijo.

Eran las seis de la tarde. De inmediato, luego de aprobar por unanimidad el lugar ofrecido, entonando cánticos y gritando consignas, mientras las comisiones de cada oficina nos pedían orden y compostura a través de las bocinas, enfilamos rumbo al establecimiento escolar.

De modo que cuando Idilio Montano, luego de recorrer kilómetros de playa sin haber encontrado a Juan de Dios, vuelve al centro de la ciudad, lo encuentra casi vacío de gente. Al ver que sus amigos no se hallan por ninguna parte, su corazón empieza a martillarle el pecho desesperado. Y es que mientras recorría la playa preguntando si alguien había visto a un niño de nombre Juan de Dios, de éstas y de estas otras señas, se había dado cuenta de lo muy enamorado que estaba de Liria María. Nunca antes había sentido ese aleteo de pájaros helados que estaba sintiendo en el vientre. Todo en esos instantes le era luminoso. En el reflejo de las aguas veía el brillo de los ojos de su amada y en cada ola oía estallar la flor de su nombre precioso. Pero de improviso, inmerso en su desvarío, había

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

caído en la cuenta de algo que le hizo estremecer todo el armazón de sus pobres huesos: desde el momento en que conoció a Liria María, de eso iba a hacer dos días y dos noches enteritas, nunca había estado tanto tiempo sin verla; nunca se había sentido tan lejos del influjo protector de su ojos hechiceros. Su mente entonces fue presa de un temor irracional. Bastaba sólo que algo ocurriera en el mundo en ese momento para que él nunca más volviera a encontrarse con ella, para que nunca más volviera a verla. Y tan fuerte había sido la sensación de desamparo que embargó su corazón de enamorado, que sintió la necesidad urgente de volver a la ciudad enseguida, de correr sin pérdida de tiempo al encuentro de su mirada.

Cuando alguien en la esquina de las calles Zegers y Linch, le cuenta lo que ha ocurrido con los huelguistas pampinos, Idilio Montano se siente revivir. A toda carrera, casi llorando de emoción, se dirige hacia el establecimiento escolar, a tres cuadras de distancia.

A esas horas la Escuela Santa María se hallaba repleta de gente vociferante. Cada una de las salas de clases era una ensordecedora olla de grillos. En medio de un fenomenal barullo de cantos, gritos, silbidos y llantos de niños, los huelguistas arrumbábamos pupitres, abríamos ventanas, sacudíamos el polvo, demarcábamos territorio, ordenábamos nuestros petates y tratábamos de acomodarnos de la mejor manera posible. La escuela estaba construida para albergar a mil alumnos y nosotros éramos más de cinco mil almas; cinco mil cristianos que, en su mayoría, nunca antes en su vida de pobres habían entrado a una escuela. Mientras algunos clavaban letreros con el nombre de las oficinas respectivas en las puertas de las aulas, otros lo voceaban a grito limpio subidos sobre los tiestos de la basura para que cada cual se ubicara con sus cada cuales. En tanto en los patios ya comenzaban a humear algunas cocinas de campaña enviadas de los regimientos y un par de fogones encendidos en el suelo en donde algunas mujeres se afanaban en guisar nuestra primera comida caliente en varios días.

Sintiendo un fuerte retumbar en el pecho, Idilio Montano recorre la escuela de arriba a abajo. En las salas en donde se han juntado algunos de los huelguistas de la oficina San Lorenzo, nadie sabe darle noticias de sus amigos. Y en las que se han reunido los de la oficina Santa Ana, que es donde hay más gente, nadie ha visto a Gregoria Becerra ni a sus hijos. Obnubilado completamente, el herramentero ya no piensa ni en sus amigos, ni en el niño que aún debe andar perdido por ahí a la buena de Dios, ni en su pobre madre que a esas horas debe estar loca de dolor. Su única obsesión es Liria María.

Las dependencias de la escuela —disponibles en esos momentos porque los alumnos se hallaban en espera de sus exámenes de fin de año—, conformaban una inmensa casona de madera construida en los tiempos en que la ciudad pertenecía a la República del Perú. Cubierta con techos de calamina y un mirador que daba hacia la plaza Manuel Montt, tenía además dos amplios patios de tierra y un gran portón antepuesto a un pequeño jardín adornado con faroles de

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

gas. En el centro del jardín se erguía una pérgola, también de madera, muy similar a los kioscos de música de las plazas pampinas. Al salir a uno de los patios alguien le dice a Idilio Montano que algunos huelguistas se han instalado en unos barracones de la calle Barros Arana, a la vuelta de la escuela, los que han sido cedidos por sus dueños. Pero ahí tampoco encuentra a la joven.

Al regresar de nuevo a la escuela ya está anocheciendo, y la desesperación lo hace pensar cosas cada vez más siniestras. Al traspasar el portón de entrada se encuentra a bocajarro con los dos calicheros a quienes Domingo Domínguez había bautizado como la Confederación Perú-boliviana. Los hombres están bebiendo a escondidas de una botella de aguardiente que el boliviano oculta debajo del paletó. Idilio Montano rechaza el trago que le ofrecen y, con el rostro contrito, les cuenta que no puede hallar a sus amigos. Los hombres le preguntan que si por acaso el paisanito chileno no los ha buscado en el circo. Insultándose entonces y diciéndose a sí mismo que es más tonto que una cuchara de palo, Idilio Montano corre ansioso hacia el circo instalado en una esquina del sitio eriazo que llaman Plaza Montt y que él, al llegar, sólo había mirado de soslayo, casi sin verlo.

En el circo, bajo cuya carpa se ha refugiado un buen número de pampinos —algunos acomodados en los tablones de la galería y otros recostados en el aserrín de la pista—, Idilio Montano divisa a sus amigos conversando con dos hombres de aspecto extraño y una mujer que sostiene un monito encadenado sobre sus hombros. Entre ellos, de pie junto a su madre, el rostro aureolado de Liria María le hace volver el alma al cuerpo. Idilio Montano se acerca aparentando calma, tratando a duras penas de que su corazón ávido no se le salga disparado por la boca. Cuando los amigos lo saludan alborozados, ni siquiera se extraña mucho de ver en medio del ruedo a Juan de Dios, sonriendo inocentemente, como si nada hubiera pasado. Gregoria Becerra, tras disculparse compungidamente, le cuenta a grandes trazos la forma increíble en que encontraron al perla de su hijo y le informa que, como las salas en donde se han rejuntado los huelguistas de San Lorenzo y los de Santa Ana están repletas, ellos han optado por instalarse con gente de otras oficinas en una dependencia al costado derecho de la entrada de la escuela.

Domingo Domínguez los interrumpe para presentar a Idilio Montano con el empresario del circo, don Juan Sobarán, un hombre de gran corazón que generosamente ha cedido su carpa para alojar a algunos huelguistas, dice el barretero. Después, haciendo gala de un afectado desplante social, repite lo mismo con el otro hombre, un individuo que no para de mostrar sus dientes en una sonrisita congelada y que se presenta a sí mismo como Heraldo de los Santos, malabarista, contorsionista y equilibrista de la cuerda floja. Por último, repite el numerito con la mujer que en esos momentos había ido tras el monito que se había zafado de su cadenilla. La joven, una rubia de facciones delicadas y expresión ligeramente anémica, acomodando de nuevo al monito sobre sus hombros, se presenta como Garza Muriela, la bailarina del circo. Y apuntando al

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

gracioso animalito vestido de pantalón azul y camiseta a rayas rojas y blancas, encaramado ahora sobre su cabeza, dice que él es Filibaldo, y que como el joven se habrá dado cuenta, aún no está del todo enseñado. A Idilio Montano la bailarina le parece una fina muñequita de loza.

Luego de las presentaciones, el señor Juan Sobarán, ciudadano peruano avecindado en Iquique, termina de explicarles que el circo ha decidido solidarizar con los huelguistas de la pampa, y que por lo tanto se han suspendido las funciones anunciadas en los volantes para mañana martes. Ante el gesto de decepción de Liria María y de Juan de Dios, el empresario les promete, con aspaventosos gestos de zalamería, que en cuanto se arregle el conflicto, el circo, en celebración de tal hecho, dará una función de entrada gratis para los niños y para toda la esforzada gente venida de la pampa.

El circo Sobarán era famoso en toda la región de Tarapacá no tanto por sus funciones circenses, sino por ser también el escenario de violentos *matchs* de boxeo. Se decía que su mismo dueño, el cholo Juan Sobarán, había sido campeón de lucha en sus buenos tiempos. Muchos de los huelguistas que prefirieron arrancharse en la carpa habían sido testigos alguna vez, en sus bajadas a Iquique, de las salvajes peleas que allí se llevaban a efecto. Se trataba de encarnizados combates y no de simples tongos ni peleas de boxeadores livianitos como las que solían verse en otras partes. En la lona del circo Sobarán se habían disputado memorables peleas sin tiempo pactado, es decir, hasta que uno de los adversarios se quedara tirado sin aliento en el suelo. El último de estos combates, recordado como uno de los más sangrientos que se hubiesen llevado a efecto, había sido el que sostuvieran, no hacía un año todavía, el inglés James Perry y el norteamericano William Daly. Combate que duró exactamente cuatro horas, catorce minutos y cincuenta y nueve segundos. Los contrincantes pelearon bárbaramente desde las nueve de la noche hasta pasada la una de la madrugada, sin dar ni pedir cuartel.

Después de recorrer la carpa, los amigos regresan a la escuela. Momentos más tarde, cuando sentados a la vera de uno de los fogones se preparan a comer algo «para calentar las tripas», como dice José Pintor, en un descuido de Gregoria Becerra, Idilio Montano por fin puede acercarse a Liria María. Sus ojos negros brillan enfebrecidos.

—Creí que nunca más en la vida la volvería a ver —le susurra al oído, casi temblando.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

SEGUNDA PARTE

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

8

El lunes 16, Iquique amaneció ungido de un sol espeso como óleo. La Escuela Santa María se despertó temprano esa mañana y, como una gran bestia de madera, extrañada de sus miles de ocupantes nuevos, comenzó a crujir y a desperezarse lentamente. Su modorra de casona antigua había sido perturbada por el ajetreo de nuestras mujeres que, tal como acostumbraban a hacer en la pampa, y pese al cansancio y a las escaldaduras vivas de la caminata, se levantaron a sus quehaceres con los primeros albores de la aurora porteña.

De modo que a la salida del sol, ya toda la escuela olía a café boliviano y a fritanga de sopaipillas. Los patios bullían de alborozo y animación ante nuestro propio asombro de pampinos agrestes, acostumbrados al silencio y a la soledad del desierto y más bien poco dados al arte de la conversa y la vida social. Sobre todo a esas horas de la mañana. Y en lunes más encima; día en que, como todos los trabajadores de alforjas bien puestas, debíamos de estar sudando la gota gorda machacando piedras en las calicheras, derripiando cachuchos humeantes, manejando el fuelle de las fraguas o atareados en cualquiera de las diversas tareas y oficios de la industria salitrera.

Y tanta era nuestra costumbre de trabajar que los que pudieron dormir algo esa primera noche —pues muchos se amanecieron en vela— se contaban después, casi descuajeringados de tanto reír, los diversos chascarros que se habían vivido esa madrugada al abrir los ojos. Algunos viejos se habían despertado al primer gallo, la hora de su turno en la pampa, y en la oscuridad de la sala, desconcertados por completo, dando manotones de ciego y despotricando como cada mañana contra la explotación y la miseria, habían comenzado a buscar los calamorros y la cotona de trabajo, hasta que alguien, su mujer o el amigo tendido a su lado, los mandaban de vuelta a dormir con un rotundo improperio de calichera. Incluso hubo algunos por ahí, que al despertar en la madrugada y verse acostados con la ropa puesta, imaginando que la noche anterior se habían agarrado una borrachera de los mil demonios —de la que ni siquiera se acordaban mucho— y que se habían quedado a dormir sepa Dios en qué maldito chinchel de la pampa, se levantaron de un salto y, aún medio dormidos, salieron de la sala en penumbras rumbo a su respectivo lugar de trabajo. Al despertarse de golpe en medio de un patio de escuela, completamente desnortados, rascándose la cabeza

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

de puro asombro, demoraban su buen rato en darse cuenta en dónde carajo estaban metidos y por qué.

A la hora en que el patio mayor de la escuela ya es un pozo rebalsado de sol, en una de la cocinas de campaña, con su cabello recogido y arrebujado en uno de sus pañuelos de seda, Gregoria Becerra comienza a preparar café caliente para sus amigos. Cuando le sirve el tazón a Olegario Santana, sonriéndole amablemente con su ancha sonrisa de matrona alentada, el calichero alarga sus manos callosas y le da las gracias visiblemente conturbado. Ni siquiera se atreve a mirarla a los ojos. Y es que por la noche, mientras todos yacían durmiendo amontonados en el piso de la sala —las mujeres a un lado, los hombres al otro y los matrimonios con hijos al fondo, lejos de las ventanas por donde pudiera entrarles un mal aire a los niños—, él, con su espíritu desbocado en fantasías de índole no muy santas, se desveló completamente observando dormir a la mujer.

Primero le había maravillado que Gregoria Becerra, acostada junto a sus dos hijos, tendida de lado y con las manos entrelazadas bajo la mejilla, a la manera de los niños, no hubiese cambiado de posición en toda la noche. Y ese detalle, que reflejaba una serenidad interior innegable, le gustó sobremanera al calichero. Y es que él era de esos locos que amanecen durmiendo con los pies sobre la almohada o tirado en el piso a dos palmos del colchón. Cosa que tampoco lo perturba demasiado, porque siempre ha pensado que mientras más viejo se hace el hombre, menos posiciones tiende a adoptar en la cama, hasta terminar quedándose inmóvil y privilegiando la forense posición decúbito dorsal, como preparándose de antemano para dormir el sueño eterno.

De manera que en tanto la mayoría de la gente, rendida y agotada, se quedaba dormida de inmediato, Olegario Santana, contemplando dormir a la mujer, supo que no iba a serle fácil conciliar el sueño. Además, mientras de los patios le llegaba la plañidera música de los operarios bolivianos que se habían quedado pernoctando alrededor de las fogatas, y a su lado sentía los interminables suspiros de amor del joven herramentero —que tampoco podía dormir mirando con ojos de brasas encendidas a Liria María—, desde los cuatro costados de la sala le llegaba el silicoso concierto de ronquidos de los mineros más viejos, interrumpidos de vez en cuando por las voces dormidas de los niños y de las mujeres que hablaban en sueños; las mujeres preguntándose, con la misma desesperanza de cada día, qué diantres iban a hacer de almuerzo mañana, virgencita santa, y los niños —sentándose de golpe y con los ojos abiertos— prorrumpiendo en los improperios que no podían decir despiertos frente a sus padres. De modo que, sin poder pegar los ojos en toda la noche, con la imaginación ya en franco desenfreno, el calichero se había puesto a pensar en cómo sería, carajo, hacer el amor con esa mujer de aura tan plácida, de cuerpo tan blanco y de respiración tan acompasada.

Ahora, mientras bebe el tazón de café humeante y ve a la mujer conversar muy animada con su amigo José Pintor, Olegario Santana se pregunta, ensimismado, que si entre los dos viudos no habrá algo más que una simple

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

amistad de vecinos antiguos. A él le ha parecido adivinar en los gestos y tratos del carretero una cierta atención especial para con ella. Aunque nunca lo ha demostrado abiertamente, salvo por el hecho de no escupir ni estallar en malas palabras ante su presencia. Esa misma noche, por ejemplo, mientras él se consumía contemplando a la mujer, el carretero había dormido como un querubín acurrucado junto a Domingo Domínguez, roncando a coro sus pedregosos ronquidos retumbantes. Sería muy mala cosa que su amigo tuviera algo que ver con ella. Aunque no sería nada raro, pues José Pintor, además de ser algunos años más joven que él, es mejor apersonado y más hablantino. «Al carajo», se dice sulfurado, mientras deja el tazón en el suelo y enciende un Yolanda con gesto torvo. Pero no puede dejar de pensar en ello. Gregoria Becerra lo atrae mucho. La compara en su mente con la mujer que fue su compañera de cama durante catorce años y no puede creer que hubiera resistido tanto tiempo junto a una cristiana tan sosa de cuerpo como de alma. Esa mujer no se comparaba en absoluto con esta hembra poseedora de una férrea fuerza interior, una risa flameante y un espíritu siempre al tope de la jovialidad y el entusiasmo.

—Lo veo muy pensativo, compadre Olegario —dice de pronto Domingo Domínguez, calentándose las manos en el tazón.

Olegario Santana no responde.

El barretero entonces se echa su sombrero hacia atrás, mira con un guiño cómplice a José Pintor y luego le pregunta que si acaso echa de menos a sus jotes.

Olegario Santana termina de tomarse el café de una sola gargantada, se pasa el dorso de la mano por la boca y, mirando hacia la terraza del edificio en donde se ha instalado el comité directivo de la huelga, se limita a decir:

—No he visto a los hermanos Ruiz.

—Para mí que a los hermanos Ruiz —se saca el palito y escupe por el colmillo José Pintor— el conflicto se les escapó de las manos. Les quedó grande.

Cerca de las diez de la mañana, mientras hombres, mujeres y niños nos preocupábamos de asear y ordenar un poco la leonera en que se había convertido la escuela, supimos que en los salones de la Intendencia se había llevado a efecto una junta que tenía que ver con nuestro movimiento. Presididos por el señor Julio Guzmán García, y con el objeto de formar una comisión que se pusiera al habla con los señores industriales y solicitarles que colaboraran en la solución del conflicto, se habían reunido las autoridades administrativas, eclesiásticas y militares de la ciudad, además de algunos vecinos notables y gente ligada a la empresa salitrera. Además se había acordado pedirnos a los huelguistas un memorial definitivo con cada uno de nuestros requerimientos, de tal modo que la parte patronal tuviera en qué basarse para responder.

De esto se enteran los amigos a la hora del mediodía por intermedio de Juan de Dios que, habiéndose ofrecido a la directiva para mandados menores, los

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

ha ido informando de todo lo que oye y ve allá arriba. El niño les cuenta, además, que se había nombrado un Comité permanente, un Comité Central que elegimos de entre las directivas de las distintas oficinas salitreras para que de ahí en adelante se encargara de representarnos en las negociaciones con las autoridades y los señores industriales. De presidente se nombró a José Brigg; de vicepresidente, a Manuel Altamirano; de Tesorero, a José Santos Morales; de secretario, a Nicanor Rodríguez y de prosecretario, a Ladislao Córdova. Tras la elección, el flamante Comité Central se puso a trabajar de inmediato y, a las tres de la tarde en punto, presentó el solicitado memorial. En dicho documento, que una y otra vez, desde nuestra llegada a Iquique, habíamos ido dando a conocer de viva voz a las autoridades pertinentes, las peticiones se resumían en diez puntos claves:

1.- Aceptar por el momento la circulación de las fichas hasta que haya sencillo, cambiándolas todas las oficinas a la par, y si alguna no lo hiciera, multarla en 500 pesos.

2.- Pago de jornales a razón de un cambio fijo de 18 peniques.

3.- Libertad de comercio en las oficinas, en forma amplia y absoluta.

4.- Cierre general con rejas de fierro de todos los cachuchos y chulladores de las oficinas salitreras, pagando éstas una indemnización de 5.000 a 10.000 pesos a los trabajadores que se malogren a consecuencia de no haber cumplido esta obligación.

5.- En cada oficina habrá al lado fuera de la pulpería y tienda, una balanza y una vara para comprobar los pesos y medidas.

6.- Conceder lugar gratuito para que funcionen escuelas nocturnas, siempre que algunos obreros lo soliciten.

7.- Que el Administrador no podrá arrojar a la rampla el caliche decomisado y aprovecharlo después en los cachuchos.

8.- Que el Administrador de la oficina no pueda despedir a los obreros que han tomado parte en el presente movimiento, sin darles un desahucio de dos o tres meses, o en cambio 300 a 500 pesos.

9.- Que en lo futuro se obligan patrones y obreros a dar una aviso de 15 días antes deponer término al trabajo.

10.- Este acuerdo una vez aceptado se reducirá a escritura pública, firmando los patrones y las personas comisionadas por los obreros.

Por la tarde, mientras los huelguistas se aprontan a marchar a la Intendencia a reanudar un mitin que había comenzado antes del almuerzo, Idilio Montano y Liria María se van a pasear a la playa, en compañía de Juan de Dios.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

El herramentero había hecho un par de volantines con los colores patrios y la estrella solitaria en el centro, y le pidió permiso a la señora Gregoria para que su hija lo acompañara a elevarlos a la orilla del mar. La mujer, sorprendida por la belleza y la perfecta confección de los volantines, accedió con la condición de que los acompañara su hijo Juan de Dios.

—Eso ya lo habíamos pensado, señora —dijo presto Idilio Montano—. Por eso mismo es que hice dos volantines.

Cerca de las cuatro de la tarde, enarbolando carteles y banderas, un gran número de huelguistas nos dirigimos a proseguir el mitin en la plaza Prat. Entre las banderas patrias de las distintas nacionalidades de los operarios involucrados en el movimiento, sobresalían numerosos pendones blancos, símbolos con los que queríamos destacar claramente nuestro ánimo pacifista. En una gran zarabanda de bombos, pitos y tambores, marchábamos entre aplausos y gritos de adhesión de los transeúntes y operarios de los gremios en huelga del puerto, mientras desde los ventanales de las casas de los ricos —verdaderos palacios construidos de finas maderas y en una arquitectura entre inglesa y limeña— ojos atónitos nos observaban a través de los intersticios de los visillos y los cortinajes de color damasco. Ellos esperaban ver cataduras y gestos criminales y oír amenazas de muerte, y sólo divisaban hombres, mujeres y niños gritando algo sobre fichas, cachuchos y balanzas, y riendo y aplaudiendo y haciendo bulla con sus instrumentos como si el conflicto fuera en verdad un motivo de fiesta.

A medio camino entre la escuela Santa María y la plaza Prat, alguien de pronto gritó algo apuntando hacia los cerros. Arriba, bajando lentamente las peligrosas curvas y pendientes, venía llegando un humeante convoy proveniente del interior. Eran más pampinos que venían a unírsenos a la huelga. En una alegre y espontánea batahola, sin ponernos de acuerdo ni nada, cambiamos entonces de viento y nos dirigimos cantando a la estación de ferrocarriles. Teníamos que darles la bienvenida a esos hermanos solidarios que, al enterarse de que nos quedábamos en Iquique luchando por una solución al conflicto, habían abandonado también la pampa para venir a hacer causa común con nosotros. Además de los coches de pasajeros, el tren venía con cuatro carros de ganado enganchados a la cola, llenos también de huelguistas que gritaban sus consignas y hacían señas de saludo a través de las rejas. El enorme gentío que abarrotaba el convoy lo componían los concurrentes al mitin del pueblo de Zapiga, comisiones de obreros enviadas por los huelguistas del cantón de Pozo Almonte y operarios con mujeres y niños provenientes de Lagunas. Luego de algunos discursos pronunciados en los mismos recintos de la estación ferroviaria, entre todos formamos una gruesa columna y, en medio de una gran polvareda, siempre cantando y dando vivas a la huelga, marchamos en dirección a la plaza Prat. Una vez allí, toda esa enorme masa de gente, que sobrepasaba en mucho las siete mil personas, nos situamos alrededor del monumento al héroe naval de Iquique, capitán de fragata, Arturo Prat Chacón, para oír a los oradores que desde los altos del kiosco de la música, bajo el tórrido sol de las cuatro de la tarde,

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

desparramaban encendidas palabras de justicia y redención social para los pisoteados obreros del salitre. Todos los discursos hablaban estrictamente de derechos y deberes laborales. Tanto así que cuando uno de los arengadores quiso sacar a relucir algunas martingalas políticas en su alocución, de inmediato fue repudiado por una elocuente rechifla general. Copando completamente el rectángulo de la plaza, tomados todos de la mano bajo el sol, la multitud de pampinos cantamos y saltamos y gritamos como nunca en la vida lo habíamos hecho.

En medio del hervidero de gente bañada en transpiración, José Pintor dice entusiasmado que esa es la mejor fiesta que ha visto en mucho tiempo.

—¡Esto es mejor que cualquier cuadro artístico de cualquier Filarmónica de la pampa! —exclama tragando saliva Domingo Domínguez.

—¡De lo que se trata es hacer de esta huelga una verdadera celebración de unidad pampina! —dice Gregoria Becerra conmovida, mientras se abanica con su pañuelito minúsculo y, contagiada de la efervescencia general, ríe y canta plena de regocijo.

Olegario Santana, mirándola de reojo, dice, con su parquedad casi brutal, que lo que no hay que hacer ahora es ilusionarse demasiado con el resultado del conflicto; que los gringos son unos cicateros del diantre y no van a dar su brazo a torcer así como así.

—¡Lo que sí hay que hacer, compadrito —dice casi gritando de contento Domingo Domínguez—, es comprar algunas camisas nuevas y un rosario para el compadre José Pintor, porque así como van las cosas esto tiene para unos cuantos días más!

—¡Lo que hay que hacer, y al tiro —contraataca serio el carretero, aprovechando que Gregoria Becerra se ha apartado un poco en el tumulto—, es aprovisionarse de un par de botellas de aguardiente ahora mismo. Ningún minero con las alforjas bien puestas aguanta una semana sin remojar las cañerías, pues hombre, salvo, claro, que tenga complejos de cura o se trate derechamente de un maricón de esos de carro alegórico!

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

9

Elevando sus volantines a orillas del mar, Idilio Montano y Liria María, seguidos al talón por Juan de Dios, pasan una de las tardes más felices de sus vidas. A lo largo de la playa hay desparramado un gran número de huelguistas pampinos; hombres, mujeres y niños de distintas oficinas y cantones que, con expresión extasiada, recorríamos la orilla del mar como si de verdad estuviéramos paseando a la orilla de otro mundo. Y es que nuestros ojos, maravillados de azul, no eran capaces de abarcar tanto mar y cielo reunidos. Algunos que decían haberse criado en Valparaíso, y que se ufanaban de ser duchos en la materia, se metían en calzoncillos a mariscar entre los roqueríos, o se quedaban horas tirando lienza, esperando con paciencia infinita coger algún pez orillero, comestible o no, para freírlo y manducárselo ahí mismo sentados en la arena. Otros, metidos hasta las rodillas en las pozas de agua, lavaban afanosamente sus ropas para luego ponerlas a estilar extendidas sobre las rocas más secas, cubiertas de huano de gaviotas. En tanto los que se habían venido de la pampa sin más ropa que la que llevaban puesta, se bañaban con ella para aprovechar de lavarla. Y como casi ninguno sabía nadar, todo el mundo se revolcaba feliz de la vida entre las últimas olas de la orilla, gozando como niños en un porquerizo.

Los calicheros más viejos, esos hombrones hazañosos que se habían quedado en el desierto después de la guerra, y que acudían a la playa llevados nada más que por el urgente deseo de evacuar el vientre al aire libre, tal y como lo hacían en la vastedad de la pampa —pues las letrinas de la escuela no daban abasto para tanto cristiano—, después de hacer *descuerpo* se tiraban en la arena a contemplar con gran recogimiento esa infinita pampa que conformaban las aguas encrespadas del mar. Ahí, sin siquiera quitarse los calamorros, salpicados por el rocío, muchos de estos patizorros de rostro duro, descubrían que en verdad el gran océano se les parecía mucho más de la cuenta: ellos también vivían rumiando sus recuerdos eternamente y, a veces, tendidos de espaldas lo mismo que el mar, azules de tristeza, salpicaban las arenas del desierto con el ácido quemante de sus lágrimas brotadas de pronto y sin saber bien a cuento de qué.

Idilio Montano y Liria María, corriendo a pie desnudo por las arenas, alegres y alborozados como un par de niños traviesos, responden a gritos a los pampinos provenientes de la oficina Santa Ana, o de la San Lorenzo, que los saludan mano

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

en alto y los llaman por sus nombres. Y empujándose uno al otro, cayéndose, levantándose, tocándose, siguen corriendo y elevando sus volantines al viento, mientras Juan de Dios, muerto de risa, les lanza puñados de mar como si fuera confeti.

Al atardecer, dichosos y hambrientos como cachorros de león, con las ropas mojadas y el corazón estilando de júbilo, parten de regreso al local de la escuela. Allí, en el primer patio, entre la trifulca de gente comiendo, fumando y comentando el mitin de la plaza Prat, con la preocupación enfermiza de las madres solas, Gregoria Becerra los aguarda con sendas jarradas de té y unas presas de pescado frito que ha logrado salvar de la rebatiña de los huelguistas más tragaldabas (los patizorros y los derripiadores son los que se llevan las palmas en cuanto a tragonería). Juan de Dios se presenta ante su madre con los pantalones arremangados, los zapatos en la mano y la camisa al viento como un ala rota. Le lleva una estrella de mar como regalo. Liria María, con su piel blanca completamente enrojecida por el sol y la sal marina, viene rozagante de una alegría nueva y ha traído algunos caracoles para jugar a la payaya con ella en las noches, antes de dormir. Idilio Montano, por su parte, despeinado y con el torso desnudo, trae cruzada a la espalda —a la manera de los pieles rojas de las postales norteamericanas— las cañas de los volantines que al final de la tarde habían terminado por despedazárseles con el fuerte viento costero. Mientras Gregoria Becerra los mira comer con apetito voraz, vislumbra claramente —en los ojos bailones de su hija y en el modo de arrastrar el ala del joven Idilio—, que ya le va a ser imposible separar los corazones flechados de esos dos pichones nuevos. A simple vista se ve que no pueden más de felicidad. «Estos se han enamorado hasta la tontera», suspira al borde de las lágrimas.

Más tarde, a la caída del sol, la escuela era un hormiguero de gente conversando en vocingleros corrillos antes de recogerse a dormir. Vestido y afirulado lo mejor que podía cada uno dentro de lo precario de la situación —a falta de agua potable muchos se bañaban en agua de olor y se afeitaban en seco, mojando la navaja con pura saliva—, los huelguistas nos reuníamos en las afueras del edificio, junto al portón de entrada, o en el perímetro de la plaza Montt, frente a la carpa del circo Sobarán, siempre lleno de gente curiosa. Y mientras unos fumaban solitarios y ensimismados, y otros discutían febrilmente de trabajo o de política, y los más ilustrados leían los diarios en voz alta para sus compañeros analfabetos, una legión de vendedores ambulantes, voceando a todo pulmón entre la muchedumbre, se hacían el oro y el moro vendiendo bebidas de colores, frituras, confituras y toda clase de embelecos para comer y calmar la sed. En tanto en el patio de la escuela, embellecidas por las últimas luces del crepúsculo, se veía a las madres más jóvenes jugando a hacer rondas con sus *hijas mujeres,* mientras en la glorieta los operarios bolivianos y peruanos, con sus duros rostros de piedra, comenzaban a agruparse y a afinar parsimoniosamente sus instrumentos andinos.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

Al anochecer, luego de jugar un rato a la payaya con su hija, Gregoria Becerra les pide a sus amigos que la acompañen a dar una vueltecita por las calles cercanas al edificio de la escuela. Necesita con urgencia respirar un poco de aire puro. La promiscuidad y el hedor de los cuerpos sin bañarse ha hecho de la atmósfera algo espeso y atosigante, casi irrespirable. «El olor a cuerno quemado es agua de rosas comparado con esta pestilencia», dice compungida Gregoria Becerra.

—Eso es lo que llaman «olor a humanidad», mi señora —dice en tono filosófico Domingo Domínguez.

—Y la cosa va para peor —alega Olegario Santana, sin mirar a nadie en particular—. En uno o dos días más vamos a tener prácticamente a toda la pampa metida en la escuela. Por lo que se sabe, pampinos de todos los cantones de Tarapacá se están echando a caminar por el desierto para venir a acompañarnos.

A esas horas la ciudad de Iquique, iluminada por una luna grande, galvanizada, elevándose redonda sobre los cerros, presenta un extraño aspecto asonambulado. Es una fresca noche de diciembre y patrullas de soldados a caballo recorren las calles céntricas, casi completamente vacías. Por disposición de las autoridades edilicias se ha prohibido estrictamente la venta de bebidas alcohólicas en los lugares públicos, y los negocios del rubro están obligados a cerrar sus puertas a las ocho de la noche en punto. Hasta el mismo Teatro Nacional, por cuyo frente pasan los amigos caminando lentamente, se encuentra cerrado. Sus funciones también han sido suspendidas a causa de la huelga. Por lo mismo, a esas horas sólo se ve transitar a pequeños grupos de huelguistas que, después de visitar a un familiar o a algún amigo residente en el puerto, se recogen a la escuela Santa María, a la carpa del circo o a los galpones y bodegas aledaños al recinto escolar, cedidos solidariamente por sus dueños en una clara muestra de apoyo a la causa.

De vuelta en la escuela, mientras Gregoria Becerra y sus hijos se recogen a dormir, a Domingo Domínguez se le ocurre invitar a unas copitas de aguardiente. «Nada más para mantener encendida la llama del espíritu proletario», dice sonrisueño. Que por la tarde, agrega bajando la voz teatralmente, y mirando de reojo a la gente enrededor, se ha agenciado un dato sobre un boliche de putas que está funcionando a puertas cerradas por ahí cerca.

—Y lo mejor de todo, compadritos —se soba las manos de puro gusto el barretero—, es que el cabrón o cabrona que lo regenta, parece que tiene santos en la corte, o sea comercio con los gringos oficineros, porque no se hace ningún problema en recibir fichas. Y de la oficina que sea.

—¡Y fichas es lo que más nos sobra, pues hombre! —acota entusiasmado José Pintor.

—Y no sacamos nada con acumucharlas —se mesa los mostachos, serio, Olegario Santana—. Porque cualquier día de estos, así como van las cosas, no nos van a servir ni para jugar a las chapitas.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

—¿Por qué siempre tan pesimista, usted, compadre Olegario? —le palmotea el hombro fraternalmente Domingo Domínguez.

—No hay que tener olfato de jote para oler en el aire que esto no va a terminar bien —dice oscuro el calichero.

—Si no nos hacen caso incendiamos la ciudad y punto —dice semiserio José Pintor—. ¿Acaso no es eso lo que se anda diciendo por ahí que vamos a hacer?

—¡Eso no hay que repetirlo ni en broma! —salta como un gato Idilio Montano.

—¡Bueno, vamos o no vamos a emparafinar la llamita proletaria! —corta de un tajo el barretero—. Yo estoy dispuesto a empeñar mi anillo si hace falta.

A Idilio Montano la imagen de Liria María corriendo descalza por la playa, resplandeciente bajo los rayos del sol y tomada fuertemente de su mano, aún le burbujea en el alma. Y pensando que ese recuerdo tan lindo no puede ensuciarlo de buenas a primeras departiendo con esas mujeres de las que hablan sus amigos, trata de inventar una excusa para no acompañarlos. Pero es rápidamente rebatido y convencido por José Pintor. El carretero se saca el palito de entre los dientes y apuntándolo con él, lo conmina con rudeza a que ya es hora de que se vaya haciendo hombre el jovencito faldero; que con esos remilgos tan delicados no parece trabajador pampino.

—Más parece aspirante a cura, usted, pues, amiguito —frunce el ceño José Pintor.

Al llegar al clandestino, éste le parece más bien misérrimo a Domingo Domínguez. «En tiempos de guerra los había mejores», dice circunspecto, tras echar una ojeada al salón estrecho, a la iluminación anémica y a los dos espejos que adornan las paredes laterales, cuyas lunas descascaradas reflejaban algunos sillones de ajado terciopelo rojo. En el ángulo del rincón más umbroso del aposento, rigurosamente vestido de negro, el pianista se aprecia tan magro y tieso de cuerpo (sólo sus huesudos dedos se le mueven sobre el teclado), que da la impresión de un cadáver maquillado y compuesto para ser metido de inmediato en el ataúd que asemeja su piano vertical.

Al acostumbrarse a la penumbra del salón, con los primeros que se topan los amigos es con los dos mineros de la Confederación Perú-boliviana. Achispados y locuaces, los hombres los saludan efusivamente y los invitan a compartir la mesa.

—¡Al parecer «el palito busca agua» les funciona de maravillas a ustedes dos! —dice riendo Domingo Domínguez, haciendo mención al palo de avellano, conocido como «el palo brujo», con el que hasta hacía poco tiempo embaucadores profesionales, haciéndose llamar *rabdomantes,* habían pretendido hallar corrientes de aguas subterráneas en el desierto.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

—¡Qué le dijo la sartén a la olla, pues, paisanitos! —ríen a su vez los mineros altiplánicos, mostrando socarronamente sus dientes verdosos de rumiar bolos de coca.

Los confederados se hallan en compañía de dos prostitutas viejas y de un manflorita chillón al que todos llaman Niño Doralizo. Éste, que hace de mocito de la casa, habla todo en una divertida jerga de malandrines: al dinero lo llama *estrella,* al reloj, *grillete* y a las sillas que ofrece delicadamente a los recién llegados, *cientopies.* Después de sentarse y pedir cinco botellas de aguardiente —«No se trata de ser escatimoso, pues, compadritos», dice Domingo Domínguez—, la cabrona, una peruana que encaramada en sus tacones no sobrepasa el metro veinte de estatura, les manda tres mujeres más a la mesa. Ni más jóvenes ni más bellas, sólo un poco más entraditas en carnes, las prostitutas son igual de carantoñeras que las otras. Luego de presentarse dando sus nombres de batalla y de enterarse de que estos hombronazos tan simpáticos son pampinos, las matronas quieren saber cómo es la vida en esas pampas tan peladas, tan calurosas y tan aburridoras que deben de ser, pues, virgencita santa. Y de la sacrificada vida de la gente en esos desiertos dejados de la mano de Dios, la conversación deviene después, naturalmente, en los ires y venires de la huelga. Y todo el mundo en el salón se enfrasca entonces en un ardiente debate en voz alta. Alguien desde la mesa de la derecha dice que ha oído el rumor que el Intendente de planta volvía de la Capital, y que con él en Iquique era seguro que se arreglaban las cosas. Un parroquiano sentado cerca del piano, con una arrastrada voz aguardentosa, mete su cuchara para rebatir hoscamente al que acaba de hablar. Que si acaso los pampinos huachucheros no saben —eructa bilioso el hombre— de la fastuosa fiesta de despedida que los industriales del salitre le habían brindado al señor Intendente con motivo de su partida a la capital. Una de las prostitutas que acompaña a los amigos, zafándose del abrazo meloso de Domingo Domínguez, corrobora prestamente lo de la fiesta de despedida, diciendo que nunca antes se habían visto más iluminados y más alegres los salones del Club Inglés. Moviendo las manos con gran aparato, la mujer dice que la música duró toda la noche y que el torrente de *champagne* francés, por diosito santo que es cierto, caballeros, llegó burbujeando hasta las mismas arenas de la playa. Por lo tanto —se entromete la prostituta más vieja y fea de la mesa, que parece ser la decana del burdel y a la que todos llaman Torcuata— los pampinos no tienen que ser tan pendejos como para creer que ese vejete aristócrata se iba a quemar las manos por una cáfila de muertos de hambre como ellos. Y acariciándose los pelos de una negra verruga en el mentón, la puta termina rezongando como para sí que ella sabe muy bien que la cosa va a terminar mal para los hombres en huelga, que un pajarito aguachado que tiene por ahí se lo contó. Las demás mujeres la hacen callar diciéndole que cierre la java y, tras de hacer un brindis por el éxito de la huelga, dicen que a la Torcuata no hay que hacerle mucho caso cuando está borracha, y que además ya es hora de cambiar el naipe, que aquí se viene a gozar la vida y no a discutir pelotudeces de trabajo. Entonces, para cambiar de tema, a los amigos de la Confederación Perú-boliviana no se les ocurre nada mejor que

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

proponer una competencia: quién aguanta más aguardiente en el cuerpo. Acto seguido, el peruano se para y se empina una botella llena, de la que alcanza a beberse tres cuartas partes antes de caer como un saco de salitre al piso.

—Éste no sabe respirar bajo el agua —dice gagueando Domingo Domínguez.

—Hay algunos que se creen cóndores y apenas alcanzan para tiuques —remata despectivo José Pintor.

Después, el carretero se pone a discutir con los de la mesa de la izquierda sobre el tema de Dios. «Dios ama a los pobres, pero ayuda a los ricos», asevera socarrón. «Por eso yo soy ateo». El confederado representante de Bolivia le rebate riendo groseramente: «Si todos en el mundo fueran ateos, paisanito, los trabajadores nos joderíamos de lo lindo, pues no tendríamos días feriados». Y de Dios, el tema rebota invariablemente en los curas. Ahí mismo José Pintor se manda a recitar una letrilla en contra de esos pollerudos de negro que en este mundo vienen a ser como los milicos de Dios, dice golpeando la mesa con el puño. Sacándose el palito de la boca, y luego de toser y de hacer largos buches de aguardiente, con acento más bien de discursero político, el carretero recita los versos de memoria: *«El cura no sabe arar / ni sabe enyugar un buey I pero, por su propia ley / él cosecha sin sembrar / él, de salir a cuidar /poquito o nada se ocupa / tiene su renta segura I sentadito descansando I sin andarse molestando I nadie gana más que el cura».* Los aplausos y los vivas resuenan espontáneos junto a un escandaloso golpeteo de botellas y taconazos en el suelo. Sólo el niño Doralizo, que alguna vez había sido monaguillo, se pone serio y se persigna asustado, por tres veces seguidas.

Casi al final de la noche, en una de las mesas del fondo, se arma una camorra entre un borracho y una prostituta de aspecto desamparado. Idilio Montano, que en ese momento viene regresando de mojarse la cara en un tonel del patio, aunque no tiene pito que tocar en la procesión, en un espontáneo gesto de caballerosidad se mete a defender a la mujer. El pendenciero, un fornido estibador de boca torcida, lo voltea de una sola trompada en el rostro. Cuando en el salón se está opinando que eso le pasa al mozuelo por meterse en peloteras ajenas, una de las mujeres que acompañan en la mesa a los amigos comenta compungida que siempre le tienen que tocar los peores tipos a la pobrecita de la Yolanda. Al oír el nombre, Olegario Santana se levanta prestamente y sale también en defensa de la mujer.

—¿Acaso eres el mantenido de esta chincola? —le dice con lengua traposa el boquituerto cuando el calichero le pide que deje tranquila a la dama.

—No, pero se llama Yolanda —responde serenamente Olegario Santana—. Y aunque no se parece en nada a la mujer de los cigarrillos, sólo por llamarse de ese modo me basta y me sobra para defenderla aquí y en la quebrada del ají.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

Sin entender un carajo, el estibador replica que de dónde crestas salió este viejo más loco que una cabra. Y arremangándose la camisa hasta más arriba de los codos, dice baboseante:

—¡Yo te voy a apretar el tornillo suelto de un sólo soplamocos, viejo cometierra!

Cuando Olegario Santana abre su paletó negro y pela su corvo y la hoja de acero brilla asesina a la exigua luz del salón, y con gesto fiero tira un par de rápidos cortes al aire, la discusión se termina de inmediato. El hombre deja en paz a la mujer y, rumiando maldiciones, se deja caer en un sofá.

—Usted es todo un matón, amigo Olegario —le dice riendo José Pintor cuando el calichero vuelve a la mesa.

—Igual que mi amigo Domingo dice que no es borracho, sino bebedor; yo no soy matón, soy peleador —responde Olegario Santana mirándolo directamente a los ojos.

Cuando un rato después, ante los grititos histéricos del Niño Doralizo, entre cuatro parroquianos logran echar a la calle al borracho pendenciero, la prostituta castigada —que al decir de Domingo Domínguez lo mejor que tiene es su trastienda redondita— se acerca a la mesa para agradecer el gesto de los pampinos que la han defendido. Con sus ojos, de un raro color amarillo, aún llorosos, la mujer les ronronea que son muy pocos los caballeros de su laya que van quedando en este mundo.

El calichero la interrumpe para preguntarle si Yolanda es su nombre verdadero.

—No —responde la mujer—. Ese es mi nombre de guerra.

Olegario Santana se encoge de hombros.

—Es lo mismo —dice.

Casi al amanecer, cuando en la escuela se están encendiendo los primeros fogones para el café, los amigos cruzan el portón del patio con Idilio Montano a la rastra. Además de ir borracho como tagua y llevar la camisa manchada de sangre de narices, el volantinero no para de llorar sus dolorimientos del alma. «Déjese de gimotear, pues, *mi barbilindo»,* lo jode riendo José Pintor, recordando que así lo había llamado Yolanda al agradecerle el haber tratado de defenderla del mastodonte. «Fue como ver a la fragata Esmeralda tratando de espolonear al Huáscar», había comentado maternalmente la prostituta tras estamparle el lacre de un beso en la frente.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

10

«... De modo que la provincia de Tarapacá, para que lo vayan sabiendo, jovencitos, fue la indemnización de guerra impuesta por Chile al Perú para compensar en parte la sangre derramada en once combates y en otros numerosos encuentros llenos de heroísmo. Y fue a la vez prenda de seguridad para el porvenir y pago de los cuantiosos gastos que tan larga campaña produjo. Pero sucedió que un monopolio de gringos rapiñosos se adueñó de las oficinas salitreras de mayor riqueza, y las ganancias ahora se van en su totalidad al extranjero. El Gobierno chileno sólo recibe el derecho de exportación, que es una porquería si lo comparamos con las utilidades que deja el salitre. Y los trabajadores, para qué les digo nada, apenas recibimos el escuálido jornal de hambre por el que estamos aquí luchando...»

Acurrucado en posición fetal, con la cara cubierta y una mortal resaca atontándole la cabeza, Idilio Montano no sabe si las palabras que oye resuenan en el ámbito de la sala o le llegan directamente desde el cosmos. Sintiendo que el aguardiente le está haciendo pagar cara su bisoñada, despotrica mentalmente contra sus amigos y jura por todos los santos venerados por su abuela que nunca más en la vida volverá a licorearse. Y por entre los añublos de la borrachera, sin destaparse la cara todavía, sigue oyendo a retazos la voz de un anciano seseante que ahora está contando algo sobre un tal Rey del Salitre.

«... Ese rastacueros inglés es el mejor ejemplo de lo que les digo. Se llamaba John Thomas North y se hacía llamar el «Rey del Salitre». Ese plebeyo soberbio fue el que instigó y facilitó armas y libras esterlinas para conseguir la caída de Balmaceda, el último presidente honrado de Chile, quien, previendo los atropellos de los industriales extranjeros, tenía proyectado nacionalizar el salitre. Y pensar, mis queridos jóvenes, que cuando ese aventurero llegó a Valparaíso traía apenas veinte mugrosas libras en el bolsillo. Primero trabajó de mecánico en el ferrocarril de Caldera por cuatro pesos diarios, y luego se vino a la pampa en donde fue contratado como Jefe de Máquinas en la oficina Santa Rita. Aquí conoció a otro súbdito inglés llamado Roberto Harvey, alto funcionario del Gobierno chileno, individuo sin escrúpulos que, abusando de la autoridad de que lo revestía el alto puesto que le había confiado el Gobierno, se asoció a Thomas North para trabajar en la oficina La Peruana. Amparados por el Banco de

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

Valparaíso, el par de bribones se dedicó, más que a trabajar la oficina, a especular con los títulos salitreros expedidos por el Perú. Confiados en la rectitud del Gobierno de Chile para cumplir sus compromisos como vencedor de la guerra del Pacífico, North y Harvey adquirieron gran cantidad de títulos a muy bajo precio. Después, al reconocer el Gobierno el derecho de propiedad de dichos títulos, hizo ricos de la noche a la mañana a estos especuladores del carajo. Y John Thomas North, que había llegado a Chile con las puras patas y el buche, forrado ahora en libras esterlinas, convertido en un millonario de crédito y fama universal, se estableció en la ciudad de Londres, desde donde manejaba sus negocios desparramados por el mundo entero. Y no se sorprendan, muchachos, si les digo que la pampa salitrera llegó a ser casi completamente de su propiedad. Pues la verdad es que el gringo éste se adueñó de los ferrocarriles de toda la red norte de Chile, del alumbrado público y particular, y también del agua potable. Y tenía además el monopolio absoluto de todos los artículos de primera necesidad. En fin, creo que me quedo corto en cuanto a sus riquezas, pues no había actividad comercial en la provincia de Tarapacá que no fuera controlada por su poderío económico. Para que ustedes vayan cayendo un poco en la cuenta, jovencitos, su riqueza era tan fabulosa, que Lord Rothschild, el hombre más rico del mundo en aquellos tiempos, pasó a segundo plano desplazado por este personaje que hace apenas diez años a la fecha dejó de existir, y que yo alcancé a conocer en persona. Lo recuerdo clarito: era un hombre corpulento, sanguíneo, de espesas patillas coloradas unidas con unos mostachos impresionantes. Como todo pobretón vuelto rico de repente, le gustaba ostentar su dinero. Dicen que con el tiempo se compró el título honorífico de Coronel, y que en las fiestas de Londres le encantaba disfrazarse de Enrique VIII. Y, según cuentan algunos pampinos más enterados, se había hecho forrar de oro el interior de un coche del Ferrocarril del Norte para pasearse por las oficinas de su propiedad cada vez que venía de visita a Chile. Por ese tiempo era tal su influencia en la pampa, que él mismo llegó a calificarse como «Arbitro del porvenir de Tarapacá». Para que ustedes vean, jovencitos, la laya de soberbio que era este gringo. Aunque les voy a decir que así y todo no andaba muy lejos en su calificativo, pues era tal su poderío en la pampa que en los mesones de las cantinas y en las pringosas mesas de las fondas, los viejos calicheros, ya un tanto pasados de copas, bromeaban al respecto rezando en voz alta: «North nuestro que estás en los Londres...».

Idilio Montano oye toda esta historia entre sueños. Ya debe ser la media mañana del martes y él no quiere despertarse del todo. Siente vergüenza de encontrarse frente a frente con la mirada acusadora de Liria María. Cuando al fin decide levantarse y se destapa la cara, descubre que en la sala ya se han recogido todos los cueros y frazadas del piso. En un rincón, cebándose unos mates, ve a un grupo de jóvenes pampinos rodeando a un anciano que habla sin dejar de sorber la bombilla. El viejo minero tiene un aire entre profeta bíblico y ácrata redomado, y su rostro se ve tan lleno de arrugas que parece tener cartografiado el desierto entero en la piel de la cara.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

Al asomarse al patio, con la dura luz del sol doliéndole como un ladrillazo en los ojos, Idilio Montano encuentra a sus amigos oreando su borrachera junto a la puerta de la sala. Olegario Santana, José Pintor y Domingo Domínguez, recién afeitados, fumando en cuclillas junto a un animado grupo de huelguistas, al verlo aparecer lo saludan como si nada y siguen conversando y conjeturando sobre las bolinas recabadas en las últimas horas. Idilio Montano, con su cabeza tensa y sensible como cuero de tambor, se acuclilla despacito junto a ellos. Entremedio de los acontecimientos de la huelga y las noticias sobre lo que está ocurriendo con la gente que se quedó en la pampa, los hombres intercambian algunos datos de interés doméstico como, por ejemplo, a qué tienda llevar a reparar el sombrero, en cuál de los despachos cercanos se puede conseguir más barato el quillay para lavarse el pelo, o en qué boliche escondido por ahí ir a matar el gusanillo mañanero con un buche de aguardiente. Una de las referencias que más interesa a los hombres es dónde ir a vender de emergencia sus Longines o sus leontinas de oro. El nuevo dato sobre esto último es que en el establecimiento «El Diluvio», de la calle Serrano, si bien no tratan relojes ni especies de oro, compran en cambio toda clase de herramientas usadas, y a muy buen precio. Detalle importante para muchos que se trajeron las herramientas de su propiedad de la pampa y andan con ellas para todos lados por la pura maldita costumbre de trabajar.

Tras un rato de oír en silencio, sin una pizca de ánimo para meter su cuchara, Idilio Montano ensaya un tonito de indiferencia y les pregunta a sus amigos si acaso no han visto por ahí a Liria María. Éstos le apuntan a un costado del patio en donde la joven y su madre, junto a otras personas comisionadas por la dirigencia central, están ayudando a los empleados de la policía a repartir alimentos y cajetillas de cigarrillos donados por el comercio de Iquique. «Nosotros ya nos aseguramos», le informan los amigos, mostrándoles sus respectivas cajetillas de Africana.

A esas horas el patio se ve lleno de huelguistas conversando o tomando sol, mientras otros entran y salen del recinto, o suben y bajan las escaleras de la azotea en donde está emplazado el Comité Central en asamblea permanente. Y además de la gente que está ayudando a repartir las vituallas, y de algunas niñas barriendo el piso y niños que juegan a «los tres hoyitos», se ve un contingente de mujeres con la cara y las manos llenas de tizne que cocinan en los grandes fondos de fierro enlozado los porotos con chicharrones del almuerzo del día.

Cuando los amigos, a insinuación de Idilio Montano, van donde Gregoria Becerra a cooperarle en la repartija, Juan de Dios baja de la azotea a contarles que allá arriba hay un bochinche de padre y señor mío. «Está la tandalada», dice. «Los del Comité están que muerden la mesa de furia». Y en tanto se demora gustosamente en pelar una naranja con los dientes, de las que han llegado entre los comestibles donados por los comerciantes, el hijo de Gregoria Becerra, excitado y lleno de ademanes, explica que el barullo ha estallado porque durante la noche un grupo de pampinos fue sorprendido bebiendo en un boliche

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

clandestino de por ahí cerca, del que fueron requisadas ciento noventa y ocho botellas de licor.

Los amigos se miran entre sí, de reojo. Pero no dicen nada.

Que a causa de eso, prosigue Juan de Dios, con el sol y el zumo de naranja chorreándole amarillos por la cara, se está conformando una comisión de obreros que irá a recorrer las imprentas de los diarios para estampar una queja pública en contra de los dueños de aquellos chincheles que, a pesar de las disposiciones dictadas por las autoridades edilicias, siguen vendiendo licor a puertas cerradas. «Mi amigo José Brigg está que echa humo de enojado», termina contando el muchacho.

Gregoria Becerra, sin dejar de repartir las cajetillas de cigarros, comienza a despotricar con vehemencia en contra de esos malos elementos escurridos entre los obreros de ley. Zanguangos de porquería que arriesgan la limpieza del conflicto nada más que por darle cuerda a su vicio inmundo.

—¡A esos sí —dice— habría que ponerlos en el cepo sin misericordia alguna!

Mientras los comisionados de la policía y las demás personas a su alrededor asienten con la cabeza y le dan toda la razón del mundo, los amigos se hacen los desentendidos. Después empiezan a correrse de a poco y a desaparecer cada uno por su lado. Domingo Domínguez, con las manos en los bolsillos, silbando una polkita que ha oído por primera vez en el sarao de la noche anterior, comienza a alejarse hacia el portón de la calle. Idilio Montano, mirando por lo bajo a Liria María —que ni siquiera se ha dignado a hacerle algún gesto de desprecio—, dice que tiene un dolor de cabeza que se le parte en dos y que se va a conseguir alguna pastilla en el Dispensario Municipal que funciona en una de las esquinas de la escuela. Por su parte, Olegario Santana y José Pintor, atuzándose los mostachos con fingida displicencia, se acuerdan de súbito que alguien ha dicho por ahí que en una partición de la Intendencia se iban a cambiar fichas. Que ellos van ahora mismo va a ver si es verdad tanta belleza y luego les vienen a informar.

—Lo increíble del asunto es que anda la bulla que las van a cambiar a la par —dice José Pintor, corroborado por un gruñido casi imperceptible de Olegario Santana.

Y ambos desaparecen zigzagueando rapidito por entre la gente.

—Éstos creen que nadie sabe de la arrancada que se hicieron anoche —le dice Gregoria Becerra a su hija, al ver que sus amigos se han hecho humo en un dos por tres. Liria María sólo responde con un leve gesto de asentimiento.

Una fárfara de tristeza cubre sus ojos claros.

Y es que al levantarse por la mañana y mirar de soslayo al volantinero, además de las manchas de sangre en la camisa y del fuerte olor a aguardiente, le

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

había descubierto huellas como de *rouge* en la frente. Y por eso mismo, enrabiada y adolorida hasta sentir un nudo en el alma, no piensa dirigirle la palabra nunca más en la vida. Ni tan siquiera mirarlo.

A las dos de la tarde, mientras los miles de huelguistas llenábamos las calles aledañas buscando sombrearnos bajo cualquier cosa, comentando los últimos sucesos del día o bebiendo grandes vasos de huesillos con mote en los puestos instalados en la plaza Montt, corrió la voz que otro buque de guerra venía entrando a la rada. Una gran cantidad de gente se fue entonces al muelle a mirar el fondeo del «Blanco Encalada», que era el crucero avistado, que procedía de Arica y que traía a bordo al Regimiento de Infantería Rancagua de la guarnición de Tacna, tropas que venían a aumentar el ya numeroso contingente de soldados que se hallaban en Iquique. Las dependencias del muelle de desembarco se repletaron de huelguistas tanto de la pampa como de los gremios del puerto. La mayoría de los pampinos, muchos de los cuales habían dejado el almuerzo a medio comer en la escuela, contemplaban el desembarco de la milicia oscuros y ceñudos. Otros, sin embargo, sobre todo los obreros más viejos, y entre ellos los que habían combatido en la Campaña del 79, y que aún se sentían parte de ese ejército glorioso, los aplaudían y saludaban dando gritos de ¡Viva Chile! Mientras los soldados, con sus armas de guerra brillando impávidas a los rayos del sol, hoscos y silenciosos, desembarcaban premunidos de todos sus arreos militares.

Olegario Santana, que ha sido arrastrado al muelle casi a la fuerza por sus amigos, al ver el desembarque de tanta hueste militar, rezonga que la cosa se está poniendo cada vez más fea, y que va para peor. «No olviden que se los he advertido hasta el cansancio», dice con el rostro engurruñado.

Esta vez ninguno de sus amigos le contesta nada. A ellos también se les ha encapotado el rostro al ver la actitud belicosa de los militares.

El vaticinio de Olegario Santana es ratificado esa misma tarde cuando, en las páginas del diario *La Patria,* los huelguistas se enteran de la salida, desde distintos puntos del litoral, de más buques de guerra trayendo más soldados a Iquique. Las noticias eran preocupantes. Según decía el mismo diario, había llamado fuertemente la atención pública el conocimiento de la partida rumbo al puerto iquiqueño de los cruceros «Esmeralda» y «Zenteno». El primero venía con tropas de Carabineros y había zarpado desde el puerto de Valparaíso. El segundo traía soldados de la Artillería de Costa. Se comentaba en la nota que el «Esmeralda» recalaría en el puerto de Caldera para embarcar tropas del Regimiento O'Higgins, que cubría la guarnición de Copiapó. Y en las mismas páginas se oficializaba el rumor que desde el día anterior había corrido insistentemente entre los ocupantes de la escuela Santa María: el «Zenteno» traía a bordo al Intendente titular de la provincia de Tarapacá, señor Carlos Eastman. La noticia decía que al señor Intendente lo acompañaba el general de brigada Roberto Silva Renard y el Jefe del Estado Mayor de la primera división, coronel Sinforoso Ledezma. El general, señor Silva Renard, que era acompañado por varios jefes militares, venía con instrucciones precisas para contratar oficiales de

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

reserva si ello fuese necesario, como también para hacer uso del contingente de reservistas del acuartelamiento pasado. El diario señalaba además que el Intendente traía amplias atribuciones del Gobierno para solucionar los asuntos de la huelga salitrera lo más pronto posible. Concluía el periódico diciendo que había mucha fe en la opinión pública en cuanto a que el Intendente titular obtendría buenos resultados en su cometido.

Después de leer estas noticias, los amigos se enfrascan en pequeñas notas aparecidas en las páginas interiores en donde se daban algunos pormenores de la huelga. En todas ellas se aplaudía el patriotismo y actitud respetuosa adoptada por los huelguistas para conseguir el mejoramiento de sus salarios. Y se comentaba que mucha gente importante confiaba en que el conflicto se arreglaría más temprano que tarde, justamente por ese espíritu de absoluta tranquilidad y justicia que dominaba entre los manifestantes. Domingo Domínguez, que ha sido el que ha comprado el diario, lee en voz alta un titular que dice: «Noble y digna actitud de los huelguistas». Y tras carraspear teatralmente continúa con voz engolada: «Sigue captando simpatía la huelga de los operarios de la pampa que desde el domingo en la mañana, en número de más de seis mil, son nuestros huéspedes. Plácenos dejar constancia en estas líneas de la respetuosa y digna actitud que hasta la fecha han observado los huelguistas, actitud que los honra altamente y que prestigian la causa que sostienen».

—¡Chúpate ésa! —exclama el barretero al terminar de leer.

Otra noticia, en forma de pequeño comunicado, confirma lo que ellos ya sabían desde la mañana: que los industriales salitreros habían acordado cambiar a la par todas las fichas que los trabajadores tuvieran en su poder. A tal efecto, habían puesto a disposición de la Intendencia la suma de diez mil pesos para efectuar el cambio. «Esta medida», dice el diario, «ha venido a salvar en parte la difícil situación de muchos de los huelguistas que no hallaban qué hacer con tales fichas».

—Menos mal que a estos tiñosos se les ablandó algo el corazón —dice el carretero José Pintor.

En un tonito fatídico, Olegario Santana sentencia que eso de que los gringos hayan accedido a cambiar las fichas, y todavía a la par, sin aplicar la abusiva tasa de descuento del treinta por ciento como lo hacían generalmente en la pampa, no le huele nadita de bien.

—Ya, pues, jote de mala sombra —le dice semiserio Domingo Domínguez—, déjate de agorerías.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

11

A las ocho de la noche de ese martes 17, de diciembre cuando recién se han encendido los faroles de gas en los patios de la escuela, y gran parte de los huelguistas con familia se han recogido a sus respectivas salas —no a dormir de inmediato sino a contarse historias de bandidos rurales y casos de animitas pampinas—, a pedido de Liria María y Juan de Dios, el grupo de amigos se va a pasear un rato por el circo.

Además de los obreros alojados en sus recintos, a esas horas la carpa se halla atestada de gente iquiqueña que viene con sus niños a conocer a los monitos sabios, a los perros boxeadores, al par de caballos árabes y a la impávida llama del altiplano andino. De paso aprovechan de mirar los ensayos de los malabaristas, contorsionistas, tragasables y saltimbanquis que cada día, al caer la tarde, unos en la pista de aserrín y otros al aire libre, hacen las delicias de la gente ensayando sus números de destreza y exhibición para mantener sus habilidades en forma. Esto mientras se resuelve el conflicto de los huelguistas y se restablece la normalidad de las funciones.

Al fondo de la carpa iluminada con lámparas de carburo, junto a la gran boca de payaso que hace de entrada a la pista, los amigos encuentran a la bailarina carita de muñeca —siempre con el monito Bilibaldo sobre sus hombros— y al malabarista de sonrisa y gestos aceitosos. En esos momentos ambos se hallan alimentando a los monitos sabios, mientras un gran número de gente de la pampa, con infantil curiosidad, y hablando todos a la vez, los asedian inquiriendo detalles sobre una y otra cosa, todas referidas al oficio circense y a la vida en la carpa. Mientras los jóvenes tratan de responder amablemente a cada pregunta, los monitos atados a una larga cadenilla de metal, vestidos con llamativas ropas llenas de remiendos y parches de colores, hacen toda clase de cabriolas en señal de agradecimiento cada vez que reciben algo de comer.

Momentos más tarde, cuando los artistas están atendiendo a los perritos boxeadores, que al caminar y sentarse en dos patas llenan la cara de risa de Juan de Dios y de Liria María, el barretero Domingo Domínguez, haciéndose el gracioso, le pregunta a la bailarina si acaso el circo no se interesaría en tener entre sus actos artísticos a dos jotes amaestrados, dos ejemplares traídos

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

directamente desde las comarcas calcinadas de la pampa salitrera. «Ya me imagino al propio don Juan Sobarán anunciándolos como número principal», dice muerto de la risa. Y poniéndose las manos a modo de bocina, y dirigiéndose a las galerías, pregona con voz circense:

—¡Respetable público: ahora presentamos un número nunca antes visto en ningún circo del mundo. Directamente desde la oficina salitrera San Lorenzo, tomados de las calaminas del mismísimo techo de su casa habitación, aquí están, para todos ustedes, los espectaculares, los maravillosos, los divinos jotes amaestrados de Olegario Santana!

Mientras los demás estallan en una gran risotada, Gregoria Becerra se queda mirando con un dejo de ternura a Olegario Santana. El calichero, más turbado por esa mirada que por la chanza de su amigo, le reprocha en voz baja:

—Podrías cambiar la pega de barretero y quedarte en el circo de payaso.

—A propósito —no deja de reír Domingo Domínguez—, esos pobres jotes tuyos deben estar muriéndose de pensión allá en la pampa.

Liria María, que se ha mantenido todo el tiempo indiferente a los ojos clavados de Idilio Montano y que, junto a su madre, es la única que no ha reído con la chirigota de don Domingo, continúa haciendo preguntas dirigidas especialmente al acróbata de sonrisa empalagosa. Observándola desde el otro lado del corrillo de curiosos, al volantinero le crujen los dientes de ira. Desde la mañana que no ha parado de rondarla como un cachorro desahijado y ya no puede soportar más tanto desaire. Tiene que atreverse a hablarle ahora mismo, se dice, atribulado. Pero en el momento en que por fin se ha decidido a aclarar todo de una vez, un grupo de hombres irrumpe en la carpa anunciando que un convoy de carros planos, atestado de gente de la pampa, viene bajando por los cerros y la orden del día es ir a recibirlo. «¡Tenemos que darles la bienvenida a los compañeros, carajo!», vociferan con los puños en alto los hombres.

De inmediato se produce una estampida y la carpa comienza a desocuparse rápidamente. Y mientras los amigos se ponen de acuerdo para ir a recibir a los del tren, Liria María y Juan de Dios le piden permiso a su madre para quedarse en el circo. Idilio Montano, como un perrito boxeador parado en dos patas, babeante, a punto de dar chillidos, mira lastimosamente a la joven para ver si ella le hace algún gesto o seña indicándole que se quede a acompañarla. Pero la muchacha es de piedra. Y el herramentero, con la cola entre las piernas, no tiene más remedio que salir trotando junto a sus amigos.

A mitad de camino, sin embargo, en medio del tierroso tropel de huelguistas que marchan enarbolando banderas y redoblando tambores, Idilio Montano se las arregla para ir poco a poco quedándose atrás, enredándose entre el gentío, escurriéndose de sus amigos hasta perderlos completamente de vista. Desesperado entonces, casi al borde del llanto, se devuelve corriendo al circo. Necesita imperiosamente hablar con su amada, mirarla, sentir el roce de sus manos pequeñitas, verse revivir de amor en el reflejo de sus ojos verdes. Pero al

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

reaparecer en la carpa, su corazón le da una patada de mula en el pecho. Liria María se halla hablando a solas con el contorsionista de la risa idiota. Sin saber qué hacer, se queda como petrificado.

Un poco más allá, conversándole de la pampa a la bailarina, Juan de Dios no puede más de contento cargando al monito Bilibaldo sobre sus hombros. Al ver al volantinero de nuevo allí, el niño lo llama entusiasmado a que se acerque y vea las maromas que es capaz de hacer Bilibaldo sobre su cabeza. Idilio Montano, con el corazón convertido en un bombo, se acerca saludando tímidamente a la bailarina. La muchacha, que de tan delicada parece en verdad una de esas muñequitas japonesas, mirándolo inquietantemente a los ojos, entabla enseguida una animada charla que él, encorajinado, con la sangre hirviéndole en las venas, sólo atina a responder con movimientos de cabeza y palabras entrecortadas. Por el rabillo del ojo, no deja de mirar hacia donde está Liria María con el contorsionista, quien no escatima esfuerzos para homenajearla con sus reverencias untuosas y su falsa sonrisita de trapecio. «Parece un reptil con hambre, el muy cabrón», se dice furioso Idilio Montano.

Cuando la bailarina, con su dulce vocecita de soprano, lo invita a que la acompañe afuera a ver a los caballitos árabes, Idilio Montano la sigue casi por inercia. Como pisando en la cuerda floja, sin dejar de mirar para atrás, camina oyéndose responder a las preguntas de la bailarina con una voz opaca, glutinosa, como de plomo machacado; una voz que no es la suya. En el último instante, antes de salir de la carpa, al girar la cabeza, sorprende a Liria María mirándolo. En sus ojos le parece percibir un fugaz relumbrón de rabia. «Se ha puesto celosa», alcanza a pensar feliz de la vida Idilio Montano.

Mientras tanto, en medio de la muchedumbre que se dirige gritando y cantando a la estación de trenes, en el momento en que Domingo Domínguez, abrazado a José Pintor, comenta a los gritos lo increíble y lindo a la vez que resulta ver la unión de todas las fuerzas laborales de la pampa, Olegario Santana siente de pronto algo que casi le hace salir el corazón por la boca. Sin decir agua va, Gregoria Becerra lo ha tomado del gancho. Y ese súbito gesto de confianza, que para ella parece ser la cosa más natural del mundo, a él lo hace estremecer de pies a cabeza. Olegario Santana, el más fiero calichero del cantón de San Antonio, siente que la piel se le espeluzna, que el pulso se le acelera y que las manos comienzan a transpirarle como a una conventual damita en estado de excitación. Está tan aturullado de llevar a esa mujer pegada a la pretina, que al andar pierde el paso a cada rato. Menos mal que José Pintor y Domingo Domínguez tranquean delante de ellos y no se han dado cuenta de nada. «Usted, don Olegario, no debe ser muy bueno para bailar», oye que le grita a la oreja, con aire divertido, Gregoria Becerra. Claro, ella se ha dado cuenta de cómo él se enreda y tropieza en sus propios pies. Sintiendo una vergüenza infinita, gira entonces la cabeza para decirle algo y sólo se queda mirándola en silencio. En verdad, esa mujer de expresión transparente, con sólo clavarle sus ojos lo convierte en un pobre chiquillo de bombachas orinadas.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

—¡Ese jovencito amigo de ustedes, creerá que no me di cuenta de que se devolvió al circo a ver a Liria María! —le grita ahora Gregoria Becerra, entre el ruido alborozado de la multitud.

Olegario Santana ensaya una sonrisita que le parece lo más idiota del mundo.

—¡Claro, con ese nombrecito no podía salir más enamorado el niño! —redondea el comentario riendo de buena gana la mujer.

Olegario Santana la mira y se dice, conmovido, que esa risa toda llena de dientes blancos, cascabeleando a unos centímetros de su cara, es lo más bello que jamás le ha regalado la vida.

Ya en la estación, cuando en medio de un colosal bochinche la muchedumbre fue iluminada por el farol de la locomotora entrando al andén, todo el mundo comenzó a agitar sus banderas en un apoteósico griterío de bienvenida. En tanto los pasajeros del convoy, que procedían de las oficinas Centro, Sur y Norte Lagunas, y que en total sobrepasaban las mil quinientas personas, contando a obreros, mujeres y niños, se asomaban a las ventanillas tremolando sombreros y pañuelos y gritando que aquí estamos junto a ustedes, hermanitos, y que viva la unión de los trabajadores del salitre y de todos los explotados del mundo, carajo!

Cansados y terrosos, pero con sus ojos brillantes de alegría, entre apretones de manos y abrazos fraternales, los obreros bajaron del tren contando que al no poder conseguir anteayer un convoy para venirse a Iquique, se habían apropiado de una locomotora abandonada en la estación de la oficina Centro —«esta mismita que ahora están viendo aquí, compañeros»—, a la que engancharon todos los carros planos y las rejas de ganado que hallaron disponibles. Los operarios narraron, además, que habían estado a punto de sufrir una desgracia fatal, pues entre los pueblos Alto San Pablo y Alto San Antonio, manos criminales desprendieron la línea férrea en una extensión de casi media cuadra. Felizmente algunas heroicas mujeres del pueblo de Alto San Antonio, viendo el peligro que corría el tren de los huelguistas, salieron al camino y, parándose en medio de la vía, hicieron señas anunciando el peligro y salvando un montón de vidas humanas. «Desde aquí vaya un merecido homenaje a esas esposas, hermanas y madres de mineros salitreros, pues, gracias a su acción valiente y decidida se pudo evitar una catástrofe de proporciones», terminaron diciendo emocionados los hombres.

Luego del recibimiento, los obreros son guiados a la Escuela Santa María a través de la calle Amunátegui, atestada de gente que los vitorean y saludan. Durante el camino, Gregoria Becerra se fija en un matrimonio joven que lleva en brazos a una niña pequeña, de rostro demacrado y expresión alunada. Lo que llama la atención de Gregoria Becerra es su vestimenta. La criatura lleva una preciosa capita de terciopelo de color púrpura, bordada en hilos dorados, y en su cabeza una pequeña corona de cartón. Al llegar a la escuela, que ya no da abasto para albergar al torrente de obreros que no ha cesado de bajar de la pampa,

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

Gregoria Becerra se acerca al matrimonio y los invita a quedarse en la sala en donde ella está alojada. «Ahí, con mis amigos, le haremos un lugarcito», les dice, acariciando a la pequeña que la mira sin sonreír.

El hombre y la mujer, ambos de aspecto humilde, se ven unidos como por un desamparo infinito. Él, de gestos retraídos y vestido con indumentarias de trabajo, dice que se llama Silvestre Arroyo y que trabaja de chanchero en la oficina Centro. Ella, de una flacura extrema y una húmeda mirada de perro triste, se presenta como Teresa de Jesús y cuenta que su hijita, que recién acaba de cumplir tres años, se llama Pastoriza del Carmen, y que está desahuciada por los médicos. Que la corona y la capita que lleva puestas son una imitación de las de la Virgen de la Tirana, a la que han hecho una manda para que la mejore y le salve la vida.

Aprovechando la efervescencia que ha producido la llegada de los nuevos huelguistas, todo el mundo se pone de acuerdo para organizar un mitin en la plaza Prat. Cuando Domingo Domínguez y José Pintor invitan a Olegario Santana a que los acompañe, el calichero, argumentando que se le ha depravado el estómago, les dice que se adelanten, que él los alcanza al tiro. Y se mete en la sala junto a Gregoria Becerra y al matrimonio de la niña vestida de Virgen.

Los nuevos huéspedes son parcos en palabras. De lo poco que se les puede sacar se deduce que si las cosas no se arreglan, ellos no piensan volver a la pampa. Pedirán a las autoridades que los embarquen en algún vapor de vuelta al sur, desde donde los enganchadores pagados por los industriales los trajeron, igual que a todos, con ofertas y promesas que resultaron ser puras tencas muertas. Mirándose mutuamente a los ojos, dicen que prefieren mil veces pasar años de vacas flacas allá en el sur, que morirse en estas peladeras explotados por esos extranjeros chupasangre. Tras una trabada conversación, agujereada de silencios por parte del matrimonio, Olegario Santana y Gregoria Becerra logran enterarse de algunas cosas que han ocurrido en la pampa en los últimos días. Por ejemplo, que los operarios de la oficina Agua Santa al fin han paralizado las faenas plegándose también a la huelga. Que algunos administradores están poniendo problemas en dar el diario acordado de antemano a las familias que se quedaron en las oficinas, que incluso en algunas de ellas han cerrado las pulperías, dejando a la gente sin tener dónde adquirir sus artículos, y que en otras se ha llegado al despropósito criminal de negarles el agua. Y que, por lo mismo, mucha de la gente que ahora está bajando a Iquique lo hace azuzada más por las circunstancias que por el conflicto mismo. Ahora mismito, al venir ellos en el tren, han visto a mucha gente caminando desde distintos puntos del desierto. «La pampa salitrera, con sus máquinas paradas y sus chimeneas sin humo, parece una gran bestia dormida», termina diciendo con voz menguada el hombre.

La mujer, que acuna pacientemente en sus brazos a su hija Pastoriza —la que aun dormida mantiene una lastimosa expresión de alunamiento—, mirando desvalidamente al vacío, gruñe entre dientes:

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

—¡Jamás debimos venir a meternos a estas orfandades de Dios!

La conversación es interrumpida de pronto, cuando la niña Liria María entra a la sala con la cara escondida entre las manos. Con su pañuelito todo empapado en lágrimas, la joven viene llorando un inconsolable llanto silencioso.

—Es por el volantinero —dice Juan de Dios, entrando detrás de ella.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

12

En la mañana del miércoles la Escuela Santa María amaneció rebasada de gente nueva durmiendo tirada en cualquier parte. Y es que pasadas las dos de la madrugada había llegado otro tren de la pampa con más de ochocientos huelguistas provenientes de Pozo Almonte. Y hombres y mujeres y niños, con sus líos y atadijos de frazadas y cueros, hubieron de dormir por ahí al sereno, arrinconados en los patios, recostados a lo largo de los corredores o acurrucados como perritos callejeros debajo de los zaguanes. Sólo algunos, los más suertudos de entre ellos, lograron acomodarse en algún ladito de las aulas más desahogadas.

En la sala de Olegario Santana y sus amigos se hizo sitio para dar cabida a unas cuantas personas más, incluidos algunos matrimonios con niños pequeños, y en el apretujamiento que se produjo terminaron todos durmiendo a la tripa pollo, sin respetar lado de mujeres ni de familias con guaguas. De tal manera que Olegario Santana, en medio de una forzosa promiscuidad de bodega de barco (así viajaban los enganchados a la pampa en las podridas bodegas de los vapores), de pronto se había visto acostado a menos de un metro de Gregoria Becerra. Tanto así que por el resto de la noche se dedicó a contemplarle el paisaje plácido de su sueño, y a oírle, como si de una música sacra se tratara, el fuelle acompasado de su respiración de niña.

Ahora, bajo el fuerte sol de media mañana, mientras Gregoria Becerra ayuda a pelar papas en una ronda de mujeres achuladas y parlanchinas, y sus amigos se entretienen jugando a las chapitas con un grupo de patizorros de la oficina Cala Cala, Olegario Santana, ensimismado y ceñudo, se fuma un Yolanda apoyado en un muro con sol. No puede dejar de pensar en algo que sucedió por la noche y que aún le tiene el espíritu conturbado. En verdad fue como si lo hubiesen dinamitado por dentro. Había sucedido que en un momento, mientras contemplaba dormir a Gregoria Becerra, ella había abierto los ojos y, por un instante, se lo había quedado mirando de una manera tal, madrecita mía, que además de alborotarle las pocas plumas a su alma vieja, le había producido una erección como hacía tiempo no tenía, carajo. Aunque ahora, a la ardua luz del sol iquiqueño, no está completamente seguro de no haber soñado ese instante prodigioso, la fugaz mirada de aquella mujer que irrevocablemente lo vuelve loco,

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

le presta alas, lo hace volar y planear en el aire como un jote en estado de ensoñación.

Poco antes de la hora del almuerzo, en medio del intenso trajín, en la escuela Santa María nos enteramos de algo que nos conmovió sobremanera y alentó el ánimo de todos. Varios gremios porteños, trabajadores de la ciudad y de la ribera, habían acordado unánimemente adherirse de una manera más práctica al movimiento huelguístico de los esforzados compañeros salitreros. De modo que se habían reunido y nombrado un comité encargado de secundar y obedecer las disposiciones del Comité Central de los pampinos, tal como ya lo habían hecho algunas otras secciones de trabajo, como los panaderos, por ejemplo, los carpinteros, los jornaleros, los lancheros, los pintores, los gasfiteros, los albañiles, los carreteros, los cargadores, los abasteros y los sastres. Gremios estos que ya tenían un representante dentro del Comité Central.

—No sé si ustedes se han dado cuenta —comenta entusiasmado José Pintor—, pero esto indica claramente que nuestro movimiento está comenzando a generar toda una revolución obrera.

Y se saca el paletó y se arremanga la camisa, preparándose para almorzar.

—Por supuesto, pues compadre Pintor —dice Domingo Domínguez—. Nosotros somos los llamados a cambiar la historia proletaria de este país.

Y tras acomodarse un pañuelo a modo de babero, da las primeras cucharadas a su plato de porotos.

—Nosotros no vamos a cambiar nada, carajo —reclama con voz tosca y sin levantar la vista de su almuerzo Olegario Santana—. En este país mandan los que tienen la riqueza, y punto.

Los amigos se miran entre ellos desconcertados. Luego comienzan a recriminarlo sacándole en cara lo atrabiliario de su comportamiento, su pesimismo desmoralizante y sus eternos reparos a la huelga.

—Este Olegario habría sido capaz de desanimar al mismísimo Napoleón —dice José Pintor.

—El pesimismo de mi compadre Olegario se parece a su paletó —salta Domingo Domínguez—: es igual de negro, igual de viejo y no se lo saca renunca.

Entonces los improperios devienen en cuchufletas, derivando inevitablemente a su manía de no sacarse jamás el paletó, ni siquiera para echarse a dormir. Que por la noches —lo joden en cuadrilla los amigos—, mientras todos los demás hombres se sacan el suyo y lo doblan cuidadosamente para usarlo de almohada, él no tiene ningún empacho en acostarse sobre su oreja, pero con su paletocito puesto.

—De tan arrugado que está el pobre, parece planchado con hojas de repollo —corona las mufas festivamente Domingo Domínguez.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

Y mientras todos ríen y se palmotean y hablan con la boca llena, Gregoria Becerra, aprovechando que Liria María se ha ausentado para ir al baño, se lleva a Idilio Montano a un lado y le pide cuentas en voz baja. Que por qué diántres había hecho llorar a su niña ayer por la noche.

El joven herramentero, azorado hasta el tartamudeo, le explica lo sucedido en la carpa. Luego, en un acto de arrojo suicida, le abre las compuertas de su corazón enamorado y gesticulando y moviendo las manos en un desesperado intento de convencimiento, le confiesa lo muy prendado que está de Liria María, lo mucho que la quiere, todo lo que sería capaz de hacer y de no hacer con tal de que ella vuelva a mirarlo como antes, a hablarle, a sonreírle como le sonreía. Y lo dice tan convencido de sus palabras, con tanta pasión y brillo en la mirada, que Gregoria Becerra se enternece hasta las lágrimas y termina poniéndose incondicionalmente de su parte.

Un rato después, cuando está pensando en cómo decirle a Liria María que no haga sufrir más al pobrecito volantinero, se aparece su hijo Juan de Dios acompañado del mismo periodista del diario *La Patria* que había conocido en el Club Hípico. El niño dice que lleva al caballero a conversar con su amigo José Brigg, pues quiere escribir una nota contando sobre cómo se vive en la escuela. Gregoria Becerra dice que está bien que se escriba eso en los diarios, para que las autoridades y las familias ricachonas del puerto se den cuenta de que los pampinos no son ningunos revoltosos, ni menos unos forajidos desalmados como se anda diciendo por ahí.

—Yo no sé qué patrañas informan los espías que mandan los gringos a la escuela y que se pasean por aquí como Pedro por su casa —dice con voz fuerte Gregoria Becerra—. Usted, ponga la verdad, caballero, y diga si aquí entre nosotros ve a alguno con cara de saqueador, incendiario o violador de mujeres.

Pasado el mediodía, nos enteramos de que venía entrando un nuevo buque de guerra. Esta vez se trataba del crucero «Esmeralda» y traía a bordo tropas del Regimiento Artillería de Costa. Los militares desembarcados acamparon todos en la plaza Prat y su presencia le dio un aspecto extraño y desusado a ese paseo que era el corazón mismo de la ciudad. Con tantos soldados llegados al puerto se había comenzado a sentir un clima de tensión y animosidad en el aire. Y aunque obreros y militares se cruzaban en las calles sin rozarse ni mirarse aún como enemigos, así y todo el Comité Central tomó la sabia decisión de no celebrar más comicios públicos en la Plaza Prat. «Esto para no exacerbar el ánimo de los militares —dijo José Brigg— y no darle motivos a la autoridad para el empleo de la fuerza».

Olegario Santana y sus amigos, que habían decidido no ir a ver el desembarco —«Así como van las cosas, en unos días vamos a tener más soldados que huelguistas en Iquique», había dicho con sorna Domingo Domínguez—, acompañan a José Pintor a la Casa Locket a cambiar las últimas fichas que le quedan. En la Casa Salitrera no lo atienden. Si quiere cambiar sus

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

fichas tiene que subir a la oficina, le dicen de mala manera. Indignados, los amigos deciden dirigirse a la imprenta del diario *La Patria* a estampar su queja y dejar constancia del hecho.

Mientras esperan en las dependencias del diario —donde les prometen que su reclamo saldrá ahora mismo, en el número vespertino—, alguien les pasa una hoja ya impresa de la edición. Allí se informan de varias noticias que saldrán al público en un rato más. Se imponen, por ejemplo, de que el «Zenteno», el barco de guerra que trae al Intendente de la provincia y a la tropa del Regimiento O'Higgins, llegará mañana a primera hora al puerto, y que el Teatro Nacional continuará clausurado «por la fuerza de las circunstancias». En una nota que lleva como título: «Gracioso ofrecimiento», leen sobre una tal señorita Isabel Ugarte, residenta iquiqueña de nacionalidad peruana, que ha puesto a disposición de los huelguistas una espaciosa bodega de su propiedad, ubicada en la esquina de las calles Barros Arana y Sargento Aldea, para dar alojamiento a los pampinos que siguen llegando a Iquique. Además se enteran, contentísimos, de que el número de oficinas salitreras que se han plegado a la huelga ya llega a la cantidad de sesenta y tres. «Dato éste susceptible de ser rectificado», dice la nota.

—Y pensar que todo comenzó en nuestra pequeña oficina San Lorenzo —dice Domingo Domínguez.

—Y en una humilde casa del Campamento de Arriba —especifica orgulloso Idilio Montano.

Al terminar de imprimirse la edición completa del diario, los amigos se encuentran con el artículo del periodista que había estado en la escuela esa mañana. Allí se dan a conocer las impresiones de su visita. Domingo Domínguez lee en voz alta:

«Hoy tuvimos oportunidad de visitar la Escuela Santa María, local donde se hospedan más de seis mil huelguistas. Era precisamente la hora en que se repartía el almuerzo y, por consiguiente, el acceso al sitio donde se encontraba el Directorio general se hacía casi imposible. Hasta que por fin conseguimos nuestro objetivo.

El Comité Central está instalado en los altos del local, y damos enseguida los detalles que observamos al llegar a ese sitio. En la escala estaban destinados, a guisa de centinelas, como ocho ayudantes de orden, los cuales se ocupaban en atender a las personas que deseaban hablar con el Directorio. Pasamos nuestra tarjeta que los ayudantes hicieron llegar al Presidente, señor Brigg, quien ordenó que se nos diera libre paso. Permanecimos en el recinto como dos horas, y en todo ese tiempo pudimos imponernos de la magnífica organización que tienen los huelguistas.

El Presidente, rodeado de sus directores y los ayudantes de orden, imparte las órdenes que son acatadas con todo respeto. Los delegados de las oficinas que van llegando se presentan al Directorio y éste los inscribe en un registro y les da

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

las instrucciones del caso: esto es, que la bandera de orden que han enarbolado jamás sea arriada.

A cada instante los ayudantes de orden reciben instrucciones para los huelguistas, las que son inmediatamente obedecidas. También pudimos oír que, con un tino bajo todo punto de vista plausible, se tomaban informaciones a las comisiones nombradas por el Comité para vigilar todos los establecimientos donde se expenden bebidas alcohólicas. Las comisiones hacen las denuncias al Comité Central y éste, a su vez, las comunica a la autoridad competente.

Esta sana actitud de los trabajadores de denunciar ellos mismos a los despacheros que venden licor a sus compañeros, merece sea tomada en cuenta, porque, con ello, se justifican ante todo el mundo como obreros que sólo luchan por el pan, desbaratando ellos mismos todo lo que se encamine a producir disturbios. Francamente es aquello un cuartel general en donde reina la disciplina más completa, escudada siempre en el buen sentido. Dignas de oírse son allí las órdenes que se reparten, pues todas van encaminadas a impedir que se venda licor a sus compañeros, que guarden siempre la norma de conducta que han adoptado desde el primer día, y así dan una prueba más de la cultura de este pueblo trabajador que hoy se levanta en actitud pacífica para que se le oiga su justo clamor.

Los delegados, por otra parte, se hacían presentes ante el Comité para imponerlo de los últimos trabajos. Cada uno de los ayudantes que efectuaba alguna comisión dada por el Comité, inmediatamente de concluida daba cuenta de su resultado, encomendándosele, al instante, otra. Nos retiramos pues, del cuartel general sin cansarnos de admirar la perfección, orden y buen criterio con que dirige el movimiento el Comité Central Unido de la Pampa e Iquique».

Al salir de las oficinas del diario los amigos van contentos y animosos. Palmoteándose mutuamente acuerdan, en voz baja —no fuera a haber algún representante de las comisiones de alcohol por ahí cerca—, ir a beber por ahí un trago de aguardiente. Según han sido dateados en la mañana por los obreros de la Confederación Perú-boliviana, hay un expendio de bebidas alcohólicas cerca de donde van caminando ahora mismo que está vendiendo trago para callado.

Domingo Domínguez, como para descargar un tanto su conciencia, dice a modo de disculpa que él cree que con tomarse unos cuantos traguitos no le hacen ningún daño al movimiento, pues ellos son tipos que saben beber.

—Aunque bebemos como cosacos —dice sacando pecho— no somos ningunos borrachos abrazafaroles.

El carretero José Pintor, por su parte, se disculpa con el subterfugio de que un ácrata que se respete como tal, debe a lo menos violar una regla, y que en este caso la regla más sana de romper es ésta.

Mientras Olegario Santana fuma en silencio, Idilio Montano, que para sorpresa de todos es el más entusiasmado con la idea, dice que ya basta de

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

palabrería y que mejor se apuran en hallar el boliche, que él está necesitando con urgencia beber un trago.

—El jovencito está sacando las garras —dice serio Olegario Santana.

—Como decía mi abuela: «Quien con lobos anda, al tiempo aúlla» —se defiende Idilio Montano.

Y bajando la vista al suelo, agrega acontecido:

—Lo que pasa es que necesito un trago para olvidar.

—¡Qué olvidar ni qué ocho cuartos! —le corta brutalmente José Pintor—. Lo que tiene que hacer ahora mismo, muchacho, es agarrar a la tórtola y darle un buen beso en la boca. Si hay que ser ciego de nacimiento para no darse cuenta de que la niña está que se despicha por su persona, pues hombre.

—Pero antes tiene que dejarse crecer mostachos, compadrito —tercia huasón Domingo Domínguez, abrazando fraternalmente al herramentero—. ¿O acaso no le dijo nunca su abuela que para las mujeres un beso sin mostacho es como un huevo sin sal?

—Con sal o sin sal, lo que tiene que hacer es agarrarla del moño y robarle un buen beso —insiste el carretero—. ¡Y delante de la madre!

—De tan señora que es doña Gregoria, no sé si aguantaría que le vinieran a faltar el respeto de esa manera —replica pensativo Olegario Santana.

—No sé por qué me tinca que Olegario está más enamorado que el volantinero —se echa a reír Domingo Domínguez.

—¿Enamorado de quién? —pregunta José Pintor.

—¿Cómo que de quién? ¡De Gregoria Becerra, pues compadre! —exclama el barretero sin dejar de reír.

—Y por algunas miraditas que yo he sorprendido por ahí, creo que le corresponden en toda la línea —dice Idilio Montano, mirando amigablemente a Olegario Santana.

A José Pintor se le encapota el rostro abruptamente. Pero no dice ni mus.

Media cuadra antes de llegar a donde se supone está la bodega de licor, se topan con los obreros de la Confederación Perú-boliviana. A ambos se les nota la consternación cincelada en el rostro. Que no hace ni un par de horas, cuentan compungidos los hombres, el despachero ha sido sorprendido por la policía municipal y que, además de haberlo castigado con una multa de cien pesos, le han cerrado la bodega. Que si acaso ellos no creen que es demasiado castigo para ese pobre cristiano, dicen los confederados, abrazándose con gran aparato y haciendo como que lloran desconsoladamente.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

Siguiéndoles la corriente, Domingo Domínguez se les une en el fraterno abrazo de dolor, dándoles su más sentido pésame y ayudándoles a sentir, paisanitos lindos; qué se le va a hacer; resignación, la vida es así.

—¡Y yo que estaba dispuesto a empeñar mi anillito de oro si hubiese sido necesario! —termina diciendo en tono de afectada condolencia el barretero.

Los amigos se miran entre ellos suspicazmente, pero no dicen nada.

Cuando después de un rato vuelven todos juntos a la escuela, se encuentran con un grupo de más de doscientos obreros pampinos entrando a la ciudad. Al preguntar de dónde vienen, se enteran de que los huelguistas se han venido «caminando a pie» desde la oficina La Palma. Y aunque esta salitrera es una de las más cercanas al puerto, y los obreros van cantando a viva voz, la fatiga se les asoma aguada en los ojos. Entierrados y sudorosos, como llegando de un campo de batalla, rodeados de gente de Iquique y de pampinos que los han ido a encontrar a los cerros, los hombres marchan entonando fervientemente el Himno al Trabajador, cuya exaltada letra habla de la unidad y redención de los obreros del mundo.

Inflamados por la visión épica de esos compañeros, el grupo de amigos se desliza en medio de la columna y, cantando también puño en alto, se encaminan con ellos hasta la escuela Santa María.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

13

Atardecía en Iquique. Y todo el sector circundante a la escuela y al baldío de la Plaza Montt, presentaba un populoso aspecto de feria de diversiones. Además de la enorme cantidad de huelguistas allí reunidos, y de la cada vez más numerosa gama de vendedores ofreciendo su mercadería, había comenzado a emerger toda una fauna de gente extraña; personajes que iban desde simples curiosos de manos en los bolsillos, hasta los infaltables suerteros de las ruletas, pasando por charlatanes vendedores de ungüentos, ladrones de bolsas, tragafuegos, lisiados de guerra, predicadores locos y mendrugueros recitadores de jaculatorias.

Y es que como resultado de la toma de la Plaza Prat por parte de la tropa desembarcada del crucero «Esmeralda» no se habían organizado ni llevado a cabo grandes mítines, los pampinos pasábamos todo el día conversando sobre cuestiones de la pampa, o releyendo los diarios del día una y otra vez, hasta el último avisito comercial. Todos esperábamos impacientes los resultados de los acuerdos que se tomaran con respecto al conflicto entre las autoridades, los señores salitreros y los integrantes de nuestro Comité Central. La exaltación y el alborozo de los primeros días había ido decayendo notablemente hasta trocarse en una calma tensa y angustiante. La nuestra era una espera que nadie sabía bien en qué demonios iba a terminar. Pero así y todo —salvo unos pocos ebrios que circulaban con cara de idiotas entre el gentío, y que nadie entendía en donde diantres se emborrachaban— nuestra actitud seguía siendo en general calmada y respetuosa.

La tranquilidad del conflicto sólo era rota por el arribo de algún buque de guerra trayendo más contingente militar al puerto, o cuando en lo alto de los cerros aparecía un tren de huelguistas o una entierrada caravana marchando a pie desde sus oficinas, como la que acababa de entrar ahora mismo a la ciudad, proveniente de La Palma. Entonces, por las calles atestadas de gente, los miles de huelguistas ya arranchados en el puerto les hacíamos un corredor humano hasta las puertas mismas de la Escuela Santa María, aplaudiéndolos y palmoteándolos durante todo el trayecto, tal y. como se le acababa de hacer a los obreros palminos. Bienvenida que era coronada por el recibimiento del grueso de la gente que, en las puertas de

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

la escuela, con pañuelos y sombreros en alto, los aclamaban y vitoreaban como a verdaderos héroes de guerra.

Luego de que una Comisión de Recibimiento terminara de acomodar a los huelguistas de La Palma en los recintos de la escuela, Olegario Santana y sus amigos entablan conversación con algunos de los operarios en el patio principal. Domingo Domínguez ha hallado entre ellos a un tiznado conocido suyo, al que apodan el Patas con Brotes, y entre cigarrillos y tallas relativas a la facha de empampados con que han llegado a la ciudad, los amigos aprovechan de darles a conocer varios datos domésticos y de utilidad personal. Como en cual de todos los puestos de la calle se vende el mejor pan amasado, o dónde ir a hacerse un buen retrato para llevarse a la pampa como recuerdo de la estadía en el puerto. Que en la sombrerería El Globo, de por aquí a la vuelta nomás, paisanos, cuesta mucho más barato el arreglo de los sombreros, sobre todo los colizas y los de Panamá. Y que en la Peluquería Francesa, de la calle Uribe, se hacen los cortes de pelo de última moda, y que al terminar el trabajo lo rocían a uno con finas aguas de tocador dejándolo más fragantoso que un clavel; además el maestro, don Antonio Duhamel, dueño del local, tiene la delicadeza de desinfectar las herramientas después de cada uso sumergiéndolas en agua hirviendo ¿Qué les parece, ganchitos? Pero principalmente los amigos ponen al tanto a los recién llegados sobre algunos detalles de comportamiento que es bueno que vayan sabiendo desde ya para una mejor convivencia dentro de la escuela, haciendo hincapié sobre todo en el grave problema de las casetas sanitarias, indicándoles dónde y cuáles son los sitios eriazos ideales, aparte de la playa, para evacuar el vientre. Esto para que los amigazos de Puelma no vayan a hacer lo que hacen algunos metecos cerrados de sesera, que no tienen ningún escrúpulo en bajarse los pantalones en la calle, a cualquier hora del día o de la noche, y por culpa de los cuales el Comité Central ha recibido una chorrera de reclamos de los vecinos adyacentes a la escuela. Y cuando en el cielo ya está anocheciendo, y Domingo Domínguez, apartado del grupo, está dateando para callado a su amigo Patas con Brotes sobre el prostíbulo de Yolanda, se aparece Juan de Dios diciendo que dónde miéchica se habían metido toda la tarde los caballeros, que su madre hace rato los está esperando.

—Les tiene mate y pan amasado calientito —les dice el niño, pasándose deleitosamente la lengua por los labios.

Como los amigos, por el asunto del reclamo de las fichas, se han pasado por alto el almuerzo, no se hacen de rogar un tris para aceptar la invitación. Al llegar a la sala repleta de gente descansado y comentando los últimos sucesos del día, encuentran a Gregoria Becerra mateando en compañía del matrimonio de la oficina Centro. La pareja se muestra ahora un poco más locuaz y sonriente. Su hija Pastoriza del Carmen ha demostrado una leve mejoría en su salud. Gregoria Becerra, además de mate y pan recién amasado, les tiene a los amigos una gran lonja de charqui y algunas cajetillas de Africana, cigarrillos que, hace sólo unos

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

minutos, la Federación de Obreros de Iquique ha donado para los esforzados compañeros trabajadores de la pampa.

—Una pena que no hayan donado cigarrillos Yolanda —dice Gregoria Becerra alargándole el primer mate a Olegario Santana.

Mientras Liria María, sentada en el suelo junto a su madre, con la barbilla apoyada en sus piernas recogidas, evita a toda costa mirar a Idilio Montano, y el joven, sin decir palabra, no le quita la vista de encima, Domingo Domínguez se pone a conversar con un patizorro de la oficina Cala Cala, al que le falta el ojo derecho y que no para de hablar sobre caliche de buena y mala ley, y de la cantidad de piedras que es capaz de triturar en catorce horas de trabajo diario. José Pintor por su parte, a quien hace rato no se le oye despotricar en contra de los curas ni en contra de nada, desde el rincón donde se ha acomodado, observa a lo zaino todas las miradas que se cruzan entre su vecina y el Jote Olegario.

A las nueve de la noche se enteran de la llegada de otra partida de huelguistas que se ha venido caminando desde la pampa. Según la mujer peruana que ha entrado a la sala a contarles, al verlos aparecer en los cerros un solidario grupo de cocheros a caballos los fue a recibir. El patizorro tuerto, cambiando de tema, asegura que se debe tratar del mismo grupo de cocheros en huelga que, según los hocicones del diario *El Tarapacá,* ayer por la tarde había recorrido en caravana las calles céntricas haciendo escándalo y cometiendo toda clase de desmanes.

—Para que se den cuenta, ustedes —dice—, que no hay que comprar más ese diario. Se nota a la legua que está en contra de los obreros y a favor de los patrones.

Un rato después, un integrante de la Comisión de Orden y Aseo entra a la sala a preguntar si ahí es posible dar albergue a otras personas.

—Aquí ya no hay espacio ni para echar a dormir un minino —replica socarrón Domingo Domínguez.

Cerca de las doce de la noche, cuando ya la mayoría de la gente se ha puesto a dormir, Gregoria Becerra se queja de dolor de cabeza y le pide a Olegario Santana que por favor la acompañe al Consistorio. Que, como él puede ver, dice, indicando a sus hijos con la mirada, sus angelitos custodios duermen como unos benditos. «Y me da no sé qué despertarlos».

—Por favor, señora Gregoria, no faltaba más —dice Olegario Santana incorporándose de un salto.

Afuera la noche es alta y una suave brisa marina inunda el aire. Atolondrado por la compañía femenina, Olegario Santana, sólo por decir algo, comenta que el aire puro es buena para la sangre. «La purifica», dice aspirando aparatosamente y sintiéndose un idiota con vista al mar.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

—Y además desembota el cerebro de malos presagios —dice ella, mirándolo sonrisueña.

Con las fogatas encendidas y la cantidad de gente durmiendo a la intemperie, el patio de la escuela da la impresión de un gran campamento de guerra. Un grupo de bolivianos instalados en la pérgola entonan sus cánticos acompañados del sonido lúgubre de sus quenas, mientras en los recovecos más sombríos del patio, algunas parejas se besan y abrazan con desesperación. Al mirar hacia arriba, ambos se fijan que en la terraza aún está la luz encendida. «Los del Comité parece que no duermen nunca», dice Gregoria Becerra.

De vuelta del Consistorio, agasajados por la música y la placidez de la noche que, más que nunca, está desbordante de estrellas y *cositas brillantes,* como dice ella suspirando, se sientan en uno de los escaños del patio, de frente a la pérgola. Después de un rato de oír las quenas en silencio, Gregoria Becerra comenta que recién ahora está comprendiendo por qué su difunto marido, que era huaso de manta y espuelas, se había enamorado tanto de la música nortina.

—Es bella, pero un poco tristona —dice Olegario Santana—. Escuchándola da la impresión que se hace más honda aún la soledad del desierto.

—En eso tiene razón, usted, don Olegario —dice ella—. Por eso yo me quedo con la tonada campesina. Es más alegradora.

—Y hace más llevadera la soledad —recalca él.

—Parece que a usted lo ha marcado mucho la soledad, amigo mío —lo mira ella con un brillo tierno en sus ojos.

—Mucho —musita él.

—¿Y nunca se ha casado?

—Nunca.

—Viví un tiempo abarraganado con una mujer boliviana. Pero se murió de la bubónica.

—Lo siento —dice ella—. Usted debe extrañarla mucho.

—No se crea.

—No le entiendo...

—Es que... bueno... no sé cómo decirlo —se incomoda Olegario Santana—. Vivir con ella no era muy diferente a vivir solo.

—Por lo visto usted no tiene muy buen concepto de las mujeres —lo mira de frente Gregoria Becerra.

Olegario Santana se corta. Luego reacciona, la mira también a los ojos, respira hondo y se atreve a decirle, despacito:

—Hasta que la conocí a usted.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

Ella no dice nada. Levanta la cabeza y se queda un rato mirando las estrellas. De niña pensaba que esas brillosidades allá arriba semejaban a un racimo de diamantes ordenados en un grandioso estuche de terciopelo; y que el dueño de aquella joyería, por supuesto, tendría que ser Dios.

—¿Usted cree en Dios? —le pregunta prolijamente, como si en verdad le preguntara al cielo.

—No sé —contesta Olegario Santana.

Y saca un cigarrillo y lo enciende y le da una pitada honda.

—A veces creo que sí y otras, debo confesar que la mayor parte del tiempo, pienso como nuestro amigo José Pintor. Él dice que Dios no existe, y que la prueba más patente son los millones de pobres que sufren y se mueren de hambre en el mundo.

—Ese José Pintor es un descreído. Yo un día le oí decir la barbaridad tremenda de que Dios debía de amar mucho a los pobres, que por eso había hecho tantos.

—¿Usted es muy amiga de José Pintor?

—¿Por qué lo pregunta? —pregunta ella a la vez, mirándolo fijamente a los ojos.

—No, por nada —balbucea él.

Y cambiando rápidamente la conversación la interroga sobre qué piensa hacer ella en caso de que el conflicto no se resuelva para bien.

—Ya lo he conversado con mis hijos —dice pensativa Gregoria Becerra—, y si esto no se arregla pediremos que nos manden de vuelta al sur. A Talca. Desde que enviudé, mi madre me ha escrito varias veces pidiéndome que regrese con ella.

—No sé por qué, desde que llegué aquí —dice el calichero— tengo el presentimiento de que esto va a terminar mal. Yo conozco a los militares y temo lo peor.

—Pero no tenemos que rendirnos hasta ver qué pasa. Ya está bueno de abusos y de explotación, ¿no le parece?

—Toda la vida hemos sido explotados y no creo que esto vaya a cambiar mucho.

—Lo peor del asunto, don Olegario, no es ser explotado; lo peor es rendirse a esa explotación; entregar la oreja, como dicen ustedes.

—Debo decirle que siempre he sido un pesimista del carajo —comienza a confesarse Olegario Santana—. Pero eso me lo ha enseñado la vida. Si estoy aquí es sólo por inercia. Todo esto que se está haciendo, la huelga, los mítines, la

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

marcha a través del desierto, querer levantar y unir a la pampa en una gran lucha contra la explotación, me parece un sueño imposible.

—Soñar ya es luchar de alguna manera, don Olegario. Alguien dijo por ahí que todos los sueños son insurrectos.

—Es que usted no sabe, doña Gregoria, aquí nos pueden matar a todos como a carneros.

—Se podrá matar al soñador, pero no al sueño —responde ella con voz altiva.

Olegario Santana guarda silencio. Esta mujer le parece increíble. Se saca el sombrero, se mesa un rato las crines de mulo y vuelve a ponérselo. De pronto se le ocurre decirle algo, pero no se atreve. Tras un rato de mirarse la punta de los zapatos, arroja el pucho al suelo, vuelve a respirar profundo, cuenta mentalmente hasta tres y se lo dice:

—Yo, señora Gregoria, ahora que la he conocido a usted, más que por cualquier sueño de reinvindicación social o justicia laboral o cosa que se le parezca, por lo único que quisiera que esto terminara bien sería para que usted no se volviera al sur.

—Lo que más sentiría si regresara a mi tierra —dice Gregoria Becerra—, es que los huesos de mi difunto se van a quedar tirados para siempre en estos calcinatorios.

—¿Lo quería mucho?

—Mucho

—Se debe sentir muy sola también usted.

—Imagínese. Y en estas peladeras. Pero todo lo hago por mis hijos. Si ustedes los hombres pueden llevar a cabo cualquier acto heroico, nosotras las mujeres somos capaces de todos los sacrificios.

Olegario Santana la mira de reojo. No sabría decir si ella entendió lo que le ha dicho sobre su deseo de que no se volviera al sur, o si se hizo la desentendida. Entonces, mirando hacia una de las fogatas, sin respirar hondo, ni contar hasta tres, ni nada, dice clara y perentoriamente, como pensando en voz alta:

—Cómo me habría gustado, en la vida, haber conocido a una mujer como usted.

Como ella no dice nada, luego de un momento carraspea bronquialmente y prosigue, despacito:

—Aunque tal vez no habría servido de mucho. Nunca he sabido como tratar a una dama. Toda mi vida he sido un solitario, un animal huraño. Tal vez por eso mis compañeros de calichera me dicen Jote. Aunque usted no me lo crea, ésta es la conversación más larga que he tenido nunca con una mujer.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

Cuando Gregoria Becerra, mirándolo directamente a los ojos, le toma una de sus manos ásperas, a Olegario Santana se le eriza el alma. Nunca en su vida ha sentido una sensación parecida. Nunca ha oído a su corazón machacar de manera tan desbocada. Si le parece sentirlo en la punta de la boca. «Usted es un hombre muy bueno, don Olegario», oye que le dice ella. Y cuando la oye agregar, sin dejar de mirarlo, que nunca es tarde para conocer a una mujer, él se da cuenta de que está sudando entero. Aturullado completamente, se mete la mano al bolsillo del paletó y vuelve a sacar su cajetilla de cigarrillos. Esta mujer de Dios lo confunde, lo hace olvidar su soledad, su despecho, su amargura con el mundo. «Esta mujer es el amor», se dice emocionado. Y tras encender un Yolanda, exhala el humo apurado, como ahogando un suspiro, o quizás un sollozo.

De pronto se dan cuenta de que los músicos y las parejas de amantes se han retirado a dormir hace rato, y que la cresta de la aurora ya comienza a vislumbrarse por los cerros del oriente. En su plática se han olvidado de la hora, de la noche y del mundo. No se han dicho nada comprometedor, no se han hecho ninguna promesa, pero el brillo en sus miradas es otro. Poco antes de que las primeras mujeres, desgreñadas de sueño, comiencen a trajinar por la penumbra de los patios preparando los fogones para el café, deciden irse a dormir.

—Más que sea por un ratito —dice ella.

Arriba, en la azotea, aún se ve la luz encendida.

Cuando, pisando en puntillas, entran a la sala, Olegario Santana y Gregoria Becerra ya no son los mismos; algo se les ha encendido por dentro. Antes de recostarse en el hueco que les han dejado sus hijos, ella lo mira y le susurra un buenas noches lleno de ternura. Él sólo atina a responder con un leve movimiento de cabeza. La emoción le ha pasmado la lengua. Al ir a acomodarse junto a Idilio Montano (que duerme con la pena de su amor plasmada en la expresión de su rostro), por el rabillo del ojo ve que José Pintor, un poco más allá, con las manos entrelazadas sobre el pecho como los muertos —«o como deben dormir los sacerdotes», se dice en sus adentros—, está completamente despierto y lo mira con una fijeza afiebrada.

—Pareces un cura con insomnio —le dice Olegario Santana. Y se echa a dormir de espaldas y con su paletó puesto.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

14

El jueves la escuela Santa María era un volcán a punto de hacer erupción. Todo el mundo aguardaba con inquietud el arribo del crucero de la Armada Nacional, «Ministro Zenteno», que traía a bordo al Intendente, señor Carlos Eastman. Para los pampinos la llegada de la primera autoridad provincial significaba la solución final del conflicto y la esperanza de que al fin íbamos a poder volver a nuestras labores en las calicheras.

Y es que la amargura y el desencanto habían hecho plaza entre los huelguistas, y el olor de la desesperanza se comenzaba a colar como un tufillo rancio por los intersticios del ánimo. Y no era para menos. Iban cinco días y cinco noches de resistir en la ciudad sin haber logrado absolutamente nada de nadie. Y para enfriar aún más el ardor de nuestro espíritu, pese al intenso trabajo de las comisiones de orden y aseo, era tal la cantidad de gente que había llegado desde las salitreras que ya habían comenzado a producirse problemas graves de convivencia al interior del establecimiento.

A esas alturas ya sobrepasaban los ocho mil los pampinos arranchados en sus dependencias, sin contar los que repletaban la carpa del circo, los que copaban el terreno baldío de la plaza Montt y los casi tres mil alojados en los galpones y bodegas prestados por sociedades y personas particulares, la mayoría de los cuales iba a comer al recinto escolar. De manera que la repartición de vituallas se estaba haciendo una tarea casi imposible de llevar a efecto con la calma y la sensatez de los primeros días. Por alcanzar algo de comer —especialmente para sus hijos pequeños, siempre llorando de hambre—, los huelguistas, hombres y mujeres, convertidos en verdaderos animales de rapiña, se apelotonaban en unas trifulcas sin orden ni concierto en cada una de las repartijas diarias. Desesperados, empujándose unos a otros sin ningún respeto, en más de una ocasión se había llegado a los insultos y a los golpes incluso entre amigos y compadres de las mismas oficinas. Más encima, y como para quebrantar nuestras últimas reservas de voluntad, el interior de la escuela poco a poco iba siendo invadido por un hedor que hacía irrespirable el aire y estaba convirtiendo el local en un verdadero foco de insalubridad, peor que el más cochambroso vividero de pobres del puerto. Y es que sucedía que algunos bellacos amalditados de entre nosotros mismos, pasando por alto las más elementales normas de respeto y

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

convivencia, no estaban teniendo ningún escrúpulo en sacarse la pinga o bajarse los pantalones para guanear, ya no en la oscuridad de las calles aledañas, sino al interior de los mismos patios de la escuela. Y como para coronar todo esto, en los últimos días se venían recibiendo quejas respecto a que algunas parejas de casados, sin la más mínima consideración por la moral y las buenas costumbres, no tenían ninguna clase de miramientos en intimar durante las horas de la noche, en medio de las demás personas que dormían a su alrededor. Todo esto sin contar que hasta ese momento los magnates salitreros no habían dicho ni chus ni mus respecto a nuestro petitorio. Por todo eso se esperaba con ansias la llegada del Intendente, para exigir de una vez por todas, fuera para bien o para mal, una solución categórica a nuestro conflicto.

De modo que ese día fue de gran agitación en la escuela y en las calles de Iquique. Por un lado se veía llegar al puerto buques que desembarcaban más fuerzas militares, y por el otro, no paraban de llegar de la pampa trenes repletos de operarios en huelga. Como el convoy compuesto de trece carros planos y una bodega de ganado enganchado a la cola que, lleno de obreros vociferantes, llegó a la estación a las dos de la tarde, después de un viaje que había durado toda la noche. En el tren venía todo el contingente de huelguistas de los centros de trabajo de Negreiros, Huara, Pozo Almonte y Central. En el andén de la estación, además de la habitual multitud bulliciosa y entusiasta, los nuevos compañeros fueron recibidos oficialmente por algunos integrantes del Comité Central que les recomendaron, como siempre, el mayor orden y respeto posible en su estadía en Iquique. «El orden y el respeto son las bases primordiales para obtener el triunfo final de nuestras aspiraciones», les expresaron en grave tono los dirigentes. Hablaron enseguida dos representantes de los recién llegados, haciendo igual observación y adhiriéndose totalmente al movimiento reinvindicatorio que se llevaba a cabo. «Movimiento que, por si alguno lo duda —dijeron animosos los hombres—, está haciendo historia en los anales de la pampa salitrera». Terminado el acto, todos los huelguistas, formando un bloque de casi doce mil personas, tomamos rumbo hacia las dependencias de la escuela Santa María. La cerrada columna avanzaba copando las calles de acera a acera, llamando la atención una gran bandera blanca que iba presidiendo la marcha, una bandera de seis metros de largo por cuatro de ancho, confeccionada con retazos de popelina y crea de hacer sábanas, y que los obreros desplegaban y mostraban felices y ufanos como el símbolo universal del orden y la paz. La enorme masa de gente fue recibida en la entrada de la escuela por el propio Comité Central en pleno que, asomados a los balcones del altillo, ornados de banderas y pendones gremiales, les dieron la bienvenida. Aquí también, varios de los recién llegados hicieron uso de la palabra, destacándose entre todos ellos un obrero de Huara, un joven con cara de ilustrado quien en una aplaudida alocución comparó al hombre pampino con el indómito cóndor de los Andes. Que todos los animales de la tierra, dijo, se escondían y replegaban ante la fuerza y la furia de la tempestad; incluso el león, rey de los animales, se metía en su guarida asustado al ruido pavoroso de los truenos. «Sólo el cóndor —declamó en tono florido—, el imponente cóndor de los

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

Andes, emblema de nuestro escudo patrio, cruza majestuoso el espacio tronante de los cielos». Cerró el mitin el presidente del Comité Central, José Brigg, quien, luego de un sucinto discurso, netamente laboral, indicó a los que estábamos alojados en la escuela que debíamos ser solidarios y abandonar el recinto por un rato, para así dar espacio a los hermanos recién llegados, que bien se merecían un descanso.

A eso de las tres de la tarde, tal como habían anunciado los diarios locales, el crucero Ministro Zenteno arreó anclas en la bahía. Entre las autoridades que esperaban en el muelle se encontraba el Intendente suplente, el primer Alcalde de la ciudad, el Gobernador Marítimo y el vicario apostólico, señor Martín Rücker. Momentos más tarde, en la falúa de gala del hermoso navío, que recién regresaba de un viaje por Europa, desembarcaban los ilustres pasajeros, todos luciendo impecables en su vestimenta, pero con una lividez mortal en el rostro que denotaba los tres días de navegación con mar brava.

Junto al Intendente venía el Jefe de la Primera División, general Roberto Silva Renard y otros jefes del ejército. Tras hacerle los saludos de ordenanza a cargo de la marinería del Blanco Encalada, más un batallón de los Regimientos Rancagua y uno del Granaderos, la tropa disponible de la guarnición abrió calle en medio de la multitud, y la comitiva dirigió sus pasos desde el muelle hasta el edificio de la Intendencia, en la calle Baquedano.

Encaramados en las grandes rumas de sacos de salitre que se amontonaban en el puerto a causa de la huelga de los lancheros, o subidos sobre los techos de bodegas en las cuales se destacaban los grandes caracteres de las casas Lockett Bros, y Ca., Inglis Lomax y Ca. y Gildemeister y Ca. —firmas inglesas y alemanas que habían monopolizado la industria salitrera—, los huelguistas pampinos aclamaban al Intendente, un anciano de porte aristocrático, de pelo cano y bigotes de columpio. Era tanta la algarabía que, de pronto, su aire distinguido se vio gravemente tocado cuando la gente, rompiendo el cerco de los soldados, lo levantó y lo llevó en andas hasta la misma entrada de la Intendencia. Incómodo, mareado por el vaivén del tumulto, sonriendo a la fuerza, el señorial anciano trataba de alzar una mano desde lo alto en constreñido gesto de saludo.

—¡Los que van a morir te saludan, hijo de la grandísima! —refunfuña Olegario Santana al verlo pasar frente a él.

Inmersos en el gentío, sus amigos lo miran extrañados. Domingo Domínguez le palmotea el hombro amistosamente y le dice que no tiene que arrebatarse tanto el viejito de los jotes, que hace mal para el malacate. José Pintor, que no le ha dirigido la palabra durante todo el día, y que en las conversaciones, sin siquiera sacarse el palito de la boca, asiente o disiente sólo con gruñidos, nada más lo mira de reojo y luego desvía la mirada. Por su parte, Idilio Montano, que no ha entendido ni palote la sentencia del calichero, le pregunta a Domingo Domínguez que qué diantres ha querido decir don Olegario con aquello de que «los que van a morir...»

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

—Significa que el pesimismo de Olegario Santana no tiene remedio —responde el barretero.

Después, mientras marchan de mala gana tras la procesión que acompaña a las autoridades hacia la Intendencia, casi al llegar a la Plaza Prat, Idilio Montano, que se había quedado mirando los sombreros de una vitrina, los alcanza para decirle, con expresión enconada, que en la puerta de una tienda casi se ha fajado a golpes con unos pijes que estaban comentando que los únicos culpables de la pobreza en que se halla esta manga de rotos de la pampa, son ellos mismos, con sus huelgas inútiles, sus marchas de mártires y sus reclamaciones absurdas.

—No te acalores, muchacho —replica Domingo Domínguez—, ésos no son más que una tracalada de guarangos.

Y alzando la voz, inspirado y teatral, dice que venir a enrostrarles a los pampinos que las huelgas son la causa de sus males, es como reclamarle a los árboles que el viento es originado por el movimiento de sus ramas.

Cuando en la Intendencia el señor Carlos Eastman se asoma a los balcones y dirige unas palabras a la muchedumbre que lo ha acompañado en el trayecto desde el muelle, los amigos, con el ánimo amostazado, son casi los únicos que no aplauden ni vitorean un carajo a la autoridad.

«Pueblo de Tarapacá —comenzó diciendo en tono de afecto el gomoso anciano—: Os saludo a todos. Vengo, puede decirse, llamado por vosotros a ver el modo de arreglar amistosamente las dificultades suscitadas entre obreros y patrones. Espero que en compañía de los hombres de buena voluntad, hemos de llegar al fin deseado, y al que todos aspiramos —aquí el hombre hizo un pequeño silencio para provocar y oír los aplausos de la multitud—. Voy a imponerme de vuestros deseos. Traigo la palabra oficial del Presidente de la República, don Pedro Montt, en cuanto a este ideal, y al mismo tiempo a que todos trabajemos por el bienestar de la Provincia. Debo deciros que no pensaba volver, y me habéis hecho desistir de ello. Ayudadme entonces, entre todos, a contribuir a la tranquilidad general. Como acabo de decir, espero que surja una resolución pronta y que mi palabra leal y mis deseos desinteresados traigan armonía a esta provincia».

Aunque la mayoría de los pampinos no sacamos nada en limpio de sus palabras, igual al final del discurso se oyó una aclamación estruendosa. Al fin y al cabo el Intendente era nuestra última esperanza.

Como en los ajetreos y ceremonias formales del desembarco el grueso de la muchedumbre sólo clavó sus ojos en la persona del señor Intendente, fuimos pocos los que reparamos en los demás próceres que conformaban el resto de la comitiva. Y a los que así lo hicimos, nos atrajo principalmente la atención el general Roberto Silva Renard, quien bajó a tierra casi de los últimos, inspeccionando y vigilando personalmente el desembarco de su hermoso caballo blanco. Los que nunca antes lo habíamos visto, vimos a un militar enfundado en un uniforme destellante, a un soldado de mirada dura, bigotes de Kaiser y un

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

soberbio gesto de prócer victorioso. Algunos de los huelguistas más viejos, que algo sabían de él, nos contaban que el general había participado en la Guerra del Pacífico enrolado de voluntario en el regimiento número 2 de artillería. Otros decían que al terminar el conflicto bélico había seguido prestando servicio al ejército, y que al iniciarse la Guerra Civil de 1891, ya destinado en el Estado Mayor, se plegó al bando de los Congresistas y combatió en contra del Presidente Balmaceda. Los más enterados de su carrera militar completaban la información diciendo que en octubre último, o sea apenas dos meses atrás, había sido nominado Comandante en Jefe de la Primera División con sede en Iquique, pasando a ser el único responsable de las fuerzas militares desde Arica a Copiapó. Pero lo que todos los pampinos sabíamos muy bien, y nos lo recordábamos uno a otro con recelo, porque nos incumbía de manera directa, era que hacía apenas tres años a la fecha, Roberto Silva Renard, ese mismo general que ahora pasaba altivo frente a nosotros, había comandado una sangrienta operación represiva contra los obreros del salitre en el interior del puerto de Tocopilla.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

15

Cerca de las cinco de la tarde, después del recibimiento al Intendente, el carretero José Pintor, que en el tumulto de la concentración se había separado de los amigos, llega a la escuela con la noticia del fallecimiento de dos niños pampinos alojados en un galpón de la calle Sargento Aldea. «Son de los que llegaron con nosotros en la marcha desde Alto de San Antonio», dice conmovido el carretero. Que los niños se habían enfermado a causa del esfuerzo y la fatiga del viaje y habían muerto hoy al amanecer. Uno era hijo de un operario de la oficina Santa Ana, antiguo amigo suyo, y el otro, según le han contado, era el hijo único de un trabajador de la oficina Esmeralda. Lo más penoso de todo este frangollo, termina diciendo el carretero al invitarlos a que lo acompañen al velatorio, es que las familias de los niños fallecidos se hayan en la más completa indigencia y necesitan del auxilio y la solidaridad de todos los pampinos de ley. «Espero que al amigo Olegario no le venga dolor de guatita y pueda acompañarnos también», termina diciendo ácidamente José Pintor.

Olegario Santana arruga el ceño.

—¿Y a este qué bicho lo picó? —murmura extrañado.

—Como a usted, pues, ganchito —dice visiblemente malamistado el carretero—, ahora en vez de salir le ha dado por quedarse a pollerear en la escuela.

—Lo que pasa es que José Pintor está celoso, compadre —dice riendo Domingo Domínguez— ¿O acaso no se había dado cuenta?

Olegario Santana no dice nada.

Al llegar al velatorio se encuentran con que la pequeña casa está repleta de pampinos. Además de Esmeralda y de Santa Ana, han llegado acompañantes de varias otras oficinas; tanto así que ya han desbordado la pieza mortuoria, los pasillos y hasta el patio de la casa en donde, en medio de un ruedo de gente conmovida, se oye la voz del cieguito Rosario Calderón recitando: «... *nací en una vieja mina I donde no hay aves ni flores I soportando los calores I y el frío que me trasmina I yo mismo labré mi ruina I trabajando sin cesar I contento de acaparar I riqueza al explotador I soy la negra y triste flor I que mi llanto hizo brotar...».*

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

Allí, en medio de la concurrencia, los amigos se encuentran con Gregoria Becerra y sus dos hijos. Ella también es amiga de la familia de la oficina Santa Ana. «Incluso estuve a punto de ser madrina del niño muerto», dice con rostro acontecido Gregoria Becerra.

Cuando en medio del velorio, los obreros deciden hacer una recaudación para ayudar en los gastos de las exequias, son pocos los que pueden cooperar con dinero en efectivo. La mayoría sólo puede aportar con algunas fichas. Por lo mismo, los amigos se extrañan enormemente cuando Olegario Santana, tras desaparecer por un rato, aparece con un flamante billete de cola larga que dona enterito para la colecta. Ninguno entiende de dónde ha sacado tamaño billete, ni él dice nada.

En el rincón de la capilla ardiente en donde los amigos se han instalado a hacer compañía, se conversa en voz baja sobre el impúdico discurso de los propietarios salitreros tendientes a convencer a los funcionarios del Estado, y en particular a los de Gobierno, de que nuestro movimiento huelguístico no se justificaba bajo ninguna circunstancia. Que lo alegado no era alegable, que carecía de toda justicia. Que además era perjudicial para el erario público, para la integridad del territorio y para la convivencia y el bienestar de la población. «Estos antipatriotas ponen su salario por sobre los grandes intereses del país», reclamaban muy sueltos de cuerpo estos descocados del diantre. Y para redondear todo este sarcasmo, aseguraban que el movimiento era impopular. O sea que, según ellos, la mayoría de la población, incluidos los mismos que participábamos en la huelga, no la deseábamos. Estos caballeritos tenían la desfachatez de decir en los editoriales de sus diarios oligarcas, que los obreros de la pampa ganábamos unos salarios altísimos, que vivíamos muy bien y muy contentos de nuestra suerte. Y que si nos quejábamos era de puro satisfechos. A tanto llegaba el cinismo de esta tracalada de bribones, que habían llegado a idealizar la vida en la pampa asegurando que el clima allí era de lo más agradable que había en el país. Que no hacía ni frío ni calor, y que la mayor parte del día corrían unas brisas más saludables que en el propio litoral.

Alguien en el velorio trajo a colación entonces a Fray K. Brito, un versero barato, portavoz de la burguesía iquiqueña, quien había escrito unas crónicas en donde se decía algo parecido. Decía este tunante, con todas sus letras, que el clima de la pampa era tonificante y benigno, y que no entendía a esos especuladores que la llamaban la «Siberia Caliente». «*Es verdad que desde el amanecer* —se leía en una de sus crónicas— *brilla el sol desparramando sobre la pampa sus rayos de oro y calentando la tierra, pero al fin y al cabo el calor es vida».*

—¡Ese no es más que un reverendo hue... mul! —estalla un veterano calichero de la oficina Esmeralda, arrepintiéndose de completar el improperio por respeto a las criaturas muertas. Y tratando a duras penas de no vociferar, ahogado de una bronquial tos silicosa, reclama que ya le gustaría ver a ese poetita

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

tiñoso machando caliche a las dos de la tarde, tragando tierra que es un gusto y sudando como bestia bajo esos vivificantes rayos de oro.

Cuando más tarde en el velatorio corre la noticia de la llegada de más soldados, y alguien dice que son tropas del regimiento O'Higgins y que han desembarcado con una gran banda de músicos a la cabeza, el comentario general deriva entonces en cómo, desde el mismo día lunes, la ciudad se ha ido copando de regimientos. «Esto ya parece campamento militar», comentan los más viejos, bisbiseando bajito. Y en verdad había llegado a ser tan abundante la presencia de gente armada en Iquique, que pocas veces en lugar alguno de la patria se había visto un conjunto tan diverso de tropas reunidas bajo un solo mando. Los más avisados del grupo comienzan a tratar de enumerarlas y llegan a la conclusión que las fuerzas acampadas en Iquique eran las del Regimiento de Artillería de Costa de Valparaíso; las del Regimiento O'Higgins de Copiapó; las del Rancagua de Tacna y, además de la marinería de los cruceros y de las fuerzas de guarnición de las naves, estaba también el Regimiento Granaderos y parte del Regimiento Carampangue. ¡Casi nada! Y es que, en realidad, tan vasto era el contingente de militares venidos desde afuera, que, unidos a los de la normal guarnición del puerto, le habían quitado el derecho a la propia policía de la ciudad, constituyéndose ellos mismos en patrullas. De modo que para nosotros ya no era ninguna sorpresa ver por las calles del centro a tropas a caballo y a pie patrullando incesantemente, de día como de noche.

Pero asimismo como iba desembarcando el contingente militar, más y más huelguistas seguían bajando de la pampa. Y a esas alturas de la semana ya no éramos los cinco mil que marchamos desde Alto de San Antonio, sino que ya íbamos bordeando las doce mil almas que, desperdigadas por todos los rincones del puerto, clamábamos y reclamábamos por un salario más equitativo y un trato más humano de parte de los industriales. Y la peregrinación de pampinos no tenía para cuándo parar. Tanto era así que, con todos los mítines sucediéndose uno tras otro en la escuela y en la plaza Montt, y con los miles de trabajadores recorriendo las calles, ya la mayoría luciendo todos sus alfileres: vistiendo traje, sombreros de coliza y haciendo girar en el dedo las leontinas de sus relojes de bolsillo —los que habían llegado con lo puro puesto habían comprado o mandado a buscar sus ropa a la pampa—, de pronto el ambiente duro del conflicto adquiría carácter de fiesta. Y es que a veces nos olvidábamos por completo de por qué estábamos allí, y embriagados de la brisa salobre, arrobados por los crepúsculos marinos, contagiados del colorido y la animación de las calles iquiqueñas, una alegría nueva nos embargaba el alma, una alegría que jamás antes habían sentido nuestros corazones en aquellas peladeras calcinadas de la pampa. Y era tan sana e ingenua nuestra alegría, y tan justo y fundado creíamos el conflicto, y tanta confianza teníamos en las autoridades civiles y militares, que muchas veces nos sorprendíamos saludando pañuelo en mano y aplaudiendo con entusiasmo infantil el paso marcial de los soldados en sus rondas de vigilancia por las polvorosas calles adyacentes a la escuela.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

Y mientras Olegario Santana y sus amigos, inmiscuidos en la conversación, discuten acaloradamente estas y otras cuestiones relativas a la huelga y al descarado descomedimiento de la canalla explotadora, y Gregoria Becerra en la otra pieza ayuda piadosamente a las mujeres de la casa en los menesteres del velatorio, Idilio Montano se ha ido acercando de a poco hasta el rincón en donde están sentados Liria María y Juan de Dios.

La muchacha, que aún no lo ha visto, con las manos entrelazadas sobre las faldas y una expresión de ausencia en el rostro, tiene los ojos clavados en los pequeños ataúdes blancos. Idilio Montano siente que es ahora o nunca. Algo le dice que es el momento preciso para hablar a la joven. Una especie de revelación le hace entender en un instante que la Vida, la Muerte y el Amor son como frutos de un mismo árbol, minerales de una misma piedra, palabras de un mismo conjuro. De modo que si había terminado de conquistar el corazón de Liria María durante el fragor de un nacimiento, perfectamente, se dice esperanzado, lo podría recuperar en el transcurso de un velatorio.

Una vez instalado junto a ella —con la complicidad de Juan de Dios que le ha hecho un ladito en la larga banca de madera bruta—, el volantinero estira una mano temblorosa para posarla sobre las de ella. La joven, como sumida en un limbo de tristeza infinito, quitando apenas los ojos de los cajoncitos fúnebres, no hace ningún ademán de retirarlas. Él siente una alegría que le hace burbujear el vientre.

—Gracias —le susurra emocionado.

Ella baja la vista, sonrojada. El olor a flores y a cirios derretidos le cohíben la alegría que siente en su espíritu.

—No sabe cómo he sufrido estos días —susurra de nuevo él.

—Yo también —dice al fin ella, susurrando a su vez y sin levantar la cabeza.

Él entonces le aprieta con fuerza la mano y siente unos deseos locos de besarla. Pero están en un velatorio y debe contenerse.

—Lo único que le pido es que nunca más en la vida dejemos que algo nos separe —dice ansioso.

Liria María lo mira con todo el amor del mundo brillándole en los ojos, y mueve la cabeza en señal de asentimiento.

—Jurémoslo aquí mismo —susurra él, arrebatado de amor—. Jurémoslo ante los ataúdes de estos dos angelitos muertos.

Entonces se quedan mirando a los ojos largamente y, luego, formando una cruz con los dedos índice y pulgar, y llevándosela a los labios —mientras Juan de Dios se los queda viendo con la boca abierta—, juran por Dios y por la Virgencita de la Tirana, que nunca más en la vida, querida mía; nunca más en la vida, amado mío, nada ni nadie los iba a volver a separar jamás. Ni siquiera la muerte.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

Cuando, pasado las ocho de la noche, Gregoria Becerra se retira del velatorio junto a sus hijos, Idilio Montano va con ellos. Al verlos salir, Olegario Santana quiere acompañarlos, pero Domingo Domínguez le reprocha que aún es temprano y que eso es ser poco solidario con el dolor de los compañeros dolientes. Que está bien que se haya enamorado a estas alturas de la vida, pero que no se venga a poner amajamado, el compadre.

—¡No les digo que está hecho un pollerudo sin vuelta! —se mete, sin ocultar su bronca José Pintor.

Y dirigiéndose directamente a Olegario Santana, sentencia con gesto hosco:

—Además, me parece que puso el ojo en el cuero equivocado, amigo Olegario.

—¿Y por qué lo dice, amigo Pintor? —pregunta Olegario Santana, ya en franco tren de amostazamiento—. ¿Acaso ese cuero es suyo?

—¡Ahora no se van a pelear por una mujer, pues, carajos! —se atraviesa por delante Domingo Domínguez—. Acabo de encontrarme en el patio con la Confederación Perú-boliviana, y el parcito anda convidando con una botella de aguardiente que no quieren decir de dónde diantres la sacaron. Propongo fumar la pipa de la paz y partir a pecharles unas gorgorotadas.

Cerca de las diez de la noche, ya con los ojos encandelillados por los tragos de aguardiente —tragos que en el patio de la casa los Confederados reparten rumbosamente, con una generosidad y una prodigalidad digna de toda sospecha—, los amigos deciden irse a seguir la tomatina más en privado. Pero antes, Domingo Domínguez le quita la botella de aguardiente al confederado boliviano, y agarrándola por el cogote y diciendo que para ser tantos los bebedores parece milagrosa la bellaca, la vacía completamente, de un solo envión.

—¡Este chileno tiene güergüero de jote! —rezongan a coro los confederados.

—¡Hay que aprovechar de tomar antes de que nos emborrachemos, pues, hombre! —lo defiende riendo José Pintor.

—Esperemos un rato más y nos vamos al prostíbulo de la otra noche —dice Domingo Domínguez, luego de ahogar un eructo—. Ese es uno de los pocos boliches que la policía aún no ha descubierto.

—Claro, donde la tal Yolanda —dice José Pintor—. A ver si al encontrarse con la pájara de los ojos amarillentos, al amigo Jote se le quita la calentura por la señora Gregoria. Aunque capaz que ahora encuentre que la chimbera no está a su altura. Como no es una mujer muy casta que digamos.

Domingo Domínguez salta en el aire y, con la voz traposa y el índice en ristre, dice, mundanal:

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

—¡Ya no hay mujeres castas, compadre Pintor, sólo mujeres no-solicitadas!

Cuando los amigos se están retirando del velatorio, los Confederados los detienen a la salida. Completamente achispados, haciendo musarañas y gestos misteriosos, se los llevan hacia un lado y, bajando sibilinamente la voz, los invitan a que se vayan con ellos a seguir bebiendo y «a barba regada», dicen. Bailoteando su palito entre los dientes, José Pintor pregunta que a dónde diantres piensan ir a seguir con la tomatina si todos los boliches de este puerto de mierda se hallan cerrados como por duelo.

—Y el prostíbulo de Yolanda atiende pasado las doce de la noche —recalca Domingo Domínguez.

Los confederados se miran divertidos. Después, riendo una torpe risa de dientes verdes, el boliviano dice que no sean pendejos los chilenitos, que sólo tienen que cerrar sus bocotas hediondas a abrómicos y seguirlos: «Encontramos la Cueva del Tesoro», les secretea al oído el peruano.

En tanto, al llegar a la escuela, Gregoria Becerra con sus hijos y el joven Idilio, se hallan con una escandalera de padre y señor mío. Bilibaldo, el monito de la bailarina del circo se ha escapado hacia el recinto y todo el mundo, presa de excitación, lo busca y llama por su nombre. Cuando, bajo la luz anémica de los faroles del primer patio, alguien lo divisa cabriolando sobre la pérgola, se produce un festivo tumulto enrededor. El contorsionista de la risa vitrificada trepa ágilmente y tras varios intentos, que causan gran jolgorio entre el público, logra atraparlo por la cadenilla. Con él en brazos, el artista salta de la pérgola regalándole a los presentes una mortal voltereta en el aire. Entre los gritos de admiración y el aplauso entusiasta de la gente, la bailarina lo premia con un sonoro beso en la boca y, tras hacer, ambos, una graciosa reverencia circence, salen tomados de la cintura. Para los pampinos, que por un rato han olvidado los problemas del conflicto, esta ha sido la mejor función de circo que han presenciado en mucho tiempo.

Al ver a los artistas salir abrazados como novios, Idilio Montano y Liria María, parados a la entrada de la escuela, se miran a los ojos y, sin decir nada, se toman fuertemente de la mano.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

TERCERA PARTE

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

16

A primeras horas de la mañana del viernes, en la azotea de la escuela se nombró una comisión para que fuera a saludar y dar la bienvenida al señor Intendente, en nombre del Comité Central y de todos los trabajadores venidos desde la pampa. La primera autoridad recibió a los dirigentes dentro de un trato más bien hosco y descortés —que no iba de ningún modo con el tono conciliador de su discurso de llegada—, y tras un breve intercambio de palabras los despidió sin más trámites de su despacho. Lo único que hizo fue advertirles gratuitamente que las fuerzas bajo su mando estaban dispuestas y tenían todos los medios necesarios para asegurar la paz y la tranquilidad de la ciudadanía de Iquique y la de toda la provincia, bajo cualquier circunstancia. Después, cerca de la una y media de la tarde, supimos que el Intendente se había entrevistado también con los industriales salitreros, y que en esa conversación, a la que asistió el general Roberto Silva Renard —quien se había mostrado particularmente mordaz con las razones del conflicto—, no se resolvió absolutamente nada. Los industriales se emperraron en su posición infranqueable de que, para tomar cualquier iniciativa respecto de un arreglo, los obreros primero debían volver a sus faenas en la pampa. Además, habían aprovechado la ocasión para advertir marrulleramente a la autoridad sobre lo peligroso que resultaba para los ciudadanos extranjeros, y en general para todos los habitantes de Iquique, la situación creada por la invasión de los pampinos, manifestándole con insidia que temían seriamente por sus vidas y la invulnerabilidad de sus bienes y propiedades privadas.

En verdad, en los últimos días, merced a la inmensa muchedumbre de huelguistas que nos habíamos tomado las calles y paseos del puerto -—«cual de todos más cerril y abrupto», decían las señoritas de sociedad, sonrojándose detrás de sus abanicos—, había cundido la alarma en gran manera entre los vecinos principales. Sobre todo entre las encopetadas señoras de las colonias extranjeras. Sin embargo, todos sabíamos que los rumores de posibles desórdenes se habían maquinado y echado a correr desde los mismos salones del Club Inglés, y con tan hábil trapicheo que para ese viernes el temor ya había llegado a convertirse en pánico desatado entre las familias de alta alcurnia. Y ya era un secreto a voces que muchas de ellas, aterrorizadas por la situación reinante, habían abandonado sus hogares para buscar refugio en los buques surtos en la bahía; incluso se sabía

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

de algunas familias que se habían desplazado hasta el puerto de Arica, distante cuatrocientos kilómetros de Iquique. Se decía, arteramente, que en cualquier momento los pampinos podríamos arremeter en un saqueo general a la ciudad, con toda la violencia y los horrores que una acción de esa naturaleza implicaba, es decir: robos, muertes, violaciones y secuestros de niños y mujeres. Que «esa caterva de rotos», como se nos trataba en los corrillos de la vida social, enfebrecidos por la furia de no poder lograr lo que pretendían, podrían llegar a la salvajada de incendiar la ciudad entera, manzana por manzana y casa por casa. Y el recuerdo del dantesco incendio acontecido hacía sólo unas cuantas semanas en el centro de Iquique, espeluznaba aún más a la medrosa aristocracia local.

Y para atizar más todavía el pánico de la población, el gringo John Lockett, dueño de varias oficinas salitreras, y superintendente de los bomberos, institución a la que la Intendencia había armado de carabinas, y entregado la custodia de las propiedades privadas y de los estanques de agua, andaba asegurando al que lo quisiera oír que en caso de enfrentamiento entre huelguistas y militares, gran parte de la tropa uniformada se negaría a disparar sus armas. Que a última hora los soldados se pondrían de parte de los huelguistas, pues la mayoría de ellos eran hijos de obreros, y por lo mismo no iban a disparar sobre los que podrían ser sus propios padres, tíos o hermanos.

Pasado el mediodía, cuando faltan poco minutos para las dos de la tarde, Olegario Santana y sus amigos hacen su entrada en el patio de la escuela. Aunque los tres vienen recién peinaditos, traen sus trajes hecho una miseria y las musarañas de la borrachera incrustadas aún vivas en sus facciones.

Había resultado que la Cueva del Tesoro era una habitación del conventillo El Obrero, a sólo una cuadra de la escuela, en donde los confederados descubrieron que vivía un boliviano que antes había trabajado de cachorrero en la pampa y que ahora se dedicaba a vender aguardiente falsificado. Y los amigos se quedaron allí bebiendo hasta la misma salida del sol. Olvidados por completo del tema de la huelga, discutieron sin parar, durante toda la noche —a propósito del enamoramiento de Idilio Montano y de Olegario Santana— nada más que de las *señoras mujeres* y sus nefastas consecuencias en la vida de los pobrecitos hombres. Y al amanecer, antes de echarse a dormir un rato en el suelo, sobre unos sacos de gangocho cedidos por el dueño del sucucho, habían logrado sacar en limpio y concordar en tres verdades inapelables: que la mujer bella era un peligro para los hombres; que la mujer fea era un peligro y a la vez una desgracia; y que, irrefutablemente, el mejor adorno de todas ellas, feas o bonitas, era el silencio.

Al ingresar a la escuela, tomando toda clase de precauciones para no encontrarse de sopetón frente a Gregoria Becerra —la matrona podría enrostrarles su mala conducta delante de todo el mundo—, los amigos encuentran que un olor raro impregna el ambiente. Luego descubren que es olor a creolina. Había ocurrido que ese día, temprano por la mañana, a pedido de los dirigentes, la Policía del Aseo del Laboratorio Químico Municipal se hizo presente en la escuela

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

para desinfectar los baños y cada una de las aulas, en previsión de posibles brotes de epidemias. Y es que la promiscuidad y el hacinamiento en la escuela había llegado a tal extremo, que ya se hacía imposible de soportar, por más que se estuviese acostumbrado de toda la vida a los rigores de la pobreza, como lo estábamos nosotros. Pero las cosas andaban tan mal que la mayoría pensaba que si el conflicto no se resolvía luego, íbamos a terminar *entregando la herramienta* de todas maneras. Tal vez no a causa de una epidemia, pero sí de hambre, pues en los últimos días estábamos subsistiendo gracias nada más que a la concordia y la buena voluntad de algunos dueños de almacenes y factorías que seguían colaborándonos y auxiliándonos con vituallas, principalmente con porotos, papas y charqui de caballo.

Entre la gente que trajina en el primer patio, los amigos no divisan ni a Gregoria Becerra, ni a sus hijos, ni a Idilio Montano. Y tampoco los encuentran en la sala en donde duermen. Allí sólo se halla el matrimonio de la oficina Centro, que no sale a ninguna parte cuidando de su hija enferma. Aunque la mayoría de las mujeres tratan de no salir mucho del recinto, y se quedan cocinando o haciendo aseo, o cuidando los niños y los bártulos, Gregoria Becerra sí lo hace. Además de trabajar como todas en las tareas domésticas de la escuela, es una de las pocas mujeres que, codo a codo con los hombres, asiste a los mitines y va a la estación a recibir a los que llegan de la pampa.

Al ver asomar a los amigos en la puerta, la madre de Pastoriza del Carmen, con la niña acunada en los brazos, les alarga un paquete hecho en papel de envolver, todo manchado de grasa: «La señora Gregoria ha salido —les dice—, y me ha dejado el encargo de entregarles estas sopaipillitas». Cuando al rato entra Juan de Dios preguntando si ha llegado su madre, los amigos ya han comido y están terminando de fumarse cada uno su cigarrillo. El niño les cuenta que en la azotea están todos con el ánimo encapotado, pues las cosas no marchan bien con el señor Intendente. Cuando Olegario Santana, de manera desganada, le pregunta que a dónde ha ido su madre, el niño dice que ella y su hermana fueron a una casa de por ahí a la vuelta, en donde le prestan el baño. «Andan con mi cuñado, el volantinero», dice risueñamente.

Sucedía que, además de los hogares que albergaban a sus familiares o amigos venidos de la pampa, había gente de casas particulares, aledañas a la escuela, que solidarizaban diariamente con los huelguistas —sobre todo con las mujeres—, prestándoles el baño, llenándoles las botellas de agua o haciéndoles remedios caseros a los niños enfermos. A veces hasta invitando a comer a familias completas. Y es en una de estas casas que Gregoria Becerra y su hija Liria María están yendo a asearse y a usar el baño desde hace dos días. La familia, de la que se han hecho muy amigas, está compuesta por el matrimonio y sus siete hijos, tres hombres y cuatro mujeres. Uno de los hijos mayores es preceptor en la escuela Santa María, y les ha contado que los más felices con lo que está ocurriendo son precisamente los niños iquiqueños, pues la huelga les está librando de los exámenes de fin de año.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

Mientras esa tarde Gregoria Becerra se queda más de la cuenta conversando con las mujeres de la casa, Idilio Montano y Liria María se dan una vuelta por el centro. Embellecidos por la reconciliación, los jóvenes caminan mirándose con una languidez que inspira lástima en el corazón de los transeúntes. Y es que ya se sienten novios de verdad, oficial y públicamente. Por la noche, al llegar del velatorio, antes de tenderse a dormir, Idilio Montano había apalabrado a la madre, y ésta, al ver a ambos llorando de amor, les dio finalmente su consentimiento para que se vieran como «enamorados con permiso». Sus ojos rebozaban de ternura cuando, abrazándolos, les dio su bendición. «Los amores nuevos son como niños recién nacidos —les dijo—: hasta que no han llorado no se sabe si realmente viven».

De modo que cuando Gregoria Becerra llega a la escuela, Olegario Santana y sus amigos ya no están allí. Enterados de que el Comité Central se iba a reunir de nuevo con el Intendente, y que después se haría un mitin en la Plaza Prat para dar a conocer los resultados de la reunión, los hombres habían partido de inmediato. De esa manera, además de demorar el temido encuentro con la matrona, aprovechaban de capear un poco el opresivo hormiguero en que estaba convertida la escuela, pues aparte del olor a desinfectante, los amigos encontraron que ya no se podía estar de tanta gente nueva que trajinaba en ella.

Y es que durante todo el transcurso del día habían seguido llegando grupos de huelguistas provenientes de las más diversas oficinas salitreras. Eran verdaderas riadas de obreros las que bajaban desde el interior del desierto. En las primeras horas de la mañana hicieron su entrada a la ciudad, molidos y fatigados hasta la extenuación, ochenta y dos trabajadores que habían caminado a pampa traviesa desde la oficina Aurrera. Poco después llegaron trescientos catorce huelguistas más, procedentes de Caleta Buena. Y antes de las nueve de la mañana, desde un fragoroso convoy conformado por diecinueve carros planos, en una zarabanda impresionante de gritos, cánticos y bombos, desembarcaron cerca de tres mil obreros provenientes de los pueblos de Negreiros y Huara. Estos últimos fueron recibidos por una multitud impresionante comandada por el dirigente Luis Olea, quien les dio la bienvenida de rigor, repitiendo una y otra vez los dos principios fundamentales que había que mantener mientras durara el conflicto: orden y compostura. Y sobre todo no beber una sola gota de alcohol, recalcó con ahínco el dirigente. Esto para no darle tema al diario *El Nacional* que en los últimos días había venido hostigando y hablando pestes de los huelguistas. Teníamos que demostrar al mundo entero que los trabajadores de la pampa formulábamos nuestros derechos laborales en claro estado de temperancia y, por supuesto, en pleno uso de razón. Y para terminar anunció que la Sociedad de Veteranos del 79, ciudadanos beneméritos de la patria, en un gesto que engrandecía aún más sus glorias en los campos de batalla, había puesto las dependencias de su local a disposición de los obreros recién llegados, ya que era imposible alojar a más personas en la Escuela Santa María.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

A las cinco de la tarde en punto se llevó a efecto la conferencia entre el Comité Central y el señor Intendente. El clima era de tensión y efervescencia. De entrada, los dirigentes le hicieron saber su profundo malestar por una campaña de provocaciones que se estaba llevando a cabo entre los huelguistas. Una campaña inescrupulosa que, como era de todos sabido, había sido montada por la policía secreta de Iquique. Le informaron en detalle de una partida de individuos bien montados y bien vestidos, que de ninguna manera eran pampinos, que andaban caldeando los ánimos y llamando a la gente a rebelarse en contra de los patrones y a cometer toda clase de desórdenes y desmanes públicos, recordándoles con bellaquería manifiesta que en la ciudad existían tiendas y joyerías abarrotadas de artículos caros y preciosos. Se tenían fundadas sospechas, le dijeron, que varios de estos individuos eran delincuentes sacados de los calabozos de la cárcel expresamente para que se infiltraran entre los huelguistas y armaran las camorras. Estas aseveraciones amoscaron al señor Intendente, quien, ya abiertamente en favor de los patrones, dijo que él, como autoridad de la provincia, no podía tolerar por más tiempo el estado de cosas que se estaba creando por nuestra obcecación. Acto seguido, comunicó que la resolución final de los patrones era no continuar con las conversaciones si no volvíamos de inmediato a la pampa a reanudar las faenas. Y que eso era todo.

Cuando minutos más tarde, ante la multitud reunida en la plaza, José Brigg dio cuenta de las condiciones últimas que los industriales imponían para negociar, una ola de frustración y descontento se extendió instantáneamente entre la masa trabajadora. Tanta ilusión nos habíamos hecho con la llegada del Intendente de planta, tanto habíamos soñado con un posible arreglo bueno para nosotros, que de nuevo nos sentíamos engañados. Ahí entendimos con claridad, y nos lo repetíamos unos a otros en el tumulto, que lo que se estaba imponiendo en el conflicto no era la justicia ni la razón, como debía ser, sino simple y llanamente el peso de las faltriqueras de los patrones.

Al término del mitin, cuando la gente comienza a desparramarse toda desencantada, pero convencida de espíritu que la huelga debía continuar hasta las últimas consecuencias, en medio del tumulto los amigos se encuentran de sopetón con Gregoria Becerra. Ahí ya les es imposible hacerle el quite. Con sus caras aún demacradas por los efectos del aguardiente, no tienen más remedio que enfrentarla y saludarla con la mejor sonrisita de inocente que cada uno es capaz de esbozar. Ella los saluda con frialdad, pero no les dice nada. Sin embargo, camino a la escuela, mientras por los cerros se ve bajando lentamente otro convoy con obreros de la pampa —convoy que la gente mira y apunta, ya casi sin ninguna gana de ir a recibirlo—, Gregoria Becerra se desborda y comienza a amonestarlos de viva voz y con una dureza extrema. Que parece que a ustedes todavía no les sale la muela del juicio; que ya va siendo hora de que se dejen de payasear y de andar emborrachándose como piojos todos los santos días; que si vieran el estado calamitoso que presentan con sus escabechadas caras de borrachos de poca monta, se les caería el pelo de vergüenza. «Más parecen una manga de

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

gamberros desahuciados que unos dignos trabajadores de la pampa», les dice encorajinada Gregoria Becerra.

Recortados contra el atardecer, sin decir absolutamente nada, con las manos atrás y la cerviz gacha, los amigos tranquean despacio, besando el azote.

Al aparecer en la plaza Montt, se dan cuenta de que todo el mundo está corriendo desesperado hacia la estación del ferrocarril. En medio del barullo se imponen de la noticia desconcertante que en el tren que está llegando ahora mismo de la pampa vienen algunos obreros muertos y otros tantos heridos. La noticia, que ha sido dada por teléfono desde Buenaventura, es que la tropa de soldados encargados del orden en esa oficina había disparado sus armas contra el convoy. «Abrieron fuego sin asco contra el tren atestado de obreros», repite la gente excitada.

Gregoria Becerra, sin pedir a nadie que la acompañe, dice que ella va a recibir a los compañeros de Buenaventura. Y tras ordenar a sus hijos que se fueran directo a la sala, que no quería que vieran el espectáculo de los obreros muertos, cambia de rumbo y se mete entre el gentío que se dirige a esperar el tren. Mientras caminan hacia la estación, Olegario Santana, que junto a sus amigos la ha seguido en silencio, no deja de mirarla de reojo. Ella de vez en cuando le devuelve una mirada dura. El calichero entiende que le va a costar mucho granjearse de nuevo las simpatías de aquella mujer tan íntegra y determinante para sus cosas.

Cuando en el horizonte se estaban quemando los últimos rescoldos del atardecer, el silbato del tren entrando al recinto de la estación hizo estallar a la muchedumbre en un griterío ensordecedor. Apenas el convoy se detuvo en el andén, entre las vaharadas de vapor y las nubes de hollín de la locomotora, los huelguistas se ponen a contar a gritos que en Buenaventura la tropa a cargo del teniente Ramiro Valenzuela había disparado a mansalva contra el convoy cuando éste emprendía la marcha hacia el puerto, y que habían matado a doce trabajadores y herido a un gran número de ellos. Que algo había que hacer por los compañeros muertos, decían llorando los hombres mientras bajaban los cadáveres envueltos en banderas. Que este crimen no podía quedar impune. Enardecida ante los hechos, la multitud se apoderó de los cuerpos de los obreros alcanzados por las balas, y a la luz de antorchas y chonchones, se fueron a recorrer las calles de Iquique gritando que esto era lo único que se podía esperar de la canalla explotadora, y que se enteraran todos en la ciudad de cuál era la respuesta de las autoridades al pacífico comportamiento de la huelga.

Cuando la noche ya era cerrada, la muchedumbre seguía voceando consignas y convenciéndose de que lo único que había que hacer, carajo, era tomarse el edificio de la Intendencia de una vez por todas. Al final, gracias sólo a la tranquilidad y a la entereza de algunos hombres del Comité Central, la gente comenzó a tranquilizarse y no llevó su resentimiento más allá de los dichos y las palabras y, ya calmados los ánimos, se dirigió en paz a la escuela Santa María.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

Sin embargo, allí nos esperaba otra mala nueva. Se había confirmado la noticia de que al dirigente Regalado Núñez lo habían detenido y llevado engrillado a uno de los buques de guerra anclados en la bahía. Se le acusaba de ser el directo responsable de que Agua Santa, una de las principales salitreras del Cantón Negreiros, se hubiese agregado al conflicto. Esto desalentó de nuevo a los huelguistas que, ya con el alma en los pies, reunidos en agitados conciliábulos, nos mirábamos unos a otros preocupados por el inquietante cariz que iban tomando las cosas. Una sombra de mal presagio nos ensombrecía la cara a todos.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

17

Esa noche en la escuela Santa María comenzaron a correr bullas que inquietaban y exaltaban cada vez más el ánimo de los huelguistas. Que en los salones del Club Inglés, se comentaba, y en general en todos los centros sociales de Iquique, se andaba diciendo que el conflicto se solucionaría al día siguiente, en forma definitiva y satisfactoria para los patrones. Algunos llegaban de la calle con novedades un tanto misteriosas, como que en el edificio de la Intendencia, y a esas horas de la noche, se estaba produciendo un inusitado movimiento de gente con actitudes solapadas, y que a cada instante se veía entrar y salir mensajeros con pasos presurosos. Pero lo que ninguno de nosotros sospechaba ni por asomo, ni siquiera los integrantes del Comité Central, reunidos perpetuamente en los despachos de la azotea, era que en esos precisos momentos, y a instancias del Ministerio del Interior, el Intendente de la provincia dictaba un decreto que equivalía a una verdadera declaración de estado de sitio. Y de esos y otros rumores extendidos como una peste entre la gente de la escuela, se encuentra comentando Gregoria Becerra con un grupo de mujeres, cuando su hijo Juan de Dios llega corriendo a la sala a avisarle que sus amigos Olegario Santana y José Pintor se iban a pelear a los combos detrás de la escuela.

—¡Le oí decir a un patizorro de Santa Ana que la pelea es por una mujer! —acota exaltado y divertido a la vez Juan de Dios.

Gregoria Becerra se para de un salto. Mientras comienza a amarrarse el pañuelo a la cabeza, le dice a Juan de Dios que tendrá que acompañarla. Idilio Montano y Liria María, que en esos momentos se entretienen dibujando corazones flechados en un ángulo del pizarrón, se preparan para ir con ella. Gregoria Becerra les dice que se queden donde están. No hace falta que vayan todos.

—¡Y tú dime por donde se fueron esos mequetrefes! —le dice a su hijo, tomándolo de la mano y traspasando la puerta a pasos presurosos.

Olegario Santana, Domingo Domínguez y José Pintor, luego de la trifulca que significó la protesta y el paseo por las calles de los obreros asesinados, llegaron a la escuela y, tras descansar un rato, habían salido a caminar por la plaza Montt. Eran muchas las emociones vividas como para ir a dormirse tan temprano. A esas horas el baldío de la plaza estaba repleto de huelguistas que

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

conversaban, fumaban o comían alguna cosa comprada en los puestos de fritanga instalados en los alrededores. Otros, cansados y hambrientos, ya se habían tirado sobre sus retobos a dormir a la intemperie. Allí, luego de comprarle picarones a una señora que los freía y los pasaba por almíbar ahí mismo, en dos grandes sartenes tiznadas, se sentaron a comerlos en la vereda. Del encorajinante asunto de los obreros muertos en Buenaventura, la conversación derivó de pronto a lo razonable de las palabras de Gregoria Becerra. Olegario Santana y Domingo Domínguez estuvieron de acuerdo en que de verdad, mientras durara la huelga, había que ponerse un poco más serio y dejarse de tanta tomatina. O por lo menos amansar un poco el trote. Pero José Pintor, escarbándose los dientes con una astilla que acababa de arrancar a una tabla de cajón manzanero, los miró despectivo y dijo que parecían sacristanes como estaban hablando los monicacos llorones. Que dieran gracias al Malo que no eran un par de mulas porque si no los huasqueaba y los tapaba a insultos ahí mismo. A la luz del chonchón de parafina de la vendedora, y con el incesante crepitar de la fritanga como música de fondo, el carretero se sacó la astilla de la boca y, apuntando con ella al cielo, les dijo en tono sentencioso que no había que colgar los cojones detrás de la puerta, pues hombre; que a las mujeres nada más había que oírlas, nunca escucharlas. Pero, claro, existían cristianos en este mundo que al ponerse bellacos con una de ellas les empezaba a correr la baba y entonces ya no se podía hacer nada, porque ésos terminaban convertidos en unos pobres crios liliquientos, en unos pollerudos sin vuelta. «¿No es verdad, amigo Olegario?», remató sarcástico el carretero.

—Usted, compadre Pintor, es como la mula Dorotea, quiere hablar y la guanea —saltó preocupado Domingo Domínguez al ver que a Olegario Santana se le había apanteonado la expresión del rostro.

El calichero dejó un picarón a medio comer, se pasó la manga por la boca pegajosa de almíbar y luego sacó uno de sus Yolandas arrugados. Lo encendió y aspiró la primera bocanada con toda la parsimonia del mundo.

—Usted hace rato que me anda arrastrando el poncho, amigazo —dijo con voz pastosa, mirando hacia ninguna parte, mientras exhalaba el humo por boca y narices.

—Y por qué no me lo pisa, pues, amigo Jote —respondió retador José Pintor—. Yo me estaba refiriendo al pollerudo del volantinero, pero si usted se toma la palabra, por algo ha de ser, ¿no?

—Ya, terminen la jodienda de una vez —terció conciliador Domingo Domínguez—, si no quieren que los agarre a los dos aquí mismo y haga puré de papas con sus cabezotas.

—Déle gracias al Malo, como usted dice, de que somos amigos —dijo Olegario Santana mirando fijo al carretero.

José Pintor hizo bailotear la astilla entre los dientes y replicó despectivo:

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

—Y qué tanto si no lo fuéramos. Por si le interesa, amigazo, a mí no me asusta ni un tantito así ese corvo que anda trayendo.

—No se me amaldite, amigo carreta —sentenció calmosamente Olegario Santana—. Con usted no tengo necesidad de corvo. A mano limpia me basta y me sobra para romperle la crisma.

—Eso habría que verlo.

—Estoy a sus órdenes. Cuando usted quiera.

Varios pampinos de los que se acercaban a comprar al puesto de fritanga, se fueron quedando y agrupando en torno a los que discutían. «Puros bufidos de gatos», comentaban burlones algunos, al ver que los hombres se iban quedando sólo en las palabras y no se decidían a pelear. De modo que cuando los amigos se pusieron de pie, dispuestos a fajarse a trompadas ahí mismo, y Domingo Domínguez terció para decir que sí no había más remedio lo mejor era buscar un lugar más adecuado, un gran número de mirones se fue detrás de ellos haciendo barra y avivándoles la cueca. El lugar elegido fue detrás de la escuela, por la calle Amunátegui. Por allí no circulaba mucha gente.

Antes de que los amigos se trenzaran a golpes, Domingo Domínguez le exigió a Olegario Santana que le pasara el corvo.

—No se le vaya a salir el indio, compadre —le dijo.

Olegario Santana dudó un momento y luego desenfundó su arma.

—Que conste que sólo se lo entrego porque se trata de usted, amigo Domingo —y le pasó el corvo con cuidado extremo, tomándolo con ambas manos, como si se tratara de una reliquia.

El corvo desnudo brilló sonámbulo a la luz de la luna y Domingo Domínguez pudo constatar que se trataba de un corvo auténtico, de esos que se habían usado en la guerra del 79. Su doble filo acerado y su punta aguda y curvada como el pico del águila lo estremecieron.

Cuando Gregoria Becerra, seguida de Juan de Dios, irrumpe en el campo de batalla por entre el tupido ruedo de huelguistas que gritan alentando a uno y a otro, los amigos ruedan por el suelo entreverados en un furibundo intercambio de golpes de pies y manos.

—Ustedes los hombres son unos brutos sin remedio —les grita la mujer agarrando del pelo a ambos y obligándolos a ponerse de pie—. Todo el mundo preocupado por el cariz que está tomando la huelga y los perlas peleándose por una mujer. Linda la cosa.

—Por si no lo sabe, mi querida señora —dice en tono galante Domingo Domínguez, parándose en el centro del ruedo y como dirigiéndose a un público de teatro—, usted tiene el honor de ser la dama por la que estos dos caballeros se están batiendo a trompadas.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

Gregoria Becerra se queda de una pieza. Una fogarada de ira le enciende el rostro. Simplemente no puede creerlo. Luego reacciona indignada y comienza a apalabrarlos con dureza. Que quién carajo los ha autorizado a pelearse por ella. Que qué diantres se ha creído el par de guarangos mal nacidos. Que son unos zopencos, unos brutos, unos animales sin conciencia. Que no vuelvan a dirigirle la palabra nunca más en la vida. «¿O acaso ustedes se creen que soy una pieza de vacuno para que vengan a pelearme como un par de matarifes?» Y tomando de la mano a su hijo, se da media vuelta y se marcha enfurecida.

Los obreros barristas, desilusionados por el intempestivo final de una pelea que prometía ser brava y entretenida, se devuelven también a la escuela, riendo y comentando en voz alta.

Al quedar solos, y tras la insistencia de Domingo Domínguez —«para terminar de una vez por todas con este frangollo, pues, compadritos»—, los amigos se dan la mano y se estrechan en un fuerte abrazo de reconciliación. El carretero tiene un párpado partido y a Olegario Santana le sangra el labio inferior. «Esto se llama pelear la amistad», dice sonriendo el barretero. Después se sientan en el suelo, apoyados contra el muro posterior de la escuela. Quieren hacer un poco de tiempo y regresar a la sala cuando doña Gregoria se encuentre dormida. «No se nos vaya a encocorocar de nuevo la patrona». Cuando Olegario Santana saca su cajetilla de Yolandas para repartir, los amigos lo joroban que por qué diantres no usa pitillera como todo el mundo, que sus cigarrillos arrugados dan lástima. «Esos aparatos son para mujeres», se defiende el calichero.

Tras haber fumado y conversado largamente en la penumbra de la calle, y cuando ya va a ser la una de la madrugada, son sorprendidos por una patrulla de soldados que se aparece de golpe en la esquina. Con palabras de mal talante y una fiereza desusada en sus actos, los militares los hacen ponerse de pie punceteándolos con la bayoneta de sus fusiles. Luego los obligan a poner las manos contra la pared. «Somos huelguistas pampinos y estamos tomando el fresco», trata de justificar Domingo Domínguez. El teniente a cargo de la patrulla, luego de ironizar que si acaso no estarán tomando algo más fuerte la cuadrilla de chambecos, y de revisarlos de arriba a abajo, brutalmente, les vocifera que se ha declarado estado de sitio y que ningún civil puede andar por la calle sin el permiso correspondiente.

—¡Todos los patas rajadas de la pampa deben concentrarse en la escuela Santa María! —les ladra el teniente—. ¡Así que tienen tres tiempos para marchar! ¡Y ya van dos!

Cuando los amigos aparecen corriendo en la plaza Montt, ésta se encuentra mucho más colmada de gente que cuando la dejaron. Cientos de nuevos obreros provenientes de la oficina Buenaventura habían llegado hacía poco rato en un tren carguero y la plaza fue el único lugar donde habían hallado algún sitio disponible para tirarse a descansar. Y ahí se habían quedado, tirados al raso, mezclados con los centenares de huelguistas que ya ocupaban los terrenos.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

Los amigos se instalan bajo las estrellas a intercambiar noticias con los operarios recién llegados. Después de un rato, Olegario Santana pide disculpas y se incorpora del suelo. «Voy y vuelvo», dice. Y desaparece por el lado de la escuela en donde había sido la pelea. Al regresar murmura que ahora sí ya no se siente desnudo. Y muestra el corvo que había tirado al suelo al ver aparecer la patrulla. Luego se dirige a José Pintor. Que aunque ya todo está olvidado y ellos siguen tan amigos como siempre, él quiere demostrar de todas maneras que no es ningún sacristán ni pollerudo que se le parezca. Y desplegando un billete de cola grande aparecido en sus manos como por arte de birlibirloque, agrega solemne:

—Los invito a celebrar la amistad con unos tragos.

Domingo Domínguez y José Pintor que hace rato andan a tres cuartos y un repique con el dinero y las fichas, no lo pueden creer.

—¡Este Olegario es brujo! —dice contentísimo el barretero—. ¡Para mí que esos jotes que tiene en el techo de su casa son como sus lechuzas!

—¡O tiene pacto con el Malo este diablazo! —dice José Pintor.

Que por favor, agrega casi declamando Domingo Domínguez, no se le vaya a ocurrir al compadrito invitarlos a la Cueva del Tesoro, que ese aguardiente falso estaba como para matar chinches.

—¡Vamos a otra parte mejor, y si hace falta dinero yo empeño mi anillito de oro! —termina exclamando jubiloso.

Olegario Santana y José Pintor se miran de reojo. Luego, imprevistamente y sin ponerse de acuerdo, lo agarran entre los dos a la fuerza y que hasta cuando carajo va a joder la pita con su maldito anillo de oro; que desde que llegaron a Iquique está prometiendo que lo va a empeñar y todo lo que ha hecho es emborracharse al puro bolseo; que ahora mismo le sacan el bendito anillo y se lo venden al primer pelafustán que ofrezca una chaucha por él. Pero pese a los esfuerzos y tirones de ambos, y casi ahogados de risa, no pueden sacarle la sortija del dedo.

—¡Hasta en esto tiene suerte este macaco faroliento! —exclama José Pintor, riendo y tosiendo hasta el sofoco.

—Vamos a la casa de Yolanda —dice Olegario Santana, luego de recuperar el aliento—. Debemos aprovechar nuestra última noche en Iquique. Estoy seguro que mañana nos van a obligar a volvernos a la pampa. No por nada estos cabrones han declarado estado de sitio.

Minutos más tarde, pegados a las paredes, haciéndole el quite a las patrullas que se han tomado la ciudad, los tres amigos se dirigen por las calles más oscuras al prostíbulo de Yolanda. En verdad, lo que el calichero quiere y necesita con urgencia es desleír un poco ese costrón de caliche que se le ha encasquetado en el pecho. Sentirse excluido por Gregoria Becerra lo entristece. Ella es la única mujer de verdad que ha conocido en su vida, la única que lo ha

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

hecho sentirse un hombre digno, capaz de sentimientos. Un hombre con los merecimientos suficientes como para llegar a tener una mujer como ella.

Al llegar al prostíbulo lo hallan completamente vacío. Aparte de los problemas del conflicto —explica la enana regente del tugurio— y la tensión que ha producido en la ciudad la llegada del general Silva Renard, el pianista se ha enfermado. Por tanto el ambiente no está como para fiestas. «Además se ha declarado estado de sitio», les informan los amigos. Pero en la casa ya lo saben. De modo que clientes y asiladas se conforman con pasarse la velada bebiendo y platicando arrejuntados todos en una sola mesa, y a media luz.

El Niño Doralizo, al reconocer a los caballeros que la otra noche habían defendido a la pobrecilla de Yolanda, más azucarado que nunca, los colma de atenciones y cariñoseos excesivos. Luego de ofrecerse a curar las magulladuras en el rostro de Olegario Santana y de José Pintor, el mocito de la casa aprovecha la presencia de los pampinos para hacer alarde de sus conocimientos del bajo fondo iquiqueño. Y entre trago y trago le enseña algunas palabras y dichos de la jerga de los malhechores porteños. Que, por ejemplo, les dice didáctico, a un robo importante lo llaman *braguetazo;* un revólver es un *cachorro;* un ladrón callejero es un *huarachero; montar la burra* es abrir una caja de fondos; *saltar a tierra* es salir en libertad: una *verruga* es un anillo de piedra fina; un reloj de oro es un *canario;* y, un *mosquito,* un prendedor de corbata. El juez del crimen es el *rey del cielo;* un *mono* es un guardián de policía y *matar una viuda* es sustraer una cartera.

En un momento de la noche, mientras Yolanda, sentada en las rodillas de Olegario Santana, le hace mimos y juega con sus mostachos cerdosos, y él, deslenguado por el alcohol, le está diciendo que sus ojos color de níspero le recuerdan a las gatas salvajes de sus campos natales, aparece en el salón la Torcuata, la más vieja y desmejorada de las *chusquizas,* como llama el niño Doralizo a las prostitutas. Instalada en la mesa, después de mandarse un par de tragos en completo silencio, la Torcuata les cuenta que su pajarito le ha confidenciado que el fin de la huelga de los salitreros será, sin vuelta, al día siguiente. Y por la fuerza. Que tienen que andarse con cuidado los pampinos, pues el muy cabrón le ha dicho que los soldados del Ejército de Chile iban a obligar a los huelguistas a volver a la pampa, así fuera a punta de balas.

Después de un rato, azuzada melosamente por Domingo Domínguez para que desembuche y diga quién es su pajarito confidente, la Torcuata revela finalmente su secreto. Acariciándose lascivamente los pelos del lunar, cuenta que se trata de un gringo viejo y degenerado que la visita noche por medio y, para que nadie lo vea, entra y sale por la puerta de atrás. Y que no viene a fornicar, sino únicamente a que ella le dé azotes en la cama. Lo que hace al llegar el pobre vejete es bajarse los pantalones, acostarse de bruces sobre las sábanas y rogarle que le castigue las nalgas fláccidas con un chicote de cuero trenzado que él mismo trae, una huasca de esas para apurar caballos. Y mientras ella lo complace huasqueándolo que es un gusto, el gringo, llorando un llantito de perro apaleado, le pide que a la par de los chicotazos se le monte encima y lo vaya azuzando

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

como si fuera un percherón de esos que recorren las calles tirando los coches de la basura.

Poco antes del amanecer, Domingo Domínguez y José Pintor, se retiran del local borrachos como pipas. Afirmándose uno al otro, y siempre rozando las murallas, el barretero se va farfullando que en esta vida de miserias, compadrito lindo, no había que conformarse con ser un *huarachero* de poca monta. ¡No señor! Que lo que tenían que hacer ellos, si la huelga no se arreglaba pronto y para bien, era ponerse a *montar burras.* ¿Me entiende, compadrito? Nada más que ponerse a *montar burras.* Y punto.

Olegario Santana se queda en el prostíbulo a dormir con Yolanda.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

18

La mañana del sábado 21 amaneció particularmente luminosa. De los sectores altos de Iquique, desde donde se podía divisar el mar en todo su ancho, éste aparecía de un esplendor inusitado, majestuoso y azul como pocas veces se había visto. Y, por la raya completamente limpia del horizonte, como trazada a compás, se columbraba que el día venía incandescente y caluroso como el diantre.

Desde antes que clareara el alba, los huelguistas pampinos que en los últimos días, por no haber hallado cabida en ningún albergue, pernoctaban y dormían en las calles de la ciudad, habían notado un incesante tráfico de coches de alquiler trasladando gente hacia el muelle de pasajeros. En su mayoría se trataba de personajes extranjeros y vecinos ricachones —los últimos que faltaban— que, abandonando sus lujosas residencias, huían con sus familias a ponerse a salvo en los buques mercantes fondeados en la bahía. Después supimos que estos buques cobraban hasta una libra esterlina diaria por cabeza.

Después, poco antes de la salida del sol, fuimos sorprendidos todos por el ruido marcial de las tropas que recorrían las calles con sus armas y arreos de campaña dando órdenes a gritos, deshaciendo los grupos de personas y obligando a cerrar todos los negocios abiertos a esas horas de la mañana. Y cuando cada uno de nosotros se estaba preguntando por qué tanta escandalera y demostración de fuerza por parte de los soldados, aparecieron los diarios de la mañana y vimos con asombro que venían precedidos por el anuncio, titulado en gruesos caracteres, de la declaración de estado de sitio. El decreto, sin ningún considerando, foliado con el número 661, fechado en Iquique el 20 de diciembre de 1907, publicado por bando y firmado por el Intendente Carlos Eastman y su secretario Julio Guzmán García, acordaba y decretaba lo siguiente:

1.- Queda prohibido desde hoy traficar por las calles y caminos de la provincia en grupos de más de seis personas a toda hora del día o de la noche.

2.- *Queda prohibido, en la misma forma, traficar por las calles de la ciudad después de las ocho de la noche, a toda persona que no lleve permiso escrito de la Intendencia.*

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

3.- Queda también prohibido el estacionamiento o reunión en grupos de más de seis personas.

4.- La gente venida de la pampa y que no tiene domicilio en esta ciudad se concentrará en la escuela Santa María y plaza Manuel Montt.

5.- *Queda prohibida absolutamente la venta de bebidas capaces de embriagar.*

6.- La fuerza pública queda encargada de dar estricto cumplimiento al presente decreto.

Lo que se perseguía con la ley marcial, lo vimos claramente entonces, era impedir la llegada de más huelguistas pampinos a Iquique y rejuntarnos a todos en las dependencias de la Escuela Santa María para, de esa manera, facilitar las medidas que se tomarían luego con nosotros. Además de ser editado en la primera página de los diarios de la mañana, el decreto, publicado por bando, fue leído públicamente y luego fijado junto a los edictos públicos. Al mismo tiempo se establecía la censura telegráfica y cablegráfica y se notificaba a las imprentas un decreto que prohibía la impresión y venta de todo diario u hoja impresa, y que las infracciones serían severamente reprimidas (aunque en verdad lacensura nunca corrió para todos, porque después nos enteramos de que los gringos usaron el telégrafo cuántas veces quisieron y mandaron los cables que se les vino en gana durante todo el tiempo que duró la ley marcial). Mientras tanto, entre la ciudadanía comenzaban a circular dudosas listas de adhesión a las autoridades y de rechazo a la presencia de los huelguistas, y desde los despachos de la Intendencia se había organizado de tal manera el espionaje y el soplonaje dentro de la ciudad, que ese mismo día muchos vecinos comenzaron a ser citados e increpados duramente por haber emitido, en sus conversaciones privadas, opiniones contrarias al gobierno absoluto implantado en la provincia.

Hasta ese momento, nuestra última propuesta de arreglo consistía en que nos volvíamos todos a la pampa a reanudar nuestras labores y dejábamos en el puerto a una comisión negociadora, con la sola condición de que los industriales nos aumentaran en un sesenta por ciento el sueldo durante el mes que se calculaba durarían las negociaciones. Todos pensábamos que era lo más justo y equitativo, y que con eso se solucionaría de inmediato el conflicto. Pero en mitad de la mañana nos enteramos de una junta llevada a cabo entre el Intendente y los patrones, en donde éstos habían desechado tajantemente nuestra propuesta. Del mismo modo como habían desdeñado el ofrecimiento del Gobierno de Chile de compensarles hasta el cincuenta por ciento del aumento pedido por nosotros. La proposición presidencial fue recibida con frialdad por parte de los salitreros, argumentando con soberbia que el problema no era de dinero sino de respeto. Que ellos no podían resolver nada bajo la presión de la masa porque significaría una imposición manifiesta de los huelguistas, y eso les anularía el respeto de patrones y les haría perder para siempre su prestigio moral (nosotros no entendíamos de qué prestigio moral hablaban esos carajos). Y volvieron a insistir

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

en su exigencia de que los obreros debíamos abandonar la ciudad y volver a la pampa al instante, pues nuestra presencia entorpecía las negociaciones y constituía una imposición perjudicial para el empleador. El gringo John Lockett expresó, muy suelto de cuerpo, que hacer cualquier tipo de concesión en aquellos momentos sería tomado por los huelguistas como un signo de debilidad, y sin duda conduciría a promover después más extravagantes demandas, con probablemente aún más desastrosos resultados. Cuando el Intendente propuso un tribunal arbitral, los magnates dijeron que aceptaban cualquier acuerdo, pero siempre manteniendo inflexible su exigencia de que nosotros debíamos volver antes al trabajo. Y agregando, además —los muy miserables—, que bajo ninguna circunstancia se aceptaba tampoco la demanda de que los salarios fueran pagados al cambio de 18 peniques.

La primera autoridad provincial extendió, entonces, una convocatoria a nuestros dirigentes para asistir a una reunión en la Intendencia, con el fin de discutir la propuesta de los patrones. Pero el Comité Central la declinó. Bajo el imperio de la ley marcial, los dirigentes sospecharon y temieron ser víctimas de una trampa para detenerlos, con el evidente propósito de descabezar el movimiento. En esos momentos ya era sabido de todos la detención de dirigentes de varias oficinas, quienes, apresados por los militares, fueron subidos en calidad de reos a bordo del buque «Zenteno». Toda esta represión —lo supimos después— se empezó a llevar a efecto siguiendo instrucciones precisas del Ministerio del Interior. El señor ministro, don Rafael Sotomayor, había mandado un cablegrama con carácter de «estrictamente reservado», en el cual expresaba al Intendente de la provincia que *«Sería muy conveniente aprehender cabecillas trasladándolos a buques de guerra».* De modo que mediante una carta, los dirigentes expresaron su muy fundado temor y comunicaron al señor Intendente que, de ahí en adelante, todas las conversaciones se llevarían a efecto mediante comisiones o notas escritas. La carta decía lo siguiente:

«Iquique, diciembre 21 de 1907.

«En este momento este directorio central ha recibido verbalmente un llamado de V.S. al local de esa Intendencia.

El Comité ha creído que no podemos complacer a V.S. en este sentido porque la orden dada por V.S. el día de hoy desampara por completo nuestros derechos y, aún más, al no poder ir allá en la forma pensada es susceptible de desórdenes que pueden amargar la situación.

En esta caso creemos práctico que V.S. se sirva nombrar una comisión para entendernos en lo que V.S. desee, pues lo ocurrido en Buenaventura nos confirma que las garantías para el obrero se concluyen, y sería por demás doloroso que las fuerzas de línea tuvieran que luchar con el pueblo indefenso, como generalmente se hace y como nos da claro a comprender el bando

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

publicado, en pago, parece, de las atenciones que los operarios en general han demostrado a V.S. y del orden y compostura que ese pueblo, que hoy se provoca, ha observado hasta hoy con sumo agrado de Chile entero, y no es posible desviarnos de esta senda.

Sírvase V.S. tomar en cuenta nuestras razones y ordenar lo que estime conveniente, insinuando este Comité el práctico camino de notas, o en su defecto, lo ya dicho, por medio de comisiones, teniendo V.S. la seguridad de que a tal efecto nosotros hoy como siempre, daremos las más amplias facilidades. Dios guarde a V.S».

Firmaban José Brigg, como presidente y M. Rodríguez B., como secretario.

A la hora del almuerzo, en los patios de la Escuela Santa María, los trabajadores pampinos, revolucionados por los últimos acontecimientos, nos movíamos y discutíamos entre nosotros en un estado de máxima tensión. Todos presentíamos que con la declaración del estado de sitio el fin de la huelga se hacía inminente. Completamente abatidos, sentíamos muertas todas las esperanzas. Si era cosa de ver lo contento que se veían los gringos en sus salones sociales —en contraste con el mutismo de los pocos partidarios de un avenimiento tranquilo— para darse cuenta de cómo iban a terminar las cosas.

A la entrada del patio de la escuela, en el grupo de huelguistas donde conversan Gregoria Becerra, José Pintor y Domingo Domínguez, se comenta con excitación el inusitado movimiento de tropas que hay a esas horas en las calles. Se ha sabido que por la mañana ha desembarcado la marinería armada desde los tres cruceros al ancla en el puerto, y que de la guarnición del «Esmeralda» se han bajado a tierra dos de sus ametralladoras. Para terminar el cuadro, la policía de Iquique, provista de lanzas, recorre las calles empujando a todos los huelguistas pampinos que encuentran a su paso hacia la escuela Santa María, que es el lugar de concentración indicado por el decreto. Los amigos coinciden en que el tono y la actitud de las patrullas —que disuelven a los grupos de trabajadores, incluso de menor número autorizado por el bando—, es la prueba fehaciente respecto a cómo se piensa poner fin a la huelga. Gregoria Becerra los mira con cara de pocos amigos.

—Están igual de pesimistas que el caballero don Olegario —les dice. Y luego se queda pensativa.

Al levantarse por la mañana no había visto a Olegario Santana durmiendo junto a sus amigos —a los que oyó llegar de madrugada—, y contra su voluntad, se había preocupado más de lo normal. Después, cuando los primeros obreros aparecieron a la escuela leyendo el diario en voz alta, enterando a todo el mundo sobre el estado de sitio, olvidándose por completo de su enojo, había ido corriendo a despertar a los hombres para contarles. Y, esta vez, al ver que Olegario Santana aún no llegaba, había estado a punto de preguntarles por él, pero se contuvo. De

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

modo que ahora, aprovechando la coyuntura, no lo piensa más y les larga la pregunta directamente:

—Y a propósito ¿en dónde dejaron a su amigo, que no se ve por ningún lado?

José Pintor y Domingo Domínguez se miran confundidos ¿Serán capaces de decirle que el calichero se quedó a dormir en una casa de putas? Cuando están a punto de contestar cualquier cosa, los viene a salvar la acotación de una matrona de la oficina Esmeralda, arranchada con ellos en la sala, y que en esos momentos está ayudando a barrer el patio.

—Mucha gente ha comenzado a pedir que las embarquen de vuelta hacia el sur —dice la mujer, sin dejar de tirar escobazos—. Incluso se habla de pedir tierras para colonizarlas.

Un obrero de la oficina La Palma mete su cuchara para decir que en todo Iquique se anda comentando que los ingleses ya le han ganado el ánimo al Intendente. Que éste está resuelto a usar la fuerza para obligar a los huelguistas a volver a la pampa sin concederles un ápice de lo que piden. Y eso de enviar de vuelta al sur a los que se quisieran ir, ni soñarlo, porque para ellos sería como dejar sin castigo una rebeldía. Y ni las autoridades ni los señores industriales estaban dispuestos a permitirlo. Sobre todo estos últimos, pues para ellos era un deber ineludible doblegar a los amotinados, hacerlos entender que los patrones son ellos, y que como tales cuentan con todos los medios disponibles para hacerse obedecer de sus trabajadores.

—*¡Mister* Eastman se pasó al partido inglés!», comentan decepcionados, algunos de los que habían creído de buena fe en las primeras palabras del Intendente.

En esos momentos, tomados de la mano, llegan Idilio Montano y Liria María. El volantinero cuenta que la gente de la casa donde les prestan el baño se halla sumamente alarmada con lo que está pasando, lo mismo que todas las familias de las viviendas circundantes. Temerosas de que los soldados se larguen a disparar, dice que han empezado a arrimar toda clase de trastos de fierro contra las paredes, cualquier cosa que pueda servir para detener las balas. Que como el edificio de la escuela es de madera, dicen que los proyectiles atravesarían las paredes limpiamente llegando hasta sus propias casas que en su mayoría también son de tablas.

Gregoria Becerra va a decir que no hay de qué preocuparse, que los soldados no van a disparar contra sus propios paisanos, más aún habiendo mujeres y niños de por medio, pero se acuerda de lo que habló la otra noche con Olegario Santana, y se muerde la lengua. El calichero le planteó sus dudas sobre el proceder de los militares chilenos. «Yo conozco bien a los soldados», había dicho don Olegario. Y al acordarse nuevamente de él, Gregoria Becerra vuelve a inquietarse por lo que pudo haberle ocurrido. Y tal vez por su culpa. En verdad, aunque hasta ahora no ha querido admitirlo, ella hace rato que ha comenzado a

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

sentirse sola y desamparada en el mundo. Le parece increíble, pero, ahora, en estos momentos de peligro, siente que quién le hace falta a su lado no es su esposo, a quien Dios tenga en su Santo Reino, sino ese rudo hombre taciturno. No entiende muy bien por qué miércoles se ha acostumbrado tanto a su presencia hosca, a sus palabras parcas, a su imperecedero paletó negro. De sólo pensar que tal vez fue demasiada dura con él, que pudo haberlo herido en su orgullo de hombre, la mortifica, la pone ansiosa. Y es que, en verdad ese calichera retraído y de modales ásperos, la hace sentir por dentro algo que no sentía desde que su marido estaba vivo.

Su hija Liria María la devuelve a la realidad. Mimosamente le dice que el día está relindo para visitar la playa; si acaso le da permiso para ir con el joven Idilio. Ella se la queda mirando espantada. Y cuando, alzando las manos al cielo, está por decirle que si acaso está mala de la cabeza, la niñita; que si no sabe lo que significa el estado de sitio, Liria María se adelanta y le dice que no hay de qué preocuparse, mamacita, que ella está segura de que no ocurrirá nada malo, pues hace un ratito nomás había entrado un grupo de soldados jóvenes a la escuela a buscar las cocinas de los regimientos y que al preguntarles ella que por qué se las llevaban, uno de los ellos, el más joven de todos, levantándose la visera de su gorra militar y mirándola sonriente, le había respondido que porque hoy se arregla todo, pues, mi niña linda, y por la tarde ya todos ustedes estarán de regreso en la pampa.

Gregoria Becerra primero se enternece de tanta inocencia. Luego, iluminada de súbito, piensa que en verdad no es mala idea sacar a su hija de allí. Por lo menos a ella. Porque de su hijo menor no se desprendería por nada del mundo. Entonces manda a Liria María a que le vaya a buscar el pañuelo de cabeza que se le quedó en la sala, y aprovecha de hablar con Idilio Montano. Con voz grave, le dice que lleve a Liria María a la playa y que no vuelvan hasta que haya pasado todo. Que si los soldados disparan y algo le ocurriera a ella, deja a su querida hija en sus manos. Que confía plenamente en él. Pues en estos días ha aprendido a estimarlo y siente en su corazón que él la sabrá querer y cuidar como un hombre de ley. Luego, con los ojos humedecidos, lo abraza fuertemente.

—Nunca se arrepentirá de quererla, joven Idilio —le dice—. Ella nació en Talca, y las talquinas son muy buenas esposas.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

19

Era la una y cuarenta y cinco minutos de la tarde cuando el pleno de las fuerzas militares disponibles —de tierra y de mar— comenzó a formar filas en la plaza Prat. El Comandante en Jefe, general de Brigada, Roberto Silva Renard, llevaba en un bolsillo de su guerrera el decreto firmado por el Intendente en el que, *«en bien del orden y la salubridad pública»,* se acordaba y se mandaba trasladar al local del *Club de Sports* a los huelguistas concentrados en la escuela Santa María y en la plaza aledaña.

Paseándose ante la formación militar —la mirada firme, la actitud napoleónica— el Jefe Militar de la Plaza expuso el plan de ataque. Luego, endureciendo aún más el acero azul de su mirada, bajo el inclemente sol de la siesta nortina, arengó enérgicamente a los soldados. Entre otras cosas, les dijo que los que estaban atrincherados en la escuela Santa María y en el sitio de la plaza Montt, no eran chilenos, sino una turba de subversivos y facinerosos, unos antipatriotas indignos y hostiles a la sociedad y al orden establecido. Que a ellos, como soldados de una patria libre y soberana, no les debía temblar la mano ni flaquearles el espíritu para disparar sus armas contra ese tropel de rotos apátridas que seguramente estaban pagados por el oro peruano. «Ellos son el enemigo de esta batalla», terminó rugiendo el general. En seguida, montó su cabalgadura blanca y, erguido, sólido como una estatua de bronce, sin rezumar una sola gota de transpiración, frente a un contingente de mil quinientos hombres que sudaban como bestias enfundados en sus uniformes de guerra, se puso en movimiento hacia el campo de operaciones. Soldados de los regimientos O'Higgins, Rancagua y Carampangue, junto a las tropas de la Artillería de Costa, más toda la marinería de los cruceros, formaban la infantería de su ejército en movimiento. Las ametralladoras del crucero «Esmeralda», flamantes y aún sin estrenar, constituían la artillería pesada. La caballería la conformaban las temibles tropas del Regimiento Granaderos y la dotación completa de policías del puerto que en su polvoroso trayecto por las calles de la población, armados de lanzas, fue obligando a todos los pampinos que traficaban por ellas, y a cualquier persona que se les cruzara en el camino, a marchar hacia el lugar de concentración.

En la escuela Santa María, en tanto, achicharrándonos al sol, los miles de obreros que esperábamos la llegada de los militares lo hacíamos con una mezcla

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

de temor y fascinación, pero con el ánimo exaltado y dispuesto al sacrificio más extremo. Ya estaba bueno de tanta jodienda, carajo, repetíamos, aglomerados en el patio exterior y en la entrada principal del recinto, totalmente cubierta de gente. Aparte de los casi dos mil obreros más disgregados por la plaza Montt aguardando a las tropas, había una muchedumbre impresionante encaramada sobre las rejas, sobre los techos, sobre el altillo y sobre cualquier cosa que sirviera de atalaya para ver mejor. La misma carpa del circo Sobarán se veía copada hasta el desborde de gente, en su mayoría mujeres y niños de caritas asustadas asomando por entre las polleras de sus madres. Los miembros del Comité Central se hallaban instalados en el balcón de la azotea, de frente a la plaza, rodeados de banderas patrias y estandartes de los gremios en huelga, de la pampa y de Iquique. El calor era acérrimo. El sol parecía de plomo derretido, en el aire no corría una hilacha de brisa y el polvo ardiente levantado por los pies del gentío hacía picar los ojos y resecaba las gargantas hasta la carraspera. Y en tanto los últimos huelguistas dispersos por la ciudad confluían en la plaza por las cuatro bocacalles, como había ordenado el bando de la Intendencia, y centenares de ciudadanos iquiqueños comenzaban también a congregarse en las inmediaciones para ver qué iba a pasar con los obreros pampinos, y por los costados de la plaza las vendedoras, en su mayoría viejas mujeres bolivianas, hacían su agosto ofreciendo sus bebidas de colores refrescadas con barras de hielo envueltas en sacos de gangocho, en medio del fragor de la multitud, entre toques de corneta y vivas a la huelga, se alcanzaba a oír al poeta Rosario Calderón recitando: «... *hoy por hambre acosado I esta región abandono I me voy sin fuerza ni abono I viejo, pobre y explotado I dejo el trabajo pesado I del combo, chuzo y la lampa I y esa maldita rampa I donde caí deshojada I soy la flor negra y callada I que nace y muere en la pampa...».* Su voz lastimera era apagada de pronto por retazos de discursos y arengas de oradores improvisados que se sucedían sin cesar, recalcando todos ellos la miserable situación económica y las degradantes condiciones de vida de los trabajadores pampinos. Que las peticiones de los trabajadores —gritaban a desgañitarse mientras se secaban el sudor con sus pañuelos arrugados—, tanto de Iquique como de la pampa salitrera, eran justas y razonables, y que ahora dependía de las autoridades y, sobre todo, de los industriales atender dichas peticiones en forma ecuánime y satisfactoria. Y a medida que avanzaban lentamente los minutos, la aglomeración, el ronco abejorreo de la muchedumbre y el polvo salitroso flotando junto al humo de los miles de cigarrillos encendidos, hacían que la temperatura y la tensión del ambiente fueran en aumento. A las dos y cuarenta y cinco minutos de la tarde, cuando ya no podíamos soportar más el calor y la incertidumbre, los huelguistas encaramados sobre las rejas, sobre los postes y sobre el altillo de la escuela, y toda esa muchedumbre impresionante que se había trepado a los techos de sus propias casas, empezaron a gritar como desaforados que ahí vienen, carajo. Que son más de mil. Que ahí cerquita, subiendo por la calle Latorre, vienen avanzando las tropas, hermanitos, por la chupalla.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

A esa misma hora, en el prostíbulo de Yolanda, Olegario Santana acaba de almorzar sentado en la cama, desnudo y servido por la meretriz de los ojos amarillos. En esos momentos ella ha ido a la despensa en busca de una botella de vino y él está solo en el cuarto. Sintiendo aún los efluvios de la borrachera, el calichero mira los cuadros de marcos descascarados, los adornos de yeso y los pañitos primorosamente almidonados de la pieza miserable. Al despertar, media hora atrás y verse completamente desnudo en ese catre de fierro forjado, le había comentado a la prostituta sobre el largo tiempo que llevaba sin dormir como la gente: sin ropa, en una cama blanda y con una mujer a su lado. Ahora, tendido de espaldas y con las manos entrelazadas en la nuca, mientras aspira el olor a sahumerio que inunda el ámbito de la pieza y compara la cama de cobertor rojo con su cama de galgos, Yolanda irrumpe agitadísima con la noticia de que los soldados tienen a los pampinos acorralados en la escuela y que la gente anda diciendo que los van a matar a todos como a perros. Olegario Santana se levanta de un salto y, atarantadamente, balbuciendo improperios contra sí mismo, comienza a vestirse ayudado por la prostituta que le va diciendo que se calme un poquito, pues, cariño, que tal vez no es para tanto, que ese calcetín está al revés, papacito, y que es mejor que salga por la puerta de atrás para que la cabrona no lo vea, pues ella no sabe que él se quedó a dormir, y si lo ve después le va a preguntar a ella si le cobró o no le cobró y cuánto le cobró, y la va a jorobar todo el santo día, pues la chola enana, por si mi pichoncito no lo sabe, ahí como la ve, tan carantoñera con los clientes, tiene una fama de piedra azul como él no se imagina, y déjeme que yo le ponga la camisa, cielito. Olegario Santana, en medio de su nerviosismo, y mientras se pone los zapatos saltando en un pie, le ofrece pagarle lo que ella le cobre, que en eso no hay problema. Pero Yolanda le dice que no sea tontito el pampino carita de jote, que se guarde nomás sus fichas de lata, y luego de hacerle las rosas en los cordones de los zapatos lo abraza y lo besa en la boca y le pide que se cuide, mi cielo, que no le vayan a meter una bala en el corazón esos milicos del carajo, y que la venga a ver cuando quiera. Olegario Santana responde el beso a medias y repitiendo sí, sí a todo lo que ella le sigue diciendo, termina de ponerse su paletó negro en el pasillo y sale a la calle por la pequeña puerta azul del patio.

Al llegar los soldados a la esquina de la plaza Montt, vimos que traían arreando a centenares de personas; vimos que venían armados hasta los dientes; vimos que arrastraban dos ametralladoras con ruedas y, a la cabeza de la tropa, con la mirada y la apostura póstuma de los héroes de los monumentos ecuestres, vimos al general Roberto Silva Renart montado en su caballo blanco. Al primer vistazo a la escuela Santa María, cuyo edificio ocupaba toda una manzana, el general —según escribió después en el parte—, calculó que habían unas diez mil personas por todas. Pero en honor a la verdad éramos cerca de catorce mil las almas apretujadas y horneándose bajo el sol abrasador. Lo primero que hizo el general fue ordenar que se rodeara la escuela por los cuatro costados. Luego, haciendo embestir a la caballería sobre la gente reunida en la plaza, tomó posesión de ella y se apostó en su centro, rodeado de su Estado Mayor.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

Conseguido el primer objetivo, hizo emplazar las ametralladoras a treinta metros del frontis de la escuela. «A *esas alturas* —escribió en su informe—, *ya tenía estudiado el campo de acción y determinada la estrategia a seguir».* Acto seguido, comisionó al coronel Sinforoso Ledesma para que se acercara al Comité que presidía el movimiento y le comunicara la orden estampada en el decreto gubernamental. El coronel avanzó en su cabalgadura hacia el frontis de la escuela y la masa de huelguistas situada ante la puerta le abrió camino sin ningún impedimento. A medida que adelantaba, algunos hombres gruñían consignas obreras y otros daban gritos de vivas a Chile, pero la mayoría sólo lo miraba avanzar en silencio. Al llegar cerca de donde se hallaba apostado el Comité Central, comunicó la orden de evacuar el local en el acto y dirigirse al Club Hípico. Los integrantes del Comité, tras un rápido conciliábulo con la gente más cercana —en que se acordó no dejar la escuela, pues en el hipódromo quedaríamos expuestos a cualquier tipo de ataque, incluso ser bombardeados desde los buques de guerra— respondieron al coronel diciendo que la actitud de la gente era tranquila, que no había ni habría violencia de nuestra parte, pero que no nos moveríamos de allí mientras nuestras peticiones no fueran resueltas.

Volvió entonces el coronel a cruzar de vuelta por entre nosotros para informar del resultado de su misión. «El comité se niega a cumplir la orden, mi general», le oyeron decir marcialmente los que estaban por ahí cerca. Entonces, para intimidarnos —porque hasta ese momento los huelguistas pensábamos que todo eso no era sino una faramalla de intimidación—, el general hizo avanzar las dos ametralladoras y ordenó colocarlas frente a la escuela, con puntería fija hacia la azotea en donde estaban reunidos los dirigentes. Luego hizo colocar un piquete del regimiento O'Higgins a la izquierda de las ametralladoras, con la intención de hacer fuego oblicuo hacia donde estaban los integrantes del Comité. Mientras se tomaban estas nuevas disposiciones, dos capitanes de navío se ofrecieron a parlamentar con los huelguistas. Ambos se dirigieron entonces a la multitud que cerraba la puerta de la escuela para hacernos ver las consecuencias de nuestra obstinación.

Mientras se producen estas conferencias, Domingo Domínguez, que en el tumulto se ha ido apartando de sus amigos, se acerca imprudentemente al lugar en donde están los marineros del «Esmeralda». Allí, plantado a unos pasos de ellos, acompañado por algunos operarios de San Lorenzo, comienza a arengarlos diciéndoles que los marinos de Chile no deben empañar sus glorias adquiridas frente a enemigos poderosos, matando ahora a compatriotas indefensos «¿Queréis que el pueblo no pueda ya invocar el glorioso 21 de mayo sin recordar al mismo tiempo un cobarde 21 de diciembre?», les enrostra enfebrecido, olvidándose por entero de sus poses histriónicas.

Eran las dos y cuarenta minutos de la tarde cuando el general, al ver fracasados los intentos de sus colaboradores, decidió ir él mismo a parlamentar con el enemigo. Acompañado de su corneta, se dirigió a trote lento hacia el frontis de la escuela. Al pasar por entre la muchedumbre, su actitud era altiva y

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

arrogante, y se le notaba en la mirada el desprecio absoluto hacia el proletariado. Nosotros —las mujeres, los hombres y los niños— con nuestro rostro bañado en sudor y los ojos enrojecidos por el polvo, lo mirábamos con una mezcla de odio, admiración y rubor. Los brillos de su uniforme militar y el caracolear magnífico de su caballo blanco nos deslumbraban hasta el embeleso. Sin embargo, lo que más admiración y asombro nos causaba era darnos cuenta de que el general no transpiraba un ápice; que bajo ese sol infernal que nos quemaba a todos, él parecía envuelto como en un aura helada. Frente a la puerta de la escuela, pidió hablar con los cabecillas de la *rebelión,* como insistía en llamar a la huelga. Los dirigentes descendieron desde la azotea, pero se mantuvieron detrás de las rejas del patio, rodeados de una muchedumbre que no dejaba de agitar banderas y pendones gremiales. El general les comunicó la orden perentoria del Intendente. Y que si no obedecían, les dijo en tono duro (en el parte al Ministro del Interior dijo que había rogado, implorado casi), el ejército y la marina harían uso de las armas para hacer cumplir la orden. El dirigente Luis Olea, robusto y sanguíneo pintor de brocha gorda, con acento respetuoso pero firme, le contestó que lo que ocurría, general, era que los pampinos siempre, durante todo el tiempo que llevaba la explotación de salitre, habíamos sido defraudados indistintamente, por autoridades, patrones y capitalistas sin escrúpulos. De modo que ahora estábamos dispuestos a morir por nuestra causa si era necesario. O, en todo caso, mi general, a emigrar al sur de la patria o a algún país hermano que quisiera acogernos. Cualquier cosa era buena, antes que volver a la pampa sin haber logrado una satisfacción a lo que pedíamos.

En esos momentos, mezclado a una turba de más de cuatrocientos huelguistas iquiqueños que irrumpen en la plaza avivando a los pampinos, llega Olegario Santana acezante y bañado en transpiración. El hecho de que las tropas los hubieran dejado pasar el cerco tan fácilmente, le hace arrugar el entrecejo. Los soldados estaban dejando entrar al que quisiera, pero no dejaban salir a nadie. «Están convirtiendo esto en una ratonera», piensa preocupado el calichero. Tras varios minutos de buscar afanosamente a sus amigos, abriéndose paso a empujones, los encuentra al fin entre el gentío que se amontona a la entrada de la escuela. Junto a Gregoria Becerra y a su hijo Juan de Dios, que la abraza fuertemente por la cintura, está el carretero José Pintor y el matrimonio de la oficina Centro con su hija Pastoriza del Carmen en brazos. La capita de Virgen de la niña no flamea a ningún viento y su corona de papel dorado parece arder a los rayos del sol. Los amigos se hallan entre un grupo de huelguistas bolivianos y peruanos que están parlamentado con los cónsules de sus respectivos países. Entre ellos se encuentran los dos amigos de la Confederación. Cada uno de los cónsules, empleando toda su verba de diplomáticos, tratan de disuadir a sus connacionales para que salgan da la escuela, indicándoles que ellos saben fehacientemente que la tropa hará fuego tirando a matar, y sin hacer distinción de nacionalidades. Pero sus coterráneos se emperran en quedarse. «Nosotros —dicen impetuosos y excitados— hemos acompañado voluntariamente a los hermanos chilenos en esta larga jornada de paz y justicia, y abandonarlos ahora

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

sería una cobardía y una traición sin nombre; una cobardía y una traición que no estamos dispuestos a cometer de ninguna manera, pues hermanitos».

A las tres de la tarde, el calor en la plaza ya era de caldera. Y la muchedumbre, parada a pleno sol, lo soportaba estoicamente. Mientras las mujeres se soplaban el escote y se abanicaban con sus pañuelitos minúsculos, los hombres, con sus sombreros echados hacia atrás, nerviosos y tensos, encendiendo un cigarrillo tras otro, no dejaban de protestar y gritar consignas. Iban a ser las tres y cinco minutos de la tarde cuando el dirigente José Brigg y los otros integrantes del Comité Central sugirieron a la masa el abandono de la escuela y el retiro hacia los terrenos del Club Hípico, proponiendo con esto una actitud conciliadora y manifestando a los obreros la esperanza de que se nos cumplieran las promesas hechas por las autoridades. Pero los espíritus ya estaban resueltos y la contestación negativa de la gente determinó la respuesta a la última intimidación de la autoridad: ¡Los trabajadores en huelga éramos el pueblo soberano. Estábamos ahí haciendo uso de nuestro derecho de hombres libres y nadie nos iba a mover!

Esta última actitud de los huelguistas produjo mucho desagrado en el ánimo del general. Y, de viva voz, en potente tono militar, nos intimidó por última vez a hacer abandono de la escuela. Muchos le volvimos a contestar que preferíamos abandonar Chile antes de volver como esclavos a la pampa. Algunos comenzaron a gritar ¡Que viva la Argentina! ¡Que viva el Perú! ¡Que viva Bolivia! Ante tales exclamaciones, el general perdió los estribos y tratándonos de facciosos y antipatriotas, hizo saber que iba a emplear toda la fuerza. Después de esto, un capitán de navío y luego un comandante, volvieron a dirigirse hacia los huelguistas. El capitán pidió obediencia a la autoridad, pues la resolución de hacer fuego era inquebrantable, y los obreros una vez más le respondimos que estábamos en nuestro derecho. El comandante, acercándose más al frontis de la escuela, nos hizo saber, persuasivamente, que se iba a abrir fuego enseguida, y que la gente que quisiera se podía retirar hacia el lado de la calle Barros Arana. «De ahí marcharán todos juntos y en paz hacia el hipódromo», dijo. Entonces, entre las pifias y los insultos de la muchedumbre que les gritaban su cobardía y falta de solidaridad, unas doscientas personas, entre ellas muchos curiosos que no tenían nada que ver con la huelga, salieron del lugar para ubicarse en la calle indicada.

Eran las tres y veinte minutos.

Y mientras en la incandescencia del cielo una bandada de jotes comienza a planear en círculos, cruzando sus sombras sobre la muchedumbre, Olegario Santana trata de convencer a Gregoria Becerra para que se una a las personas que se retiran por el lado de la calle Barros Arana. Que él está seguro, le dice, de que ese hijo de perra del general va a ordenar disparar contra la gente. Que lo vio clarito en su mirada de escarcha cuando pasó junto a él en su cabalgadura, de vuelta a su puesto de mando. «Hágalo por sus hijos», trata de persuadirla el calichero. Y apuntando a las ametralladoras dice en tono casi de rogatoria: «Yo vi

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

vomitar fuego a aparatos como ésos en la guerra, señora, y le digo que pueden matar a miles de cristianos en una pestañada». Gregoria Becerra, abrazada a su hijo, se niega a irse. Pero mira al matrimonio de la oficina Centro con su virgencita en los brazos y, con toda la pena del mundo asomada en sus ojos, les dice que lo mejor para ellos es que se vayan con los que van saliendo. El hombre y la mujer se miran un rato en silencio y dicen que ellos también se quedan. En sus miradas brilla la misma fascinación irreal que arde en los ojos del resto de la muchedumbre. Olegario Santana, con una expresión desorbitada, toma de las solapas a José Pintor y le grita que obligue a Gregoria Becerra a irse. Que si acaso están todos locos de remate. El carretero, mordisqueando nerviosamente su palito de dientes, dice que ha estado rogando desde temprano a su vecina para que salga de ahí, pero que no hay caso. Y que él tampoco se va, carajo. El calichero no comprende cómo toda esa gente no puede sentir en el aire el presagio de la muerte irremediable.

En esos momentos, convencido el general de que ya no era posible persistir por más tiempo —*«sin comprometer su prestigio y la honra de las autoridades y de la fuerza pública, y penetrado de la necesidad de dominar la rebelión antes de que terminara el día»,* como escribiría en su informe—, se decidió a tomar la resolución final. Erguido en su cabalgadura, con el sol prendido en sus arreos militares, tras persignarse levemente, levantó la mano para dar la orden de fuego.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

20

El mar resplandece como una lámpara. Con gesto gracioso, Liria María se pasea por la arena dándose aire con un abanico de motivos japoneses que le acaba de regalar Idilio Montano. Es primera vez en su vida que posee uno y usarlo le da una alegría casi infantil.

Al salir de la escuela habían pasado por el almacén del chino Chiang a comprar dulces y le oyeron decir que acababa de recibir mercadería de Oriente. Y entre finos rollos de seda pura, cajones de té aromático y delicadas piezas de porcelana, Liria María había descubierto el abanico cuyos encajes y filigranas en añil y oro la habían maravillado. Él se lo compró al instante con el dinero que le quedaba del cambio de sus últimas fichas. «Total —dijo—, hoy, para bien o para mal, se arregla la huelga y nos volvemos todos al trabajo».

La gente que hay en la playa a esas horas es casi toda de la pampa; en su mayoría familias bolivianas, hombres y mujeres de rostros impenetrables que habían llegado a las salitreras atravesando los fragosos pasos cordilleranos y que jamás en su vida habían visto el océano, ni siquiera en fotografías. De modo que desde el mismo día de su llegada a Iquique, prácticamente vivían a orillas del mar. Pescaban, cocinaban, lavaban —algunos hasta dormían allí— fascinados por la dimensión infinita de las aguas y el perpetuo estallido de las olas contra las rocas.

Pasado el mediodía, cuando aún no corre una pizca de viento y el sol reverbera caliente en las aguas del mar, aparece en la playa un piquete de policías a caballo gritando que la gente de la pampa debe reunirse de inmediato en la escuela Santa María; que hoy se arreglará definitivamente el conflicto. «Hoy vuelven a sus casas y a su trabajo», dicen gravosamente a través de sus bocinas, sin desmontar de sus cabalgaduras. Y los pampinos, respetuosos y cumplidores como siempre, comentando en voz baja la premura del llamado, comienzan a recogerse de a poco y a marchar agrupados hacia el centro de la ciudad.

Parapetados detrás de un montículo de arena, Idilio Montano y Liria María se van quedando solos. Cuando él se lo hace saber, ella se cubre la cara con el abanico en un natural gesto de rubor. Pensando en la feminidad natural que irradia el abanico, Idilio Montano le dice con ternura que da la impresión de que ella lo hubiera usado toda la vida. Liria María, escondida detrás de las flores de loto,

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

mostrando nada más que los ojos, le sonríe con todo el esplendor de su mirada. Idilio Montano la besa en la frente. Y cuando, tras un rato de silencio, ella vuelve a elogiar la fineza y hermosura de su abanico, él, en un travieso tono de gravedad, le dice que es bueno que ella sepa que se lo ha regalado principalmente por dos motivos: primero, porque se parecen a los volantines, y, segundo, para que no siga abanicándose con las manos, pues, según decía su abuela, eso atrae maleficios. Y se pone a contarle que su majestuosa abuela boliviana era una anciana muy sabia que, además de partera, era ducha en materia de sortilegios y sahumerios. Él muchas veces la había visto curar, entre otras cosas, el mal de ojo, la había visto quebrar el empacho, componer huesos, enderezarle la boca torcida a un hombre sobajeándole la cara con una pata de chivo, y hasta sacarle el diablo del cuerpo a una joven religiosa que se había enamorado de un músico del Orfeón.

Liria María no dice nada. Como un niño con un juguete nuevo, sigue abanicándose y sonriendo feliz de la vida.

—Lo único que le pido —le dice cariñoseándola Idilio Montano— es que no se le vaya a ocurrir soñar con él.

—¿Y por qué no? —pregunta ella extrañada, sin dejar de darse aire.

—Porque, según mi querida abuela, soñar con un abanico es indicio de que una traición anda rondando.

Liria María lo mira con el ceño fruncido.

—Además no debe abanicarse tan despacio —le exhorta él, semiserio—. Pues eso es signo de indiferencia para con el que está a su lado.

—¿No cree que su regalito está saliendo un poco complicado? —replica ella en un fingido mohín de enojo.

—Es que al decir de mi abuela —se disculpa ligero él—, que también era consejera en materias del amor, el uso del abanico encierra todo un código de señales de cortejo nupcial. Por ejemplo, y sólo de lo que yo me acuerdo, pasar el dedo índice por las varillas significa: «Tal vez debamos hablar». Abanicarse con la mano izquierda quiere decir: «No mires a ésa». Asomarse a la ventana abanicándose significa «Espérame». Al quitarse un cabello de la frente con los padrones se está diciendo: «No me olvides». A final de cuentas, parece que una mujer con su abanico abierto expresa más cosas que un mudo con sus manos ¿no le parece? |

—Desde hoy en adelante —dice Liria María— me pasaré la vida quitándome los cabellos de la frente con los padrones. Así usted me recordará a toda hora.

Idilio Montano se tumba a su lado y sonríe. De espaldas en la arena, se pone a contemplar el azul del cielo, sin ninguna nube que lo manche. Al ir quedando solos en la playa, le parece que el ruido del mar y el graznar de las

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

gaviotas revoloteando sobre sus cabezas se han ido haciendo más nítidos. De pronto, sin saber bien a guisa de qué, Idilio Montano se incorpora, la mira a los ojos y se oye diciéndole que por qué nunca le ha hablado del joven que se mató de amor por ella.

Liria María deja de abanicarse por primera vez y le devuelve la mirada sorprendida.

—Claro que si no quiere contarme nada lo entenderé perfectamente —se apresura a decir él.

Ella cierra el abanico, lo deja sobre su falda y suspira hondo. Luego clava su mirada en un punto del horizonte y, metiendo las manos en la arena caliente, apuñándola y dejándola ir lentamente por entre los dedos, comienza a narrar aquella historia que aún la sigue atormentado en sus pesadillas. Al joven lo había visto por primera vez en la pulpería, una mañana en que la ayudó a llevar un saco de carbón demasiado pesado para ella. Desde esa vez no había dejado de pasar un solo día frente a su casa. Le dejaba papelitos escritos en la ventana diciéndole que estaba enamorado de ella y citándola en diversos lugares del campamento. Citas a las que, por supuesto, ella nunca fue. Hasta que una tarde de abril, en que él le había dejado una esquela pidiendo verla en la plaza «a la hora en que comienza a tocar el orfeón», al ver que ella ya no iría —el orfeón iba en su cuarto tema—, el joven apareció en su casa con un cartucho de dinamita atado al cuello. La llamó por su nombre desde la calle y cuando ella se asomó a la ventana, se hizo volar en pedazos ante sus ojos horrorizados.

Idilio Montano, emocionado, le toma la mano. Algo le quiere decir y sólo se queda mirándola en silencio. En esos momentos una bandada de gaviotas cruza chillando el cielo y los ojos húmedos de Liria María.

Que pese a lo triste del suceso, continúa ella, como hablando consigo misma, lo malévolo había sido que después se andaba comentando en la oficina que el difunto había sido su novio. Al parecer, por las noches, y sin ella saberlo, el joven se iba a parar junto a la ventana de su casa, en donde una vez fue sorprendido por un sereno del campamento. Este anotó en su Libro de Vigilancia que la señorita Liria María, hija de la viuda Gregoria Becerra, domiciliada en la calle tal, número tanto, conversaba con su novio a través de la ventana hasta altas horas de la noche. Aunque eso era mentira, ella y su madre se habían impresionado ante el hecho inadmisible de que existiese un libro de esa naturaleza en la Administración. Un libro en donde todo lo que la gente hacía o dejaba de hacer en el Campamento —incluso lo que decía o no decía— era anotado meticulosamente.

Idilio Montano le dice que en todas las salitreras existe un Libro de Vigilancia a través del cual se informa a los administradores de todo lo que ocurre en los campamentos: las peleas, los accidentes, los robos, los suicidios, los partos, las visitas, las fiestas, los enamoramientos, las bodas, los adulterios, las compras fuera de la pulpería y en general el comportamiento de cada uno de los

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

trabajadores y sus familias, en la calle y dentro de sus propias casas. Y eso él lo sabe perfectamente, pues una vez, siendo un niño, junto a otros niños de su edad se había robado uno de estos libros en la Administración de San Lorenzo. Era un libro grande, de tapas duras y negras. Y él siempre se acordaba de dos informes anotados en sus páginas. Dos informes que lo habían impresionado particularmente porque hacían referencia a personas que él conocía, y que de tanto leerlos los había aprendido de memoria. Uno era el suicidio de un matrimonio que vivía a la vuelta de su casa y la anotación decía: «a las 8.15 horas p.m., el Jefe del Servicio Nocturno, Juan Ortiz, encontró dos cadáveres en la calle Sargento Aldea. Los cuerpos pertenecían a Jesús Eulogio Cortés de 37 años, natural de Canela de Mincha y su esposa María Aurora Guerrero, de 29 años, natural de Valparaíso. Para poner fin a sus días han utilizado dinamita, la que, encontrándose ambos acostados, se supone que colocaron entre el estómago de Jesús Eulogio y la espalda de la mujer, pues la explosión les destruyó a ambos las partes indicadas». El otro era un informe similar a lo que le había ocurrido a ella en la oficina Santa Ana. Éste tenía un título que decía: «Enamorados», y hablaba de un hombre que él siempre veía venir a casa a consultar a su abuela sobre cuestiones amorosas. Se trataba de un tipo bajito, vestido siempre de manera elegante. «El carbón se hace y el cabrón nace», le oía decir a su abuela cuando el hombre se iba. «A las 11.30 p.m. —decía el informe— se encontró en una ventana del Hospital al individuo de nombre Pedro Américo Osorio Andrade, conversando con la enfermera Alejandra Castillo, que es casada con el chino de la carbonería. La susodicha enfermera se hallaba sin la toca y con la bata a medio desabrochar. Osorio Andrade, trabaja en la maestranza y vive en la calle Lord Cochrane, número 4».

Liria María, que lo ha oído en silencio, mordiéndose los labios murmura con rabia que hasta los sentimientos quieren controlar estos gringos canallas. No les basta con ser dueños del sudor de los trabajadores y amos de su tiempo. «Estos desgraciados también quieren convertirse en dioses de sus pobres vidas miserables», dice enronquecida.

Idilio Montano, que jamás la había oído hablar de ese modo en los siete días y siete noches que lleva de conocerla, se da cuenta claramente que la muchacha está forjada en la misma fragua de su madre. Y eso lo enamora aún más.

De pronto, una gaviota blanquísima se posa en lo alto del pequeño montículo de arena, a dos metros de ellos. Sus redondos ojillos parecen espiarlos inquietos. Ella se la queda mirando con curiosidad. Él, risueño, dice que la gaviota tiene el mismo modo de mirar, así de medio lado, de una pulpera bizca que conoce en San Lorenzo. «Se llama Alamira Bellavista», dice. Ella sonríe, pero no cree que se llame así. Y cuando ambos, tratando de acercarse a la gaviota, haciéndole gracias con el abanico y llamándola por el nombre de Alamira, suben gateando la pequeña duna, caen en la cuenta de que están completamente solos. En toda la extensión de la playa no se ve un alma.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

Ambos se miran con aire de complicidad. Ahora sí pueden bañarse libremente. Ella, entonces, luego de hacerse rogar un poco, le pide que se vuelva un momento para sacarse el vestido y luego sale corriendo hacia el mar. Él se desviste en dos tiempos y la sigue riendo y enredándose en los pantalones. Con el agua a la cintura, ríen felices de la vida.

El mar entero es suyo. El cielo, la nubes, los cerros, todo les pertenece. Ella en enaguas y él en camiseta y calzoncillos de tocuyo, juegan a tirarse agua alegremente. Se empujan, se abrazan, no paran de reír. En un instante, mirándose intensamente a los ojos, sienten que ya no pueden esperar más tiempo y se ciñen en un largo beso inmensurable. Sus labios saben a toda el agua del mar, a toda la sal del universo. Se sienten felices. El mundo es sólo de ellos. Extenuados de dicha, él la alza en los brazos y, sin dejar de besarla, la deposita suavemente en la orilla. Y allí, donde la playa no es agua ni arena sino una delgada lámina de cielo transparente, comienzan a amarse, tiernos, gozosos, febriles. Para ambos es la primera vez; para ambos es un milagro, una epifanía, una celebración. El mar entero es un santuario y ellos los sacerdotes oficiando la misa. Ella llora de amor. Él parece morir de felicidad.

Después, tendida de cara al cielo, temblando aún de amor, Liria María yace como si toda la languidez del mundo se hubiese alojado en su cuerpo de niña. Con la popelina de la enagua pegada a su piel blanquísima, besada apenas por el mar, tiene en su cuerpo el gesto de una sirena desmayada. Él, con toda la luz de la tarde convergiendo en sus ojos negros, la contempla en silencio. En esos momentos su corazón es un frágil volantín en vuelo sostenido por la pura brisa del amor de aquella niña tan dulce. Y se lo dice. Ella lo mira y piensa que la pasión le ha agregado más carbón a sus ojos negros. Como nunca antes habían amado, cada caricia y cada una de sus palabras de amor les resulta un descubrimiento nuevo, un asombro, una maravilla. Ellos dicen sol y el sol es el amor; dicen arena, y cada grano de arena se preña de amor, y al nombrar el amor la luz del día se repliega como una pantera encandilada.

Y cuando, embellecidos, fulgentes, pulidos sus cuerpos por el agua, de nuevo han comenzado a abrazarse y besarse, un fugaz silencio los cubre de súbito. Un silencio tan hondo que pareciera que el mar se hubiese muerto de golpe —no se oye ni el viento, ni las olas, ni las gaviotas—, un silencio universal que dura apenas una milésima de segundo, porque, al instante, sin siquiera alcanzar a despegar sus bocas, se empieza a oír un estruendo que les hace trizas el clima del encanto y rompe en pedazos el aire de la tarde. «Las ametralladoras», susurra roncamente Idilio Montano. Liria María se pone de rodillas y se lo queda mirando como fascinada. Luego, volviendo la vista a la ciudad, temblándole los labios, exclama quedito:

—¡Diosito lindo, los están matando a todos!

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

21

Eran las tres y cuarenta y ocho minutos de la tarde del sábado 21 de diciembre —el viento del mar aún no comenzaba a correr en Iquique—, cuando el general Roberto Silva Renard, desde lo alto de su cabalgadura blanca, bajó el brazo dando la orden de fuego.

Al instante, el piquete del O'Higgins hizo su primera descarga hacia la azotea de la escuela en donde, de pie frente a la plaza, rodeados de banderas y estandartes, con la actitud serena de los que saben que luchan por algo justo, permanecían unos treinta dirigentes del Comité Central. A la descarga de la fusilería varios de ellos cayeron sobre el tumulto que cubría la puerta y las rejas del patio exterior. Acto seguido, el general ordenó al piquete de la marinería sitiada en la esquina de la calle Latorre, que disparara justamente hacia el frontis del local en donde se amontonaba el grueso de los huelguistas más arrebatados y bulliciosos. Era tal la confianza nuestra y la de toda la gente respecto de que el ejército chileno jamás cometería el crimen de disparar sus armas sobre compatriotas indefensos, que mientras los de adelante, muchos con el cigarrillo humeante en los labios, caían perforados por los tiros de los fusileros, los de más atrás gritaban a voz en cuello, convencidos sinceramente de sus palabras, que no había de que asustarse, hermanitos, que sólo eran balas de fogueo. Sin embargo, los que vimos caer acribillados junto a nosotros a los primeros compañeros de trabajo, a los amigos de toda la vida o a nuestros propios familiares, y que espantados por la visión tratamos de desbandarnos en oleadas hacia las calles laterales, fuimos obligados por la tropa que rodeaba el lugar, a punta de lanza y disparos de fusiles, a volver al centro de la plaza en donde la confusión era infernal. Pero las descargas de los fusileros eran sólo el prefacio, el preludio de la sinfonía terrible que las ametralladoras, con puntería fija hacia el balcón del Comité Central, comenzaron a entonar enseguida en el anfiteatro de la plaza Montt. Al barrido de su martilleo tronante, otros tantos cuerpos de dirigentes cayeron sobre la multitud produciendo un arremolinamiento tal que, de pronto, sin tener hacia donde correr, nos vimos empujados en torrente hacia el lugar mismo en donde estaban emplazados esos armatostes del demonio vomitando sus sonámbulos fogonazos de muerte. Luego de una segunda barrida hacia el balcón central, las ametralladoras modificaron su alza, bajaron sus bocas de fuego en

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

dirección a la masa de gente que rebasaba el frontis de la escuela y, sin ninguna conmiseración por niños y mujeres, comenzaron a rugir su balacera mortal. Una carnicería inconcebible comenzó entonces a producirse entre los huelguistas y la gente que se había quedado a ver en qué terminaba ese frangollo de los pampinos y las vendedoras ambulantes que, seguras como todo el mundo de que nunca se llegaría a disparar, se quedaron instaladas tranquilamente en la plaza ofreciendo su mercancía. La sangre de las primeras decenas de muertos cercenados por la metralla comenzó a formar rojos charcos humeantes que se sumían oscuramente en la tierra e impregnaban el aire de un denso olor ardiente. Como ya no cupo ninguna duda de que se trataba de una matanza sin cuartel, la gente comenzó a gritar afligida que izaran banderas blancas, hermanitos; que alzaran banderas blancas, carajo. Y varias decenas de trapos, pañuelos y cotonas de trabajo, algunas ya manchadas de sangre, emergieron entre la multitud, agitadas desesperadamente como señales de rendición. Pero en el fragor y la confusión de la masacre nadie hizo caso de ellas y las ametralladoras siguieron vomitando su mortífero fuego implacable. Ante las oleadas de muerte, seguramente el general se había sumido en esa especie de fascinación que se produce al contemplar el flamear de las llamas de una fogata. Y en tanto el martilleo ensordecedor de las ametralladoras seguía resonando como dentro de la caja de nuestros propios cráneos, la fusilería no dejaba de disparar fuego graneado en dirección a la gente arranchada en la carpa del circo y sobre los que tratábamos de huir de la línea de fuego. La ardua luz del día y el polvo levantado por el torbellino de la multitud enloquecida hacían aparecer todo el cuadro como una alucinante escena de horror. Envueltos en una confusión espantosa, sin hallar por donde ni para donde huir de las balas, nos replegamos de nuevo hacia las puertas de la escuela en donde se produjo un impresionante remolino humano, pues al mismo tiempo los miles de huelguistas apiñados en el primer patio trataban de escapar en bocanada de la ratonera mortal en que éste se había convertido.

Al sonar la primera descarga de los fusileros hacia la azotea de la escuela, Olegario Santana, junto a Gregoria Becerra, su hijo Juan de Dios y José Pintor, ven a Domingo Domínguez, acompañado de algunos operarios jóvenes, adelantarse hacia el lugar en donde está emplazado el general. Allí, frente al uniformado, abriéndose la camisa y mostrando el pecho desnudo, el barretero grita a todo pulmón que aquí está mi corazón si quieren sangre obrera, carajos. Y justo en el momento en que Olegario Santana se está diciendo: «Que hijo de puta más loco», suena la segunda descarga del piquete de la marinería y, a través de la batahola de gente congestionada, el calichero ve caer muerto a su amigo del alma y a los hombres que lo acompañaban. Con los ojos humedecidos de golpe, justo en el momento en que comienzan a disparar las ametralladoras, le grita a Gregoria Becerra que se tire al suelo con su hijo. Pero en medio del griterío de la gente, la trifulca de la caballería y el estruendo ensordecedor de las balas, nadie oye nada. Cuando se apresta a agarrar a ambos por las espaldas y empujarlos al suelo, una bala de fusil le muerde el hombro y lo hace tambalear y caer de rodillas

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

y luego rodar por el suelo entre el barullo de gente despavorida. Olegario Santana quiere quedarse tendido ahí para siempre, olvidarse de todo y ponerse a dormir en posición fetal junto al cadáver de un hombre con el vientre perforado que lo mira con sus pavorosos ojos en blanco, pero comienza a ser pisoteado por la turba que se arremolina enloquecida a su alrededor y trata desesperadamente de pararse para no morir aplastado. En el momento en que a duras penas ha logrado ponerse de rodillas, las ametralladoras comienzan a rugir de nuevo, ahora apuntando sus mortíferos cañones giratorios hacia ellos, y un montón de gente cae a su lado aserruchada por los proyectiles. Desde el sitio donde yace arrodillado, como en una visión de arrobo, el calichero ve caer atravesado por las balas al matrimonio de la oficina Centro; ve caer a la mujer y, casi al unísono, al padre con su hijita Pastoriza del Carmen apretada contra su pecho. En un gesto protector más allá de lo humano, ve al hombre tratando de no soltar a la criatura de sus brazos mientras va cayendo, ya muerto, a pocos metros de él. La niña queda sentada en la tierra, incólume, rodeada de los brazos de su padre. Un abuelo de sombrero de paja intenta recoger a la pequeña y una ráfaga de metralla le corta el cráneo a la altura de la frente como una sierra atroz y su cuerpo cae junto a los esposos saltando en terribles convulsiones. Como en una pesadilla sorda, Olegario Santana se ve acercando a gatas hacia donde está Pastoriza del Carmen. La niña, sentada en el suelo, con la corona dorada caída hacia atrás y su capita de Virgen manchada por la sangre de sus padres, no llora ni grita ni hace ninguna clase de gestos; como en un ámbito propio, todo lo que hace es mirar con sus ojitos abiertos hasta el delirio y una expresión de horror inconmensurable macerada en su rostro moreno. Cuando en medio de la balacera ya casi está por alcanzarla, alguien le cae encima aplastándole la cara contra el suelo y, desde allí, a través del tierral y la reverberación de la sangre caliente, alcanza a ver a una mujer de faldas abolivianadas que recoge por los hombros a la niña y sale con ella corriendo, protegiéndola con su propio cuerpo. Cuando Olegario Santana logra levantarse del todo, una oleada de gente lo alza en vilo y lo deja aplastado contra las rejas del frontis de la escuela. Allí, a dos metros, está Gregoria Becerra gritándole desesperada a los dos amigos de la Confederación Perú-boliviana que por amor de Dios le alcancen a su hijo que se le ha soltado de la mano por ese lado. Luchando contra la fuerza del remolino humano, uno de los amigos logra rescatar a Juan de Dios que se abraza de nuevo a su madre mirándola con una muda expresión de alucinado. Gregoria Becerra, que al parecer no se ha dado cuenta de que ha sido herida en un brazo, y que sangra profusamente, al ver a Olegario Santana, le dice a gritos, con los ojos arrasados en llanto, que no puede creer que esos hijos de mala madre los estén masacrando de esa manera. «Hay que escapar por este lado», grita de pronto José Pintor apareciendo a la izquierda de ellos con el rostro desencajado. Olegario Santana vuelve la cabeza y, consciente de lo absurdo que resulta pensarlo, se fija en que el carretero no lleva ningún palito entre los dientes. En medio de la confusión y el apretujamiento, sólo los amigos confederados pueden echar a correr calle abajo detrás del carretero que, saltando por entre la montonera de cuerpos caídos, gritando sus más obscenos improperios de carretero, trata de atravesar hacia la calle Barros Arana. Pero

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

antes de lograr salir del cerco, un lancero lo atraviesa a la altura del cuello y, José Pintor, con el rostro congestionado, desarticulado como un muñeco, cae desangrándose junto a otros cadáveres tirados cerca de un puesto de frutas en donde las manzanas rojas desparramadas por el suelo se confunden con la sangre. Casi al mismo tiempo, alcanzando ya la esquina, uno de los confederados cae herido por una bala de fusil en la espalda. Su amigo se devuelve a recogerlo, y con él sobre sus espaldas corre desesperadamente intentando atravesar por entre los caballos de dos lanceros. Uno de ellos lo ve y en el momento en que levanta su lanza para ensartar a los dos hombres juntos, su caballo cae fulminado por una ráfaga de ametralladora. El obrero peruano, con su amigo agonizando sobre sus hombros, bañado de su sangre, logra salir a la calle Barros Arana y perderse hacia abajo, en dirección al conventillo El Obrero.

Resbalando en los charcos de sangre humeante, pasando por encima de nuestros compañeros muertos —y de los que se hacían los muertos cobijándose debajo de los cadáveres para, de ese horrendo modo, salvar sus vidas—, muchos de los huelguistas seguíamos tratando de escapar por las calles laterales, pero éramos repelidos sin piedad por los soldados que a punta de lanza y disparos de fusil nos empujaban al centro de la masacre. En un instante las ráfagas acallaron su ruido infernal y todos pensamos con alivio que el horror había terminado. Pero era sólo que las ametralladoras, esos terribles armatostes que la mayoría de nosotros no habíamos visto ni oído jamás antes en nuestra precaria vida de salitreros, esas monstruosas armas que después supimos eran de fabricación alemana, de diez cañones giratorios, con un alcance de 2.100 yardas y una cadencia de tiro de 400 cartuchos por minuto, capaces de partir a un caballo por la mitad, sólo estaban cambiando de posición y ahora giraban y apuntaban sus bocas de fuego a la carpa del circo repleta sobre todo de niños y mujeres que comenzaron a caer desde las graderías sobre la pista de aserrín, unos encima de otros, cercenados por esos cartuchos pavorosos que, por la corta distancia de tiro, atravesaban de hasta a seis cristianos a la vez antes de perforar también las tablas de las casas más cercanas. En pleno fragor de la masacre, cuando el remolino de la confusión nos llevaba a pasar cerca de donde estaba emplazado el general, lo veíamos impávido sobre su corcel blanco, como cincelado a granito, sin que le temblaran un ápice las puntas de sus mostachos retorcidos, contemplando con sus fríos ojos de vidrio esa masacre despiadada, y acaso pensando que tal vez la Historia lo iba a recordar en los libros póstumos como el gran vencedor de «La Batalla de Iquique», como comenzarían a llamar al día siguiente, en los círculos militares y de gobierno, a esa cobarde matanza de obreros indefensos.

En una de las pasadas frente a la carpa del circo, llevado casi en el aire por el torrente de la multitud, tratando de encontrar a Gregoria Becerra que se le ha vuelto a perder de vista, Olegario Santana ve al monito Bilibaldo, atado a su cadenilla, chillando y saltando en torno al cadáver de la bailarina del circo. Lo ve justo en el momento en que el animalito es alcanzado también por un proyectil y queda tendido muerto junto a la muchacha, en una actitud de niño desvalido, con su mameluco azul y su camiseta a rayas. «¡Hijos de puta!», rechina el calichero,

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

mientras es devuelto por el torbellino de gente hacia el frontis de la escuela. De pronto, por el lado del Consistorio Municipal, descubre a Gregoria Becerra y a su hijo Juan de Dios arrastrados por el tumulto. Gritando sus nombres hasta desgañitarse y luchando desesperadamente entre el hervidero de gente, trata de llegar hasta ellos empujando y pisando por sobre las rumas de muertos destrozados, ensangrentados completamente y algunos con sus pantalones ensopados en mierda. De pronto, ya cerca de ellos, Gregoria Becerra gira la cabeza como si lo hubiere oído llamarla. Y en el mismo instante en que ella lo mira con una lucecita de alegría encendida en las pupilas, Olegario Santana, con un horror inconcebible, ve como la mujer es alcanzada y barrida violentamente junto a su hijo Juan de Dios por las últimas balas de la última ráfaga de ametralladora que resuena en el aire ardiente y polvoroso de la plaza Montt. La imagen de Gregoria Becerra alcanzada por la metralla, cayendo acribillada junto a su hijo, se le fija en sus pupilas atónitas como una escena de alucinación que no termina nunca de suceder, como si madre e hijo se demoraran en caer, se demoraran en caer, se demoraran infinitamente en caer y quedar en el suelo amontonados junto a los millares de muertos cuya sangre ya había comenzado a correr como un torrente sin contención por las pendientes de las calles de tierra.

El responsable de que se acallaran las ametralladoras había sido el vicario apostólico Martín Rücker. El religioso, horrorizado por la masacre, logró meterse al centro de la plaza y, entre el polvo, el humo de la metralla y la confusión de la gente, recogió una guagua muerta sobre el pecho de una mujer —los cartuchos habían atravesado a ambas—, y corrió con ella a plantarse frente al general. «Por el amor de Dios, termine usted con esta carnicería», le gritó arrodillándose ante su caballo blanco. El general lo miró como despertando de un estado de hipnosis profunda y se lo quedó viendo con una fijeza ausente. La mirada vesánica de sus ojos claros tenía el brillo asonambulado de los ojos de los peces. «Si tiene sed de sangre chilena, aquí tiene la mía», lo increpó el vicario, abriéndose la sotana por el pecho. Los mostachos engomados del general de brigada parecieron temblar tenuemente cuando, sin quitar la vista del hombre que lloraba arrodillado ante él, alzó la mano para detener el fuego. Habían transcurrido cuatro minutos y veinte segundos eternos.

Al acallarse el tableteo de las ametralladoras, en la plaza sembrada de cuerpos caídos —y de algunos cadáveres de caballos alcanzados por las metralla—, el silencio pareció cósmico. Después, poco a poco, se fue comenzando a oír el llanto de las mujeres, los estertores de los moribundos y los gritos desgarradores de los hombres heridos mortalmente, pidiendo por piedad que los terminaran de matar de una vez por todas. Entre esos gritos de dolor se elevaba por sobre todos el de un obrero agonizante clamando entre sollozos, en un marcado acento español, que su nombre era Manuel Vaca y que por favor le avisaran a su hermano Antonio para que viniera a vengar su muerte. Seis años después supimos que el hermano había cruzado la cordillera a pie desde Argentina, donde se hallaba trabajando, para atentar contra la vida del general fratricida. Y aunque fue un intento frustrado, logró herirlo varias veces con una

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

pequeña daga. Una de las heridas le comprometió el ojo izquierdo y el militar se vio obligado a usar un parche de pirata por el resto de sus días. Que al verse manchado de sangre, contaban los testigos oculares del hecho, el general, tan arrogante en la matanza de Iquique, lloraba como un perrito nuevo acurrucado en el suelo.

Al terminar el tableteo de las ametralladoras, a pesar de los quejidos, el llanto y el impotente blasfemar de los obreros; a pesar de los gritos destemplados de la soldadesca y del galopar feroz de los lanceros por sobre los obreros caídos, a Olegario Santana le parece no oír nada en el mundo, ningún ruido, ni el más mínimo sonido, como si tuviese los oídos taponados de algodón. La única sensación que siente es el olor a sangre mezclado con el hedor ácido de la pólvora. Cuando logra recuperarse de esa especie de estado alucinatorio, corre desesperado hacia el lugar en donde ha caído Gregoria Becerra junto a su hijo. Ahí, sin poder contener las lágrimas, sólo alcanza a cerrarle piadosamente los ojos a la mujer y acariciarle las mejillas al niño antes de ser atropellado por la caballería que, en una carga desaforada, se ha lanzado hacia el centro de la plaza acaballando a los sobrevivientes y obligándolos a rejuntarse por el lado de la calle Barros Arana. Mientras tanto, la infantería entra por las puertas laterales de la escuela rematando brutalmente a los heridos de muerte que colman las entradas del recinto descargando sus lanzas sobre hombres y mujeres indefensos que con las manos en alto o agitando trapos blancos no paran de llorar y pedir misericordia, por el amor de Dios.

Una vez tomada y desalojada la escuela, comenzó el penoso arreo hacia los recintos del hipódromo. Entre dos filas de soldados, los huelguistas sobrevivientes caminaban cargando lastimosamente a algún compañero herido, o consolando a las mujeres y a los niños que no paraban de llorar. Sin embargo, la mayoría marchábamos en silencio, con los puños apretados y haciendo crujir los dientes de impotencia. Mientras avanzábamos, varios de los obreros heridos, algunos con sus miembros cercenados o sus visceras afirmadas a dos manos, golpeaban desesperados a las puertas de las casas a lo largo de la calle, pidiendo cobijo. Pero las casas se hallaban cerradas con trancas y sus moradores parecían haberse esfumado. Sólo al llegar al conventillo 198, algunos heridos lograron burlar a los soldados y esconderse en las habitaciones cuyas puertas se abrieron para acogerlos. En ese conventillo se encontró después a media docena de muertos y una veintena de heridos que habían sido cuidados solidariamente por sus moradores, que era gente de la más pobre de la ciudad.

Más adelante, en la confusión de la marcha, otros obreros lograron escabullirse de la procesión y asilarse en algunas casas particulares. Pero muchos fueron muertos despiadadamente en el intento. Un huelguista herido en una pierna, que camina cerca de Olegario Santana, en la esquina de la calle Bulnes trata de desviarse del camino, pero es visto por un soldado de la caballería, quien, enristrando su lanza adornada con una banderola chilena, corre hacia él y se la hunde sin piedad por la espalda. Más allá, un operario boliviano que también

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

quiere huir, es muerto de un lanzazo en la nuca y el sombrero le queda ensartado grotescamente en la lanza. Mientras Olegario Santana camina en el apretujamiento tratando de amarrarse el pañuelo en la herida del hombro, y pensando que todo eso no puede ser real, un hombre joven que camina a su lado se ofrece a ayudarle. Mientras le ata el pañuelo, el hombre comienza a hablar diciéndole que hay que grabarse firme en la mollera cada detalle de lo que está sucediendo; estarcirlo a fuego en la memoria. Que después los mandamases van a querer echar tierra sobre esta masacre horrenda, pero ahí estarán ellos entonces para contársela a sus hijos y a los hijos de sus hijos, para que éstos a su vez se lo transmitan a las nuevas generaciones. «Esto lo tiene que saber el mundo entero, compañerito», dice conmocionado el hombre. Olegario Santana, sólo porque le capta una nobleza franca en la voz, y nada más que por decir algo, le pregunta cómo se llama.

—José Santos Elizondo —responde el hombre—. Soy miembro de la Mancomunal Obrera de Caleta Buena.

Al llegar al recinto del Hipódromo, los soldados ordenan a todo el mundo ponerse de rodillas y con las manos en la nuca, y comienzan a registrar uno a uno a los huelguistas. Mientras Olegario Santana, arrodillado, espera su turno, se da cuenta de que no tiene su corvo. Cuando se está diciendo que seguramente se le ha caído en la trifulca de la escuela, alguien, de un manotazo, le saca su viejo sombrero de pita y se lo cambia por uno de paja. «Es para el compañero presidente», oye que le dicen. Entonces, a dos pasos de él, ve a José Brigg rodeado de una decena de operarios que tratan de ocultarlo. Con una pierna destrozada por la metralla, el presidente del Comité Central se está recortando los grandes mostachos con un trozo de vidrio, mientras otros le cortan apuradamente su melena colorina. Después le ponen ropa de trabajo, le ciñen su ruinoso sombrero y le pasan una cachimba de corcho que lo deja convertido en un verdadero michicuma. Diecinueve días después se supo que el presidente del Comité Central había desembarcado en el puerto del Callao a bordo del vapor Mapocho junto a otros setenta y ocho huelguistas.

A nadie en el hipódromo se le encontró ningún arma, salvo algunas navajas de afeitar y un par de cortaplumas con cachas de hueso —lo mismo había ocurrido en la escuela: tras un prolijo registro buscando las carabinas, los rifles recortados, los revólveres y los cartuchos de dinamita que los gringos habían hecho creer que teníamos en nuestro poder, apenas habían hallado un par de revólveres sin señales de haber sido usados—. Después de la revisión, rodeados por la caballería y la infantería, fuimos arracimados como animales frente a las tribunas, mientras se asentaban frente a nosotros las temibles baterías de ametralladoras. Ahí pasamos todo el resto del día de rodillas, sin beber agua ni probar bocado. Durante la noche el general hizo fusilar a varios obreros de los que se sabía o sospechaba que eran dirigentes, y a algunos marinos que en la escuela habían sido sorprendidos disparando al aire. Después ordenó dividirnos en tres grupos: los que laborábamos en las salitreras del sur, los que pertenecíamos a las

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

del norte y los huelguistas de los gremios de Iquique. Éstos últimos fueron entregados a la policía de la ciudad, mientras a los pampinos se nos ordenó avanzar hacia las cuestas de los cerros por donde pasaba la línea férrea. Allí ya estaban llegando los convoyes con carros planos y rejas de cargar ganado que nos llevarían a la pampa. Esto decepcionó a muchos obreros que, pensando seríamos embarcados en la estación ferroviaria, y que no querían irse sin antes hallar a sus familiares desaparecidos, habían planeado escapar a su paso por las calles de la ciudad. A un gran número de estos obreros, que en los cerros trataron de resistirse al embarque, se les obligó disparándole en las piernas y dando muerte a algunos de ellos.

Sin embargo, en la subida hacia los cerros, y aprovechando la oscuridad, muchos consiguieron escapar. Olegario Santana es uno de ellos. Al pasar cerca de los estanques de agua logra eludir la vigilancia y, arrastrándose junto a otros obreros, se esconde en una pequeña hondonada. Después de unas horas, casi al alba, logra salir de su escondite y, arrastrándose por los arenales, comienza a retornar a la ciudad. Tiene que encontrar a Liria María; tiene que contarle lo que ha pasado con su madre y con su hermano. Además, en memoria de Gregoria Becerra, siente que de alguna manera tiene que ayudar a la niña. Eludiendo el paso intermitente de las patrullas, Olegario Santana se interna en las calles desiertas. La ciudad le parece muerta. Al pasar, agazapado, por el frente de la escuela Santa María, se da cuenta de que no queda ningún rastro de la inmolación, ni el más leve indicio. Todo ha sido barrido, limpiado y desmanchado prolijamente. Sólo atestiguan la matanza las tablas agujereadas por las balas y el aire impregnado de ese olor a rosas azumagadas de la sangre. Después los agujeros de balas serían tapados meticulosamente con masilla, pero el olor de la sangre de los muertos no pudieron erradicarlo con nada.

Cuando ya está clareando en el cielo, Olegario Santana, exánime, con la ropa sucia de tierra y sangre, llega al burdel de Yolanda. Sulfurado de impotencia, aún le parece flotar en la nebulosa de una pesadilla. Ni siquiera en la guerra había visto tanta perversidad junta. Al abrir la puertita azul y ver su facha de aparecido, el niño Doralizo, envuelto en una delicada bata de seda, se persigna aparatosamente.

—¡Ángela María, si están llegando todos aquí! —exclama excitado de miedo.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

22

El lunes 23 de diciembre, dos días después de la matanza, las calles centrales de Iquique, silenciosas y casi desiertas, todavía rezumaban olor a sangre. «El aire huele a rosas marchitas», decían los pasajeros que desembarcaban en el puerto esa mañana.

Hasta los paseos más concurridos de la ciudad, aún a mediodía de ese lunes convaleciente, se veían vacíos y tristes, y sólo a las puertas de algunos consulados acudían silenciosos grupos de gente. Se trataba principalmente de obreros extranjeros que pedían ser repatriados y de chilenos que solicitaban asilo y carta de ciudadanía. El único consulado que había cerrado sus puertas a la gente era el de Estados Unidos. En los días previos a la masacre, el cónsul había estado pidiendo insistentemente a su gobierno, a través de telegramas cifrados, que enviara a Iquique a los buques de guerra de la marina norteamericana —el «Washington» y el «Tennessee»—, fondeados por esos días en el puerto del Callao. *«Esto* —decía en uno de los telegramas el gringo amajamado—, *para proteger a los ciudadanos extranjeros, pues los huelguistas han amenazado incendiar la ciudad completamente, lo que sería muy fácil ya que todos los edificios son de madera y muy seca».*

De la misma manera, en las redacciones de los diarios, congregaciones de mujeres llorosas y enlutadas aguardaban noticias de sus desaparecidos. El drama de estas mujeres pampinas era que muchas de ellas no sabían realmente si eran o no viudas, pues nunca vieron el cuerpo sin vida de sus maridos ametrallados. Y es que la mayoría de los muertos caídos en la escuela esa tarde de sangre fueron llevados desde allí, sin reconocimiento alguno, directamente a las fosas comunes del cementerio. Y en el cementerio tampoco se exigió el pase respectivo con los datos prescritos. Esperanzadas entonces de encontrar con vida a algunos de sus familiares —se sabía que muchos huelguistas heridos habían logrado esconderse—, estas esposas, madres y hermanas estaban publicando avisos en los diarios pidiendo noticias de sus desaparecidos, describiéndolos con una prolijidad conmovedora. Había avisos en que, además de las facciones del rostro, el color de la piel, la hechura de la ropa, el modo de caminar y el número de lunares, se describía también el tono de voz de la persona buscada, por si alguien en alguna parte lograba reconocerla de oído. Y, por el amor de Dios —se

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

terminaba rogando en todos los avisos— cualquier dato fuera entregado a las mismas redacciones de los diarios. Pues la mayoría de estas mujeres no tenía domicilio en la ciudad y lo que hacían era vagar todo el día por las calles preguntando en las casas, buscando en los conventillos, rastreando en las quebradas de los cerros y en los roqueríos de la playa en donde ya se habían encontrado varios huelguistas muertos.

En las afueras del diario «La Patria», entre un grupo de personas que esperan amontonadas, Olegario Santana, sentado en la vereda, se fuma un cigarro tras otro. Esa mañana había visto en el diario los avisos de personas buscadas y pensó que aquella era la única forma de dar con el paradero de Liria María y el herramentero. Recién afeitado, con camisa y pantalón nuevo, pero con su mismo paletó negro —Yolanda lo había limpiado y le había zurcido la rasgadura de bala a la altura del hombro—, ese día Olegario Santana se atrevió a salir del burdel pese a los ruegos de la prostituta. «Lo pueden apresar allá afuera, cielito», le había repetido la mujer de los ojos amarillos, mientras le curaba la herida con permanganato, que en la casa se usaba para curar las infecciones del amor y que era lo único que tenía a mano.

Ahora, mientras fuma en la acera, ensimismado, con el corvo bien escondido bajo la faja —no lo había perdido en la confusión de la masacre, sino que se le había quedado en el cuarto del burdel— el calichero se pregunta si será o no una buena idea poner en el aviso que la niña buscada se parece a la mujer de los cigarrillos Yolanda. De pronto, el corazón le da un martillazo en el pecho: por el medio de la calle, caminado hacia él, viene Idilio Montano en persona.

Los hombres se abrazan emocionados. Atropellándosele las palabras, Idilio Montano quiere saber cómo logró salvarse de la matanza. Olegario Santana a su vez, sin responder nada, le pregunta por Liria María, y si acaso saben lo ocurrido a la madre y su hijo. Idilio Montano asiente con la cabeza. Que la joven, dentro de su tristeza, le dice, está bien, y que se encuentran alojados en la casa de la familia que les prestaba el baño, en donde hay refugiados seis heridos. «En esa casa ya hemos visto morir a dos personas», dice condolido el herramentero. Ellos estarán ahí hasta que consigan pasajes en algún vapor que los lleve al sur. Liria María quiere volver a Talca, y él la acompañará. «Allá en su tierra natal —dice todo aturullado Idilio Montano—, si Dios quiere, nos pensamos casar».

Olegario Santana le pide que lo lleve a verla. En el camino, el joven le cuenta que esa tarde en la playa, al oír el trueno de las ametralladoras, habían corrido como locos hasta la escuela, pero al llegar ya estaba todo consumado. El cuadro que encontraron era de un horror indescriptible. Los pampinos sobrevivientes estaban siendo arreados hacia el hipódromo y en el campo de la plaza, en medio de un barrial de sangre y pirámides de muertos, se hallaba el vicario Rücker y algunos médicos tratando de asistir a los cientos de heridos que, abandonados como perros por el ejército, se morían retorciéndose y gritando de dolor. Cuando hallaron los cuerpos de Gregoria Becerra y de Juan de Dios,

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

prácticamente tuvieron que arrebatárselos a los carretoneros que ya habían comenzado a llevarse a los muertos directamente al cementerio.

—En estos días me he enterado de que estos carajos ya tenían cavada una fosa común —le interrumpe el calichero.

Idilio Montano prosigue diciéndole que las autoridades hicieron sepultar ayer mismo a las decenas de muertos que alcanzaron a ser rescatados por los deudos. Y le cuenta emocionado que además de la madre de Liria María y de su hermano Juan de Dios, también sepultaron al carretero José Pintor.

—Lo reconocimos justo cuando lo estaban cargando en una de las carretas —le dice—. Y sólo gracias a la intervención del vicario apostólico su cuerpo nos fue entregado por la policía del aseo.

—Las cosas de la vida —murmura Olegario Santana—. Si José Pintor supiera que un cura le tendió la última mano.

—Da la impresión de que los carretones municipales estaban esperando en una calle próxima —dice roncamente Idilio Montano—. Pues apenas se llevaron a los huelguistas sobrevivientes al hipódromo, hicieron su entrada a la plaza y comenzaron con el acarreo de los cuerpos hacia el cementerio, aprovechando la soledad en que quedaron las calles.

Luego le cuenta que ese mismo día, ya de noche, se encontró con uno de los mineros de la Confederación y que, éste, (además de contarle la muerte de su amigo boliviano, le dijo también cómo habían visto morir a Domingo Domínguez. «El pobre barretero debió ser uno de los primeros en ser acarreados a la fosa común», dice compungido Idilio Montano. Pues al día siguiente, muy de mañana, él había ido personalmente al hospital en donde, gracias a la intervención de algunos médicos civiles, cerca de cien cuerpos alcanzaron a ser trasladados para que fueran reconocidos por sus familiares, y no encontró por ningún lado el cadáver de don Domingo.

—Domingo Domínguez está vivo —dice Olegario Santana.

Ante la sorpresa de Idilio Montano, el calichero le dice que su amigo se encuentra vivito y coleando, y que lo único que tiene es un pedazo menos de oreja y un par de costillas rotas por los pisotones de los caballos. Además de haber perdido su dentadura postiza. «De nuevo le funcionó su famosa buena estrella», dice sonriendo tristemente Olegario Santana. Y mientras Idilio Montano lo escucha con la boca abierta, le cuenta sobre su propia huida del hipódromo aquella noche, y de cómo, al llegar al burdel de Yolanda se halló con la sorpresa tremenda de ver a su amigo sentado en una cama, con las piernas recogidas y mirando al vacío. La bala de fusil sólo le había rozado la sien y arrancado la mitad de la oreja derecha, pero al quedar tirado en el suelo, sin sentido y en medio de un gran charco de sangre, había hecho que lo dieran por muerto. Lo único que recuerda, dice, es que, de pronto, despertó gritando de dolor al sentir que alguien le estaba cortando el dedo donde llevaba su anillo de oro. Al darse cuenta de que estaba en una

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

carreta llena de cadáveres, y ya traspasando las puertas del cementerio, por poco se muere de verdad ahí mismo. Dice que el policía que le estaba rebanando el dedo, ni siquiera se inmutó cuando él volvió en sí y saltó de la carreta y salió huyendo como alma que se lleva el diablo. El hijo de puta continuó tranquilamente revisando a los demás muertos, desvalijándolos de sus billeteras, relojes y anillos. «Y eso —dice oscuramente Olegario Santana— confirma la bulla de que muchos huelguistas fueron sepultados vivos».

—Y sabe qué, don Olegario —dice conmocionado el herramentero—, nuestro amigo no fue el único en salvarse de ser enterrado en vida. En la ciudad se cuenta de otros tantos que escaparon desde el borde mismo de la fosa, en cuyo fondo dicen que vieron un revoltijo pavoroso de cuerpos de hombres, mujeres y niños. Dicen que algunos perdieron la razón.

En la casa, en una vasta habitación interior, sin ventanas a la calle, entre heridos tirados en el piso y otros acomodados sobre bancas, el calichero encuentra a Liria María abanicando a una anciana herida en el corazón. La joven parece como sumida en un nebuloso limbo de desamparo. Al ver vivo a Olegario Santana, una llamita de alegría parece parpadearle en el rostro. Lo saluda con un abrazo largo. «Yo sé, don Olegario, que usted quería a mi madre», le dice en un sollozo entrecortado. Su tez blanca parece transparentarse por una palidez de papel de arroz. Olegario Santana la abraza en silencio. Después, en la conversación con los dueños de casa, éstos le cuentan a Olegario Santana que ellos no son los únicos que han albergado a gente herida, que incluso una familia de por ahí a la vuelta tiene escondido a un par de marineros de la «Esmeralda» que no quisieron disparar y desertaron. Uno de los hijos mayores comenta que los muertos suman millares. Que un carretonero conocido de la familia, asegura haber hecho siete viajes con la carreta llena de cadáveres, y que eran más de diez los carretones municipales. Dice que la fosa del cementerio se hizo pequeña y hubo que abrir otra detrás del hospital. Y que eran varios los policías que habían sido sorprendidos saqueando a los muertos, arrancándoles incluso sus dientes de oro. Que al hospital llegaron cerca de doscientos heridos, algunos llevados en brazos o en angarillas improvisadas por gente piadosa, y otros que ingresaron por sus propios medios. Pero que la mayoría murió poco después. Así como otros habían muerto en las casas donde buscaron asilo o tirados por ahí, a la intemperie. Pero que también hubo muchos moribundos que se suicidaron con sus propios cortaplumas, no tanto por no soportar el dolor de sus heridas, sino porque el deseo de vivir se les había trocado en odio a la vida al ver que habían sido ametrallados por los soldados de su propia patria.

—La muerte que más ha dolido en esta casa fue la de Pastoriza del Carmen, la niñita vestida de Virgen —dice Idilio Montano con su expresión ensombrecida.

—¿Que ocurrió con ella? —arruga el ceño Olegario Santana—. Yo vi cuando una mujer la rescató de la matanza.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

—Ella fue una de las personas que murieron aquí —dice el hijo preceptor—. Cuando la trajeron, la pequeña no hablaba y no recibía ni agua ni alimentos. Y tampoco dormía. Lo único que hacía era mirar al vacío con sus ojitos negros abiertos hasta el pavor. Hasta que ayer por la noche simplemente dejó de respirar y se murió. Así, con sus ojitos abiertos. Yo creo que no quiso vivir nomás, pues no tenía ni un rasguño. Hoy en la mañana la acabamos de sepultar envuelta en su capita de Virgen y con su corona de cartón dorado.

—¿Sabrán estos hijos de perra la magnitud del crimen que han cometido? —se pregunta tragando saliva el calichero.

—En el Club Inglés aún brindan con champaña por el éxito de la jornada —dice Idilio Montano—. Celebran la masacre como una victoria guerrera.

Después, mientras toman el té, la señora de la casa dice que las autoridades han dispuesto un vapor hacia el sur, pero que sólo darán pasajes gratuitos a las viudas. No así a los hijos, ni a los hermanos ni a las madres de los huelguistas muertos. Sólo a las viudas. Que el vicario apostólico está interviniendo para que por los menos tomen en cuenta también a los heridos que quieren volver a sus tierras. Olegario Santana, pensativo, apenas prueba el té. Más tarde, antes de despedirse, se lleva a los jóvenes hacia un lado, extrae desde el forro de su paletó tres fajos de billetes de los grandes y se los alarga.

—Esto es para que se embarquen hacia el sur —les dice.

Los jóvenes lo miran incrédulos.

—Son los ahorros de todos mis años en la pampa. Creo que con esto les alcanza también para comprarse una parcelita.

Al ver las lágrimas en los ojos de los jóvenes y sentir la propia emoción atragantándolo por dentro, el calichero se refugia en una de sus escasas salidas de humor.

—Ahora ya saben por qué no me quitaba el paletó ni para dormir —dice mostrando sus dientes nicotinosos.

—Pero este dinero significa el esfuerzo de toda su vida —le reprocha sollozando Liria María.

—Ustedes lo necesitan más que yo —dice Olegario Santana—. En realidad no sé para qué diantres estaba ahorrando tanto, si ya me quedan pocas vueltas en la carretilla. Además, como diría seguramente la abuela sabihonda del jovencito aquí presente: «La mortaja no lleva bolsillos».

Luego de despedirse de Liria María —«Mañana por la tarde subo a la pampa junto a Domingo Domínguez»—, el calichero sale hasta la puerta acompañado por Idilio Montano. Estrechados en un fuerte abrazo, los hombres se despiden para siempre. Mirándolo firmemente a los ojos, Olegario Santana le pide que cuide a la niña Liria.

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

—Recuerda, como solía decir su madre, que las talquinas son muy buenas esposas.

Idilio Montano asiente con la cabeza. En verdad no sabe qué decir.

—Además, eres un suertudo por partida doble.

—¿Por qué? —pregunta curioso Idilio Montano.

—Porque te quedas con una mujer que, además de talquina, es igualita a la de los cigarrillos Yolanda, pues, carajo.

Contemplando la pampa desde el tren, Olegario Santana piensa en sus amigos muertos. Ya atardece en el horizonte y desde las ventanillas del coche, las sombras alargadas de las piedras le recuerdan las miles de personas marchando a través del desierto; entre ellas, con su pañuelo en la cabeza y su andar altivo, le parece ver la imagen de Gregoria Becerra, la única mujer que pudo haberle dado lustre a su vida de paria. Acurrucado frente a él, envejecido hasta parecer su propio espectro, Domingo Domínguez viaja con una expresión ausente en el rostro (el calichero le cubre las piernas con una manta). Junto con la dentadura, su amigo ha perdido todas las ganas de vivir. Parece un muerto en vida. Uno de los miles de muertos vivientes que dejó la masacre.

Como esos mismos hombres que ahora viajan en el coche, que también se han salvado de morir y que, igual que ellos, con el rostro contraído por la humillación de una rebeldía en derrota, están aceptando el oprobio terrible de volver a laborar para los mismos que favorecieron la masacre. Como los trenes viajan con guardias militares, los obreros se van contando en voz baja lo que cada uno vivió en la escuela. Algunos tuvieron la suerte de no poder asistir al mitin esa tarde. Otros, aquellos que se salvaron de las balas y fueron arreados hasta el hipódromo y luego embarcados en los trenes, cuentan que en la subida de los cerros se fueron tirando del convoy en marcha, pues lo único que querían era volver a la ciudad a dar sepultura a sus seres caídos. Y los que se habían dejado llevar hasta la pampa —pero que se devolvieron a Iquique al día siguiente—, dicen que al llegar a las oficinas salitreras los obreros lloraban como niños abrazados a sus familiares. «No queremos ser más chilenos, mamacita linda», gritaban los hombrones. Y con los puños en alto escupían las mismas blasfemias y maldiciones que escupimos los que caímos acribillados aquella tarde sangrienta; los que con el pucho en la boca y la incredulidad pataleando en los ojos tuvimos que morir para salvar *el honor y el prestigio moral* de los patrones; los que, en medio de estertores, expiramos renegando de Dios y de la patria, y que en el fondo de las fosas comunes de ese cementerio en donde fuimos enterrados como perros —cuyo mayordomo recibió una gratificación de $ 300 por no pedir los pases de rigor y mantener la boca cerrada—, aún seguimos revolcándonos y despotricando en contra de la hipocresía con que se ha tratado de ocultar al país los millares de muertos de esa carnicería a mansalva *(«Para llevar a la opinión pública al terreno de las impresiones* —se atrevió a decir en la Cámara de Diputados el Ministro del Interior—, *han inventando una novela en que juegan*

HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM

como resorte principal montones de cadáveres»). Sin embargo, los que caímos en la escuela —junto a los que murieron después a causa de sus heridas, y a los que se fueron muriendo con el tiempo, de pura tristeza—, sabemos bien que, aunque se esgrima toda clase de pretextos para negar o justificar esta aniquilación feroz, y los responsables pasen a convertirse en héroes patrios, y con el tiempo se llegue a bautizar calles, plazas y regimientos con sus nombres, con el nombre del general asesino —que ordenó hacer fuego sin tener nada que reprimir, sólo impresionado por el agitar de las banderas y la gritería de la muchedumbre— y con el nombre del presidente cómplice que lo premió enviándolo de agregado militar a Alemania —*«Ha cumplido usted con los deberes inherentes a su cargo en forma que hace honor a su criterio y energía»,* le expresó solemnemente al comunicarle su designación—; que aunque se eche mano a todo para olvidarnos —incluso a la ignominia de levantar un monumento al capitalismo sobre la fosa en que descansan nuestros huesos—, sabemos que nuestra muerte no será del todo inútil, y que más tarde o más temprano será cantada y contada al mundo entero, y el mundo entero sabrá que esta matanza perpetrada un 21 de diciembre de 1907, en los recintos de la Escuela Santa María de la ciudad de Iquique, fue la más infame atrocidad que recuerde la historia del proletariado universal.

Son las seis de la mañana. Luego de beber un tacho de té como único desayuno —al llegar por la noche a San Lorenzo no había alcanzado a comprar nada—, Olegario Santana acerca su rostro a la cocina y enciende su segundo Yolanda del día (el primero se lo ha fumado en la cama y a oscuras). En pura camiseta, acodado en las tablas desnudas de la mesa, espera a que claree el día fumando parsimoniosamente, pero sin mirar el dibujo de la cajetilla. Ahora él es un hombre entero; ahora tiene el rostro de una mujer de verdad para recordar por el resto de su vida.

A las seis y media, ya vestido con su cotona de trabajo y sus pantalones de diablo fuerte encallapados por los cuatro costados, se cala el sombrero, se cuelga la botella de agua al hombro y sale tranqueando hacia la calichera. Afuera ya ha amanecido. Apenas da algunos pasos en la calle, un ruido conocido le hace volver la cabeza. Son los jotes que, al verlo, han levantado el vuelo al unísono desde el techo de su casa. Olegario Santana se detiene ofuscado. Esos pajarracos ahora lo encarajinan como el diantre. Siente deseos de insultarlos, de agarrarlos a pedradas, pero se apacigua. Enciende entonces su tercer cigarrillo del día, exhala el humo en un torvo gesto de resignación y continúa su camino hacia el cerro.

Arriba, tiznando la luz del cielo, los jotes lo siguen planeando en lentos círculos sobre su cabeza.